



O L E O D E C A R D O N A

Propiedad de la Casa Weil.

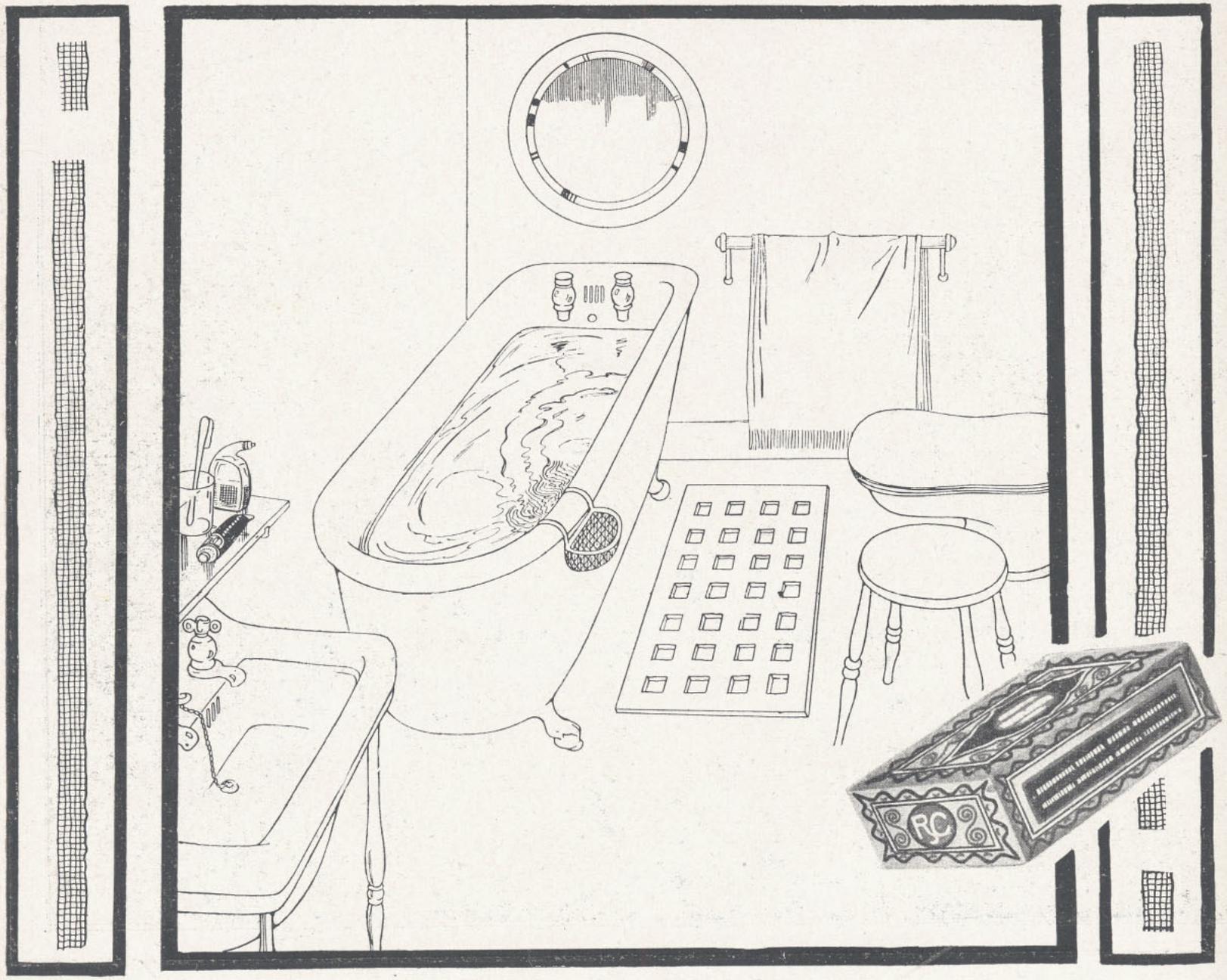
*Familia*  
M. R.  
M A Y O  
AÑO XIX — NUM. 221  
PRECIO EN TODO EL PAIS: 2 PESOS

	Págs.
Mes .....	1
Catalina Bárcena .....	2
El día de la Independencia de la República Argentina .....	3
El Club de Golf de Los Leones .....	4
Recuerdos de tiempos pasados .....	5
Episodios de las antiguas luchas .....	6
Georgette lo sabe todo .....	7
El corazón de plata .....	8
El primer vestido de baile .....	9
Un criminal de cinco años .....	10
Los bailes modernos .....	11
Piedras preciosas .....	12
En el querido hogar .....	13
Historia universal de Josefina Baker .....	14
La vida de los grandes "ases" de la pantalla .....	15
Como visten los colegiales en Inglaterra .....	16

# SUMARIO

	Págs.
Historia de la cuna .....	17
Primores de la aguja .....	18
Flores de otoño .....	19
Novela vivida en el Lago Llanquihue .....	20
Modas de invierno .....	21
¡Invitando a bailar! .....	22
La suntuosidad de la lana realzada por pieles .....	23
Trajecitos de espuma impresa, que se llevan debajo de los abrigos de piel o	

	Págs.
de terciopelo de lana, adornados con pieles .....	24
En el té de las cinco ¿se jugará bridge? .....	25
Todas las modas .....	26
Nuestras elegantes en trajes de mañana .....	27
Las pieles y su uso .....	28
Página de los niños .....	30
Actualidades europeas .....	32
Abrigos confortables para el invierno .....	33
Coquetería infantil .....	34
Los sombreros de moda son singularmente graciosos .....	35
La moda masculina de reglas estrictas para cada detalle .....	36
Un grupo elegante a toda hora .....	37
Las telas de lana de última moda .....	39
Correspondencia .....	42



Todo esto será inútil  
si falta un buen jabón  
de tocador

Nosotros nos permitimos recomendarle uno buenísimo: el

# Jabon Dermal

Con fríos tan intensos como pocas veces se han sentido, y uno que otro temblorcillo impertinente, nos ha sorprendido este mes.

Los cables, que con enojoso laconismo informan a diario de lo que acontece en el mundo entero, en estos últimos meses han comunicado los espeluznantes cataclismos que azotan a Bulgaria, el Peloponeso, Grecia y otros países del continente europeo. — ¡Que se radiquen por allá, exclamamos con imperdonable egoísmo, pero tan natural! ¡Cuándo abandonará estos dañinos juegos la tierra? ¡Vieja está ya para tan poco graciosos saltos!

¡Y vamos de saltos! S. E. el Ministro de Relaciones dio uno, corriendo en el *paperchase*, que con gran pompa y numerosa concurrencia inauguró su temporada; magnífico ejemplo dió el Canciller de cómo se debe saltar y caer con elegancia y levantarse con ligera prontitud— por lo demás, ¿cuál es el mortal que no está expuesto a caer? En cuanto a levantarse ileso, ese es otro cantar. Bien, señor Canciller; pero que no le pase otra vez, si no quiere que, como las caídas del Príncipe de Gales, el cable la reparta "urbi et orbe".

Se han hecho ya los deportes envidiable costumbre entre nosotros; son higiénicos, regeneradores del cuerpo y del alma, lo que parecería tan ridícula como pretenciosa paradoja si no nos apoyáramos en el antiquísimo proverbio que, con frecuencia, repetían nuestros abuelos: "Mens sana in corpore sano". Frase siempre antigua y siempre nueva que todas nuestras lectoras debieran tener siempre en la mente, y hoy más que nunca porque los deportes van a la vanguardia en las actividades en el mundo. A propósito de frases latinas, estamos seguros de que conmigo habréis celebrado la introducción del latín en los estudios, indispensable como es para hablar y escribir bien todo idioma que, como el castellano, tiene en él su origen. No olvidaré la desesperación de cierto colegial, el que antes de los exámenes llegaba a tirarse el cabello ante las dificultades y tal vez las **bolas negras** que prevenía, no pudiendo meterse en la cabeza este **endiablado verbo: Sum**, como decía enloquecido.

Nos desviamos de lo que os hablábamos y nos metemos en vericuetos parecidos a laberintos sin salida... perdón, os pedimos lectoras nuestras.

Os decía que los deportes están a la orden del día, tanto en los hombres como en el sexo débil: hoy parece una ironía llamar así a lo que Dios mismo dió al hombre como compañera... y que hoy ¡ay, traslimita sus atribuciones!... Ellas también han llegado a ser hábiles competidoras del hombre en el tenis, el golf y otros deportes, lo que, de todo corazón, aplaudimos por la misma razón que antes os dimos en latín.

No hay duda que esta manera de ser, de tanta novedad que se ha introducido en la sociedad, tenga sus inconvenientes, pero—ventajas y muy grandes también las tiene— ¡no os parece a vosotros lo mismo?

¡El Embajador de la Argentina se va!... El señor Malbrán recibe el justo premio de su acertada labor de acercamiento entre estos dos países, en los que jamás debería existir ni una sombra que empañara su amistad, y el recuerdo de mutuos servicios prestados. El señor Malbrán y su distinguida esposa, la señora Luisa de la Lastra de Malbrán, se alejan para ir en el mismo honroso cargo a Estados Unidos; uno de los más altos puestos que puede anhelar un americano fuera de su Patria.

Muy numerosas han sido las manifestaciones justas y sentidas que ambos han recibido de la Nación y de esta sociedad. Brillante fué el discurso que el señor Embajador pronunció en el gran banquete que le fué ofrecido por los socios del Club de la Unión, que es, como si dijéramos, por los representantes de lo mejor que tiene el país. Fué aquel un torneo de elocuencia, desde las palabras que le dirigió el señor Luis Izquierdo F., ex-Embajador en la Argentina y brillante orador, como los que siguieron, conceptos todos de elogios y cariñosas frases al amigo que se aleja y al alto funcionario que tan bien supo cumplir su misión de paz y concordia.

Numerosas otras manifestaciones han recibido los señores de Malbrán, que largo sería referir en el corto espacio de que disponemos, las que por ellos fueron retribuidas con suntuosas recepciones y banquetes.

Ya que la gente no se divierte y, según se dice comúnmente, los que se ausentan, ya sea por placer, por obligación o expulsados de la Patria y separados de la familia y de sus amores, van dejando tras de sí huellas de dolor, de lágrimas, de desesperación, de suspiros y tristezas inconsolables, impidiendo, las tales, durísimas emociones, toda alegría, lo que es natural, como también la ausencia de las reuniones, de los bailes, cantos, risas; simpáticas manifestaciones de las almas jóvenes y felices...

Los matrimonios han reemplazado durante este mes a las otras fiestas que lamentamos.

Particularmente recordamos el matrimonio de la distinguida señorita Mercedes Echenique Correa con el señor Sergio Larraín García Moreno. La iglesia, adornada con las más lindas flores en rara profusión, perfumaban el ambiente y daban una ilusión de pri-

mavera al corazón. La novia lucía lindísimo traje de terciopelo blanco, velo de georgette blanco y la cabeza toda envuelta en redcilla de strass, como pequeña y brillante toca que la rodeaba toda la frente; era aquella toilette de rara distinción, sin adornos, ni ficción, como la linda chica que con toda elegancia la llevaba; aprobador murmullo de admiración y simpatía la recibió al presentarse en la iglesia, ocupada ya por todo lo que la antigua sociedad tiene de mejor... herederos de ilustres apellidos; títulos de Castilla, de abnegados servidores de la Patria; de benefactores, literatos de Chile y Ecuador, patria esta última de la señora García Moreno, que fué hija del ilustre Presidente del mismo apellido... Nada más hermoso hemos presenciado últimamente que esta ceremonia, la cual gozó enmudecida de encanto, casi diríamos celestial, tanto cuanto nos rodeaba, y escuchando al mismo tiempo la música de los coros Bach; resultado magnífico del esfuerzo, casi diríamos sobrehumano de un grupo de jóvenes aficionados que han llegado a realizar un triunfo tan inmenso y que hace honor al país, como lo haría a cualquier otro que lograra realizarlo. Mucho más podría decir sobre ellos, pero otros más expertos y entendidos lo harán, para gloria de ellos, de la patria, del joven iniciador y fundador, don José Domingo Santa Cruz Wilson.

Dentro de la semana que concluye se celebrará en iguales condiciones el matrimonio de la señorita Chita Echenique Correa, hermana de la anterior, con el señor Eduardo Pérez Salas. A todos les deseamos mucha felicidad en una vida de paz y tranquilidad; como que ambos matrimonios la merecen.

Nunca acabaríamos de elogiar la noble institución ideada, fundada y dirigida por una señora, orgullo de esta sociedad, como es la querida y respetada doña Delia Matte de Izquierdo, que la dirige con singular acierto, bondad y generosidad infinitas. En esta hermosa casa se ofreció a los señores de Malbrán un té que resultó, como todo en el Club de Señoras, con el agrado y distinción que es la nota culminante de toda reunión en este centro de cultura y señorío.

En este mes ha llegado a Santiago un señor árabe, desterrado de su patria, en la que ocupaba prominente posición en la corte que, con singular elocuencia y patriotismo, se opuso a que su país pasara a ser protectorado de otra nación. Prueba evidente de que el señor Habib Estéfano es un patriota.

¡Habéis asistido a sus conferencias? Os aconsejamos que no perdáis tan rara oportunidad de oír esas lecciones de tan sana moral, tan elocuentes, sencillas, grandes y elevadas. Creemos no haber oído nada mejor en conferencias,—¡por cierto que no nos referimos a las religiosas!

—El cable nos ha traído la triste noticia del fallecimiento de la señora Echenique de Errázuriz, esposa del Presidente Errázuriz Echánren. Dulce, modesta, inteligente; el cariño maternal tan desarrollado en ella, la llevó a Europa en compañía de su hija, la señora Errázuriz de Sánchez García de la Huerta, y ahí la sorprendió la muerte, rodeada del respeto cariñoso de la numerosa colonia chilena que reside hoy en París.

No menos doloroso ha sido el fallecimiento de la señora Juana Browne de Subercaseaux, que durante largos años ocupó una situación expectable en esta sociedad como esposa de don Francisco Subercaseaux; ella la supo mantener con brillo inusitado, por su bondad, su refinada cultura, su hermosura que fué sobresaliente, como lo probaban los rasgos de su rostro y su figura que atestiguaban lo que fué su belleza tan celebrada. Fué querida y respetada hasta su último instante (Q. E. P. D.). Enviamos a su distinguida familia nuestro sentido pésame.

Otra señora muy querida y respetada de cuantas se han acercado a ella, ha partido a Europa a reunirse con su esposo; nos referimos a la señora Rosa Ester Rodríguez de Alessandri, la dulce esposa del ex-Presidente Don Arturo Alessandri Palma. Todo lo que puede decirse de bueno, de amable, de conciliador, fué y es aún la señora Ester (como es generalmente llamada); su vida entera la ha dedicado al cariño de sus hijos y a hacer el bien a sus semejantes. Que el viaje le sea propicio y que pronto la volvamos a ver entre nosotros...

—Si alguna vez habéis fijado vuestra vista en la pequeña imagen que corona el altar mayor de San Francisco, con su linda carita, largo y suntuoso manto de terciopelo azul recamado de riquísimos bordados de canutillo de oro que se mantiene tan brillante como el primer día; la corona de piedras preciosas que ciñe su frente y la bata de tejido de plata. ¿Sabéis qué años tiene esa Virgencita tan chiquita y tan bonita, a pesar de su gran edad? Pues, si no lo sabéis os lo diremos: fué traída en el arzón de la silla de Pedro Valdía, cuando vino a conquistar a Chile; él levantó la iglesia de San Francisco y sobre su altar colocó la imagen de la Virgen bendita que fué su compañera de viaje. ¿Qué decís de esa señora tan viejecita y tan bonita?

# Familia

## M A Y O



LA GRAN ARTISTA  
ESPAÑOLA  
CATALINA  
BARCENA

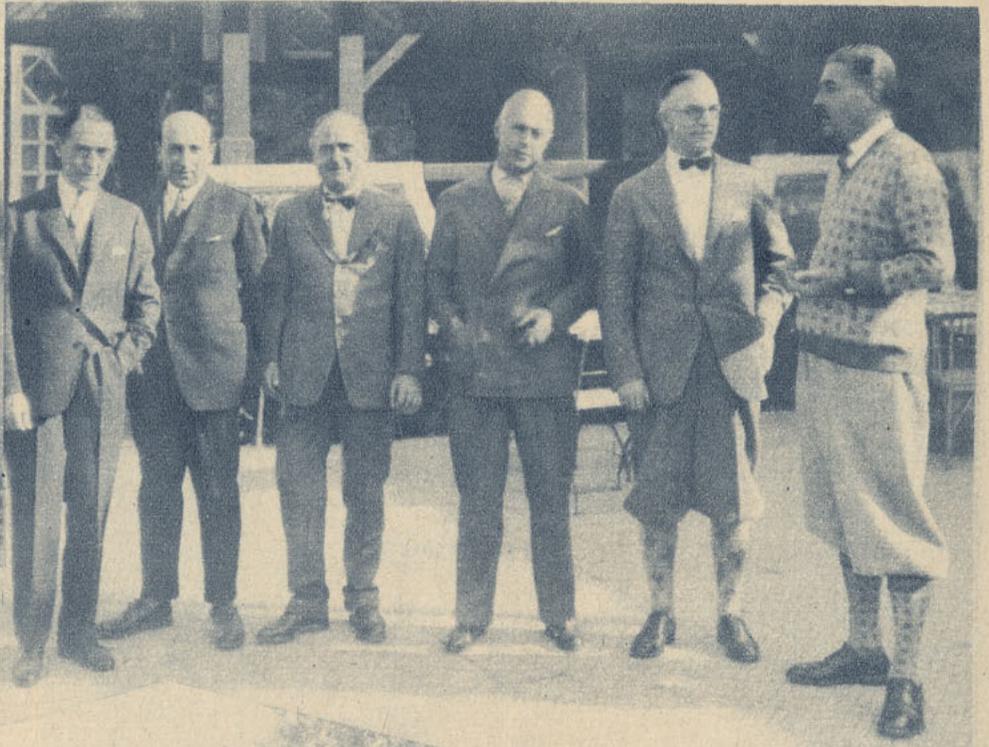
Con verdadero placer damos la bienvenida a esta talentosa y simpática artista, que todas oímos y aplaudimos con frenesí en los diferentes roles que ella sabe interpretar con singular corrección. "Familia" le envía sus saludos cariñosos y le desea grata permanencia en tierra chilena.



LA  
INDEPENDENCIA  
DE LA  
REPUBLICA ARGENTINA

Nada más grato para los argentinos, que ofrecer a sus lectores los retratos del Embajador de la República hermana y de su intachable esposa, la señora de Malbrán, que tienen en esta capital honores y afectos arraigados en el corazón de sus amigos chilenos, quienes los van a alejarse entristecidos, deseándoles feliz viaje y éxito en su nueva misión.





Asiduos visitantes de los links del golf. (de izquierda a derecha): Señorita Lucy Serogio Vergara, Mr. William Collier, Embajador de los Estados Unidos, señorita Isabel Montt Pinto, señorita Adriana Vergara Blanco y señor don Carlos Pereyra.



Terraza del cottage en que se ve gente conocida tomando el aperitivo después del juego.

Arriba.— Directorio del Club. (Izquierda a derecha). Señores: Carlos de Landa, Francisco de P. Briceno, Wilfred E. Page, Juan Eduardo Subercaseaux, M. S. Mc Goldrick y Miguel Ovalle Dávila.



A la derecha.— Mr. Collier dando una partida sensacional



A la izquierda: Tres entusiastas golfistas en un momento interesante del juego.

## RECUERDOS DE TIEMPOS PASADOS UNA EXPOSICION EN LA BIBLIOTECA DE VERSAILLES.—MARIA ANTONIETA Y SU CORTE

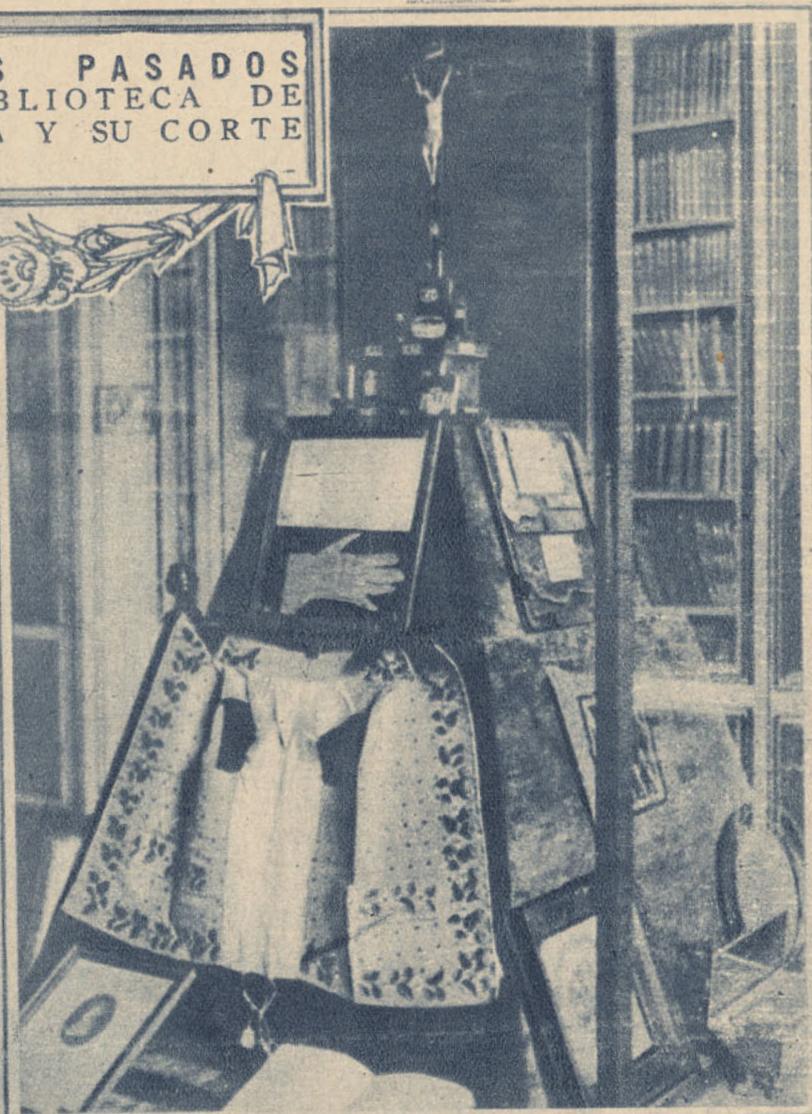
**P**ARA presentar al público un conjunto de recuerdos conmovedores de la Reina María Antonieta, no se habría podido encontrar un lugar más apropiado que esas salas llamadas "Grandes Galerías" del antiguo edificio de los Negocios Extranjeros. Este admirable edificio del siglo XVIII, situado cerca del Castillo, cobija, desde 1880, la biblioteca de la ciudad, rica en 250,000 volúmenes, que constituyen un tesoro inestimable. Reina un silencio especial en Versalles, que evoca el del pasado, el mutismo ahogado por siempre. Todo ahí hace soñar en lo que fué: sí, todo, efectivamente, hasta esa riqueza y la gracia perdida para siempre.

El año 1762 se terminó este edificio. María Antonieta de Austria tenía entonces siete años, quedándole por vivir treinta y un años, nada más. Corta vida, toda entera evocada por los objetos de arte: los bibelots, las esfinges y las reliquias que sus dueños han confiado por algunas semanas a la Biblioteca de Versalles.

Emoción singular y compleja. A medida que se avanza de sala en sala, el destino de la Reina se desarrolla. Desde la entrada, es ella quien nos recibe de archiduquesa, repetida bajo la forma de retratos al pastel y a lápiz. Tres pasos más y la encontramos en Francia, por Estrasburgo. Héla aquí Delfina, casada con el futuro Luis XVI. Ya es Reina. Es madre. Caza, baila, juega, intriga. En seguida es la revolución, la prisión en el Temple, la Conserjería, la espantosa muerte... y cosas que han sido encontradas más tarde en su tumba.

Los visitantes han ido ahí, impulsados por sentimientos múltiples: atracción de la historia, voluptuosidad del arte, culto piadoso o simple curiosidad. Han encontrado ahí la sensación que daría un museo de cera con reconstituciones que perturban. ¡Pero qué museo ese, en que cada vestigio es auténtico y se imprime de belleza, de encanto o de grandiosidad! En todas las vitrinas se percibe confusamente esta clase de presencia, que se adapta a las cosas familiares y que sobreviven en ellas los seres desaparecidos. Algo de las manos queda aún en los guantes. ¡Quién calza aún esos esarpines de raso? ¡Misterio que no es solamente un recuerdo! Hay algo de fantasma ahí dentro.

La última sala es patética. En ella se han reunido los restos materiales de una expiación que sobrepasó las faltas, las ligerezas y las inconsecuencias de la Reina, por muy graves que éstas fueran. Ahí se ve abierta la página trágica en el pequeño libro de oraciones, en que el 16 de octubre de 1793, a las cuatro y media de la mañana, la condenada trazó para sus hijos un supremo



Vitrina que encierra los recuerdos del "Temple".—Un chaleco del Delfin bordado por la Reina. Un guantecito de Luis XVI. Un crucifijo de la familia real y la emocionante esquila de la Reina rehusando ser salvada sin sus hijos.

adiós. Todos los visitantes leen esto con lágrimas en los ojos. Por ahí se ve una mecha de sus cabellos rubios, cenicientos, cuyo tono, "cabellos de la Reina", puestos en moda por el conde d'Artois, hacían furor en las cintas, las telas y los polvos de arroz. Por fin, ahí se divisa el terrible y célebre retrato de una viuda de lívidos párpados, cuya vejez prematura y la severidad contrastan atrozmente con el rostro fresco y rosado que las Duplessis y las Figre-Lebrun se complacían en reproducir entonces. No todo es contraste en cada museo. Los años de felicidad no ostentan su fausto sino que asientan más las agonías de los días tenebrosos. La Reina no estaba desprovista de talento: testimonio de lo que decimos son esos botones que ella ha pintado, esos paisajes dibujados por ella, esos sillones y la pantalla de tapicería bordada por ella, con singular paciencia; ese saco y el bonito chaleco para el Delfin, que ella bordó con sus propias manos. Fijaos en esto: un pedazo de cáñamo grosero, trenzado por sus manos febriles durante su estada en la Conserjería, cuando no disponía siquiera de los largos palillos que le servían para tejer en el Temple. Contrastan siempre, aquí, las muestras de los trajes reales, grandes toilettes de corte o sencillos trajes campestres para el "Harneau" o la "Laiterie"; un siniestro fragmento de medias de filosea negra, encontrado en el ataúd, junto con los restos de vestidos y de ligas...

Se vuelve con alivio a las vitrinas que no tienen tanto aspecto de mausoleo: la sala del fondo refleja verdaderamente un ambiente vívido y a la vez algo de ultratumba.

Y, sin embargo, una gran multitud se precipita, tal es la atracción de la sangre combinada con el amor y la piedad que la figura de la Reina María Antonieta no cesa de provocar en el mundo, a causa de las grandes desgracias que la han atormentado.

Muere María Estuardo, víctima de su carácter y de su rango, mártir de una revolución que fué, a pesar de su violencia, uno de los actos principales de la humanidad. "La austriaca", aun después de muerta, tuvo enemigos encarnizados: pero, en desquite, a medida que el tiempo pasa, vemos engrosar el número de sus admiradores, enternecidos con las lágrimas que derramó y con el suplicio desproporcionado que sufrió.

La Emperatriz Eugenia tenía por la memoria de María Antonieta una verdadera religión. A ella se le debe la idea de reunir en el "Triánón", por la primera vez, un gran número de objetos, que habían pertenecido a la Reina.

La exposición actual deja el recuerdo de una empresa histórica de las más interesantes.



Retratos de María Antonieta en la época de su llegada a Francia

**H**OY que, tal vez, se abusa un tanto al premiar con el honoroso calificativo de héroe, a tantos servidores de buena voluntad que, sin duda, lo habrían sido y lo serán — casi lo aseguraríamos si la ocasión se les presentara.— Héroe fué el joven aviador que por primera vez atravesó los Andes, sin más defensa que una brújula y la imagen de Nuestra Señora del Carmen, inspiradora de la fe ciega que lo acompañó al atravesar, por Uspallata las altas cumbres nevadas y amenazantes; aterrizar en Mendoza, en medio del entusiasmo del pueblo enterp que lo aclamaba y después de tanto entusiasmo, llena su imaginación de aquellas lindas chicas que, con amorosa dulzura, le estrechaban las manos pidiéndole que no las olvidara! ¡Ilusión juvenil! No pensó en que podía faltarle la bencina o si la brújula estaba en su sitio, ciego se elevó en el espacio. En medio de los Andes se apercibió que la brújula no la llevaba, y le asaltó el temor de que la bencina no fuera bastante. Muda plegaria a su santa protectora le devolvió la fe y el valor que le iban faltando. Siguió atrevido, confiado en que conocía el camino y que, para tomar bencina no necesitaba más de una hora hasta llegar a Chile y proporcionársela. Y por fin, después de miles de zozobras, aterrizó en Espejo, en donde sus compañeros, llenos de temor por él, preparaban un aeroplano o dos para lanzarse a buscarle. Fué una gran hazaña, y, como todo lo heroico, impulso impremeditado de una grande alma. Héroe fueron también Carrera, Pinto, Prat, Condell y otros que prefirieron morir antes que rendirse. Condell fué héroe valiente y de singular previsión en su hazaña grandiosa. Gloria a ellos y a la Patria, que agradecida, inmortalizó su memoria en el bronce.

Sin quererlo me he metido en este berengenal y menos sin pensarlo; mi objeto, al tomar la pluma, era sólo referiros un hecho sencillo, y por sencillo, ignorado de aquella contienda que el infatigable Vicuña Mackenna llamó: La Guerra a Muerte.

Epoca ignorada de luchas, de sacrificios eruentos, de heroísmo que el olvido y la indiferencia culpables por no evitar el olvido de acciones que pueden mantener el patriotismo en el alma del chileno, ha enterrado para siempre.

Me fué dado en mi juventud oír a varios de los que fueron testigos o actuaron en la magna contienda que Vicuña Mackenna, con su ardor juvenil, refiere inspirado por su patriotismo y su poética imaginación, que da brillo y luz a cuanto escribe.

Después de la derrota del ejército español en Maipú, sus restos se concentraron en Arauco, en donde los valientes araucanos se mantenían fieles a "Su Sacra Real Majestad, Nuestro Señor y Rey" — como llamaban al soberano español — y desde ahí siguieron la lucha de montoneras, de sorpresas y astucias. No faltaron tampoco batallas campales. Los españoles recibían armas, hombres y bastimentos del Perú, que no había aún obtenido su independencia, pues eran muchos los que se mantenían adictos a la Madre Patria.

Fueron gloriosos los años que duró la contienda y llena de episodios heroicos hasta lo inverosímil, aunque oscuros y olvidados hoy; de triunfos y derrotas de ambos lados; de ciudades tomadas y recuperadas, etc., en que también las mujeres tomaron su parte de sacrificios, de acciones de valor, y de terribles resultados. ¡Cuántas de ellas fueron

a parar a las rucas de los indios! El montonero Salvo, valiente, hábil y astuto, se manifestaba uno de los más decididos partidarios de los chilenos y sobre todo del capitán B., al que decía querer como aun hijo. Ambos eran muy útiles y sus notables cualidades hacían que los indios mismos les temieran — cosa rara en ellos; — pues decían y lo creían: **que ambos eran el diablo.** ¡Curiosa dualidad!

Así las cosas, los españoles decidieron separarlos para facilitar su triunfo; con ese objeto mandaron a uno, famoso por su facilidad para disfrazarse, y jugar diferentes papeles, con el objeto de sembrar la eizaña entre esos dos temidos jefes. El primero que cayó en sus redes fué el joven capitán. Terrible duda le oprimía por momentos el corazón que, luego con energía, rechazaba, y el menor incidente lo hacía volver, hasta que llegó a convertirse en tortura, que de día y de noche le atormentaba. El hombre culebra, gozaba en su víctima, e interiormente se gloriaba de su triunfo.

Intolerable ya su duda atroz, resolvió cerciorarse de la verdad en la primera ocasión que se le presentara. En estas circunstancias, el capitán recibió la orden de su jefe de marchar a la cabeza de un destacamento de soldados a tratar de recuperar el fuerte de Nacimiento recién tomado por los españoles; el que, como posición estratégica no tenía precio.

Feliz, como siempre, el joven militar se apoderó del fuerte, tomó prisionera a la guarnición; después se acordó de salvo y resolvió llevar adelante su proyecto de cerciorarse por sí mismo de la verdad o falsedad de sus dudas.

Cerca estaba la casa de Salvo, pero había que atravesar el Biobío en su confluencia con el Vergara, en medio de una fuerte lluvia. Nada arredraba al valiente joven que, en débil esquite, luchando con los elementos desencadenados, atravesó el río.

Al llegar a la orilla opuesta, mojado, temblando de frío, se dirigió con paso firme a la casa de Salvo, que estaba en medio de espesa selva, a alguna distancia de la orilla. La noche era oscura, tétrica y al llegar encontró — como lo esperaba — la casa cerrada y bien custodiada por numerosos perros bravos, que al sentir que alguien se acercaba, principiaron un concierto de ladridos furiosos al abalanzarse contra el intruso. Pero el capitán no les temía y pensó, con amargura, que ellos no traicionaban.

Se abrió sigilosamente la puerta, y una voz femenina preguntó en voz baja:

—¿Quién anda ahí?

Acercóse el capitán y a la luz de débil candela, que cautelosamente ocultaba la mujer, y que en aquel momento dirigió hacia el que se acerca reconociéndolo al instante:

—¿Cómo? ¿Es usted, capitán? ¡Y en qué estado viene!

—¿Y Salvo?

—Nada ha sentido el tatita, pero voy a despertarlo en seguida. Pero, ¿qué le ha pasado?

—Vengo derrotado y perseguido de cerca.

—Entre, caliéntese mientras tanto, capitán. Aquí está seguro. ¡Nunca falta fuego aquí!

Una vez adentro, juntos trancaron la puerta, tiraron el tocoso cerrojo y al volverse el capitán, vió a la débil luz de la wandela, a Salvo que se le acercaba.

(Continúa en la pág. 57)



**E P I S O D I O S**  
 DE LAS  
**ANTIGUAS LUCHAS**



# Georgette lo sabe todo

## La última palabra sobre todo



El jersey perforado y el jersey lama siguen muy favorecidos.—Roder está haciendo jerseys con muchos hilos de oro al través de la lana. Otros son rayados con anchas rayas de oro o de plata. Otros tienen rayas muy angostas, de un color sobre fondo beige. En fin, hay gran variedad de fantasías en los jerseys para el invierno.

**El anillo igual al collar.**—Es la última palabra en la alhaja de fantasía. Collares de gruesos diamantes, zafiros, rubíes, esmeraldas, etc., acompañados con su anillo igual. También se hacen combinaciones de piedras redondas de diamantes y los cabochones grandes se engastan solos. Se llevan siempre las joyas del color del traje o del sombrero.



**Las flores.**—Se llevan ahora más en los sombreros que prendidas en el hombro. Así, por ejemplo, una toca de nutria adornada con una camelia blanca o rosa, es de una elegancia muy exquisita. Una flor bien colocada, con cierta gracia y buen gusto, realza enormemente una toilette, por sencilla que sea.

**Las hebillas y las argollas.**—Desempeñan un gran rol en la moda actual. La hebilla de piedras, lanzada por Chanel, hace menos oscuros en este momento a todos los vestidos de encaje.

En los trajes de noche, una hebilla colocada en el hombro izquierdo ha venido a reemplazar a la gran flor que se llevó tanto el año pasado.



Dos grandes argollas de metal van colocadas en la cintura, tal cual lo demuestra el grabado. Así colocadas, las hemos visto en un traje de raso negro, a través de las cuales pasa un lazo, cuyas puntas caían hasta el suelo.

El mismo efecto se repite con anillos de jade en un vestido de raso blanco.

**Los pañuelos de lunares.**—Esta es una de las últimas fantasías, lo que es mucho decir, tratándose de pañuelos. Es una nota personal que agrega a nuestra indumentaria este gran pañuelo de espumilla o de tusti kasha, que completa agradablemente los trajes de deportes. No hay traje completo sin su pañuelo más o menos parecido al traje. Sobre

un fondo azul marino se ven lunares de diferentes tamaños, verdes, amarillos, rosa vieja.

También con los vestidos de baile se llevan grandes pañuelos de gasa.

**El especulador.**—Este es el último juego... invención de algunos financistas... o de bailarines...

Se compran cartas, que se distribuyen de a cuatro. Mientras menos cartas quedan, más caras son... Usted puede revender las suyas al amateur esclarecido, ni más, ni menos... Pero ¡oh!, si se da vuelta y sale la dama de pique, se dobla la cantidad apostada y se vuelve a reempezar.



**Un bonito cojín.**—Sobre seda negra, gris, verde o beige, se aplican las rositas de cinta rococó, rosadas, y las hojas son de terciopelo verde. Los estigmas se hacen con cadeneta de seda verde, quedan preciosos.

**¿El boston?... ¡Cómo!... ¿Ha vuelto?...** Sí, ha vuelto humildemente por la escalera falsa... Y después se le ha autorizado para que haga bailar en las matinées a los de menos de quince a diez y seis años, y repentinamente se ha introducido, sin que nadie lo invite, a los salones y cabarets.

Sí, señoritas, el Boston ha vuelto y nos hace recordar los "buenos tiempos pasados", en que se bailaba honestamente, con ritmo y sin perder el compás.

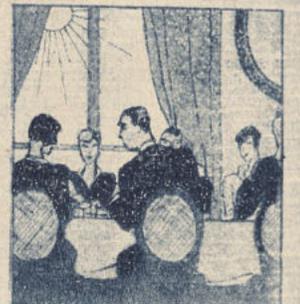
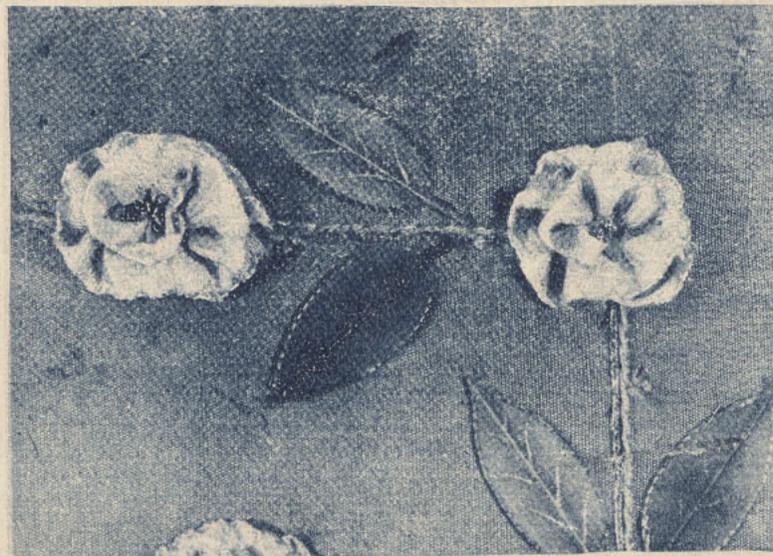
**Las horas de las comidas.**—Hoy día nadie come, pero en cambio se beben cocktails de la mañana a la noche. Se invita a comer a las nueve y... nadie llega hasta las diez.



**¿Buena educación, verdad?**

Así es que hoy día no hay horas para nada ni para nadie.

Los padres tienen que esperar con paciencia que sus hijos e hijas lleguen a la hora que se les antoje, ¡como ni ellas ni ellos comen! ¿qué les importa los demás? La puntualidad es corrección, respeto, y nadie que tenga nociones siquiera de buena educación deja de llegar a la hora que lo invitan. El que llega tarde debe pagar su falta.





# EL CORAZON DE PLATA

Por JUAN BOUVIER

tado de su pecho. Después el marinero replicó: — Si yo tuviera solamente de ti un recuerdo, una nada... un objeto que pudiera tocar y abrazar a veces en la noche...

—¡Espera!

Ella sacó una cadena de acero que llevaba al cuello. En esta cadena había algunas medallas y un corazoncito de plata muy pequeño.

Honorina dió este corazón a Nicolás.

—¡Toma! Lo tengo desde mi bautizo, es un regalo de mi madrina. Me lo devolverás a la vuelta...

Nicolás la estrechó entre sus brazos y quiso también ofrecerle alguna cosa. Pero en vano vació sus bolsillos; éstos no contenían nada que valiese la pena para ofrecer a a una joven: una pipa, una bolsa con tabaco, una pelota de cañamo: un cuchillo...

Sin embargo, no vaciló:

—¡He aquí! No tengo sino mi cuchillo de marinero. ¿Lo quieres como recuerdo? — Es bonito, murmuró ella. Pero se dice que estos regalos cortan la amistad.

—¡Tonterías! Este cuchillo es sólido. Yo me sirvo de él desde que trabajo en bacalao. Guárdalo si te gusta.

La "Gaviota" tomó el cuchillo, riendo:

—¡Gracias! Cuando me sirva de él pensaré en ti.

Se abrazaron una vez más y se besaron una vez sobre la mejilla derecha, y otra sobre la izquierda como hacen todos los novios de la costa. Después el muchacho fué a reunirse con sus compañeros y a continuar la fiesta.

\* \* \*

ESA tarde, una tarde de un Miércoles de Ceniza, una espesa neblina caía melancólicamente sobre el mar.

La alegría del Carnaval, que durante tres días había animado al pequeño puerto de Granville, acababa apenas de extinguirse, pues los cabarets ocultaban aún grupos de marineros disfrazados de pierrots, marqueses de opereta o vestidos con dominós multicolores.

Uno de estos marineros llamado Nicolás Drault, y que contaría a lo sumo veinticinco años de edad, se dirigía a casa de su amada, la bella Honorina; Nicolás partía al día siguiente en la "Stella Maris", una de las más hermosas goletas del puerto y antes de embarcarse deseaba hablar con ella confidencialmente.

Honorina tenía fama de seductora y de hermosa en un país donde se cuenta a las mujeres que no lo son.

Se la llamaba "La Gaviota", porque bajo su papalina blanca, con su talle esbelto, su paso corto y vivo, evocaba la gracia de ese pájaro marino.

Esta "Gaviota" gustaba a todos los muchachos. Bastaba verla una vez para volverse loco.

Ella estaba acostumbrada a las declaraciones brutales como a las proposiciones arriesgadas; pero su alma francamente recta y honesta rechazaba las mentiras de amor; y con una palabra bien dicha o un gesto significativo, sabía poner en su lugar a los marineros demasiado atrevidos.

Todo el mundo conocía la aventura de Juan Boujou, un mozo alegre y atrevido, timonero de la "Stella Marris" que tuvo la desgraciada idea de tratar de estrechar entre sus brazos a la Gaviota. Su audacia había sido pagada con un par de bofetadas aplicadas en plena cara por la valiente Honorina delante de una veintena de bebedores.

Nicolás Drault no tenía probablemente los mismos motivos que Juan Boujou para temer a la "Gaviota." Apenas hubieron salido sus camaradas, Nicolás se aproximó al mostrador donde ella estaba pensativa y grave delante de un montón de botellas de licor.

—Señorita Honorina, ... balbuceó, ¿es mañana... usted sabe!

Ella repitió después de un segundo de silencio:

¡Sí sé!... ¡Es mañana!...

Y levantando la cabeza le tendió sus manos con gesto confiado.

—¡Valor, Nicolás! Una campaña pasa pronto. Nos encontraremos después.

—Si Dios quiere, pues la mar es traidora...

—Dios querrá y nos casaremos el año próximo. Tú sabes bien que es ya una cosa convenida, puesto que mi padre ha dado su consentimiento.

Honorina había elegido a Nicolás, entre todos los mozos que la cortejaban con buen fin; le amaba hacía largo tiempo, sin duda, porque era más franco y más sincero que los demás.

Para decir la verdad, el padre Tarouilly se había hecho un poco de rogar. La promesa de matrimonio le había sido arrancada casi a la fuerza... Sin embargo, no era por eso menos seria. Nicolás Drault podía fiarse de ella. La palabra de un viejo marino vale su peso en oro.

He aquí por qué él guardaba entre las suyas las manos de su novia repitiendo:

—Quisiera estar en el día de las bodas. Estoy seguro que tendré mucha pena allá entre el cielo y el agua...

—Yo te esperaré tranquilamente, rogando por ti todos los días.

Hubo un silencio turbado solamente por el latido igualmente precipi-



tiva, el pescado abundante. La "Stella Maris" llegada a Terranova de las primeras, podía esperar volver también de las primeras al país. Esta esperanza mantenía el valor, doblaba las energías y hacía reinar a bordo una febril actividad.

Nicolás Drault y Juan Boujou se contaban entre la tripulación. Pero si Nicolás, triste al partir, se alegraba ahora más que nadie con la idea de volver pronto a Granville, Juan, por el contrario, permanecía siempre sombrío, taciturno y silencioso.

Los "terranovas" que habían conocido al timonero en los viajes precedentes, no comprendían la causa de su mal humor. Los que tenían la lengua más larga decían en voz baja. — Es la bofetada de la "Gaviota" lo que le ha trastornado la cabeza.

Pero nadie se hubiese atrevido a manifestar esta opinión delante de Juan Boujou. Se conocían demasiado bien sus accesos de cólera brutal y su puño de fierro. Una mañana, Nicolás Drault y Juan Boujou se embarcaron en la misma barquilla para

(Continúa en la pág. 40).

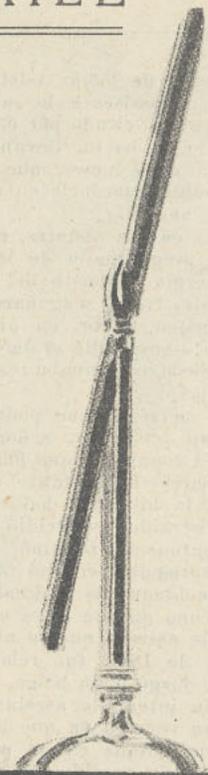


DE BAILE



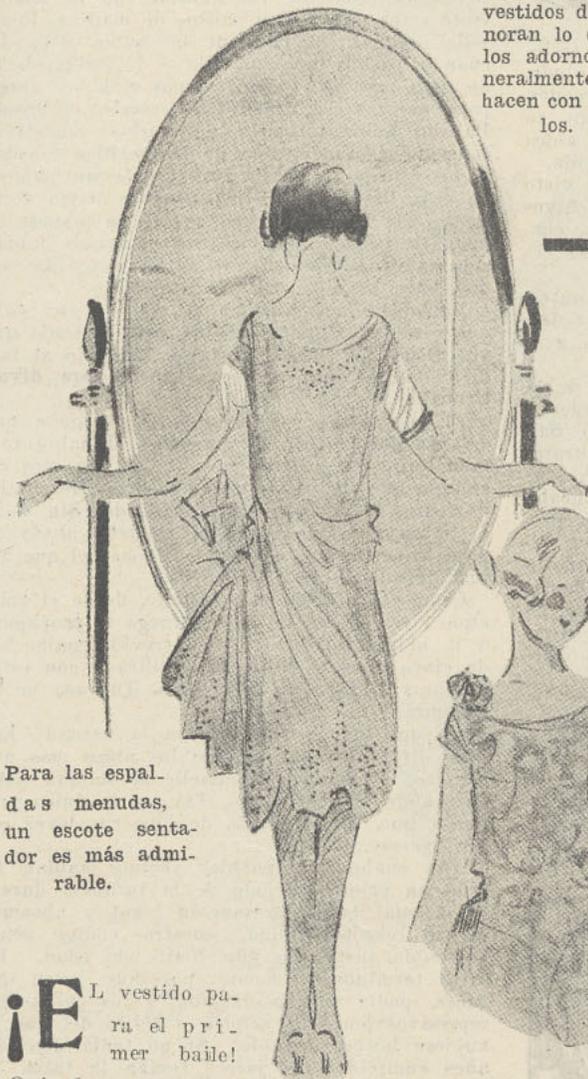
La polca en los salones.

Muy vaporosos, los vestidos de tul ignoran lo que son los adornos; generalmente se hacen con vuelos.



con recogidos anudados alrededor de los tobillos; una flor prendida en los cabellos; tal era la indumentaria en la época en que se bailaba la galopa, las cuadrillas y la cadena, a la inglesa. ¡Y los paseos del brazo con el joven a través de los enormes y lujosos salones de las antiguas mansiones! Los jóvenes de aquella época eran galantes, educados y aprendían las lecciones de admiración y respeto a que se les debe a las jóvenes, que apenas salidas de la crisálida, no sabían lo que les esperaba en el torbellino de la vida. ¡Eran, además, altos, buenosmozos y finos en su trato. En nuestros días...

En las modas nuevas, hay tanto dónde escoger, que cada cual elige lo que más le sienta. El blanco virginal es siempre clásico y gracioso; sin embargo, ya no es el traje obligado que usaban antes las debutantes. El rosa tiene mucha frescura y el malva es muy suave y apropiado para rubias; el azul debe ser de un lindo tono celeste; el verde diáfano, es un poco frío; conviene reanimarlo con algún adorno plateado. Muy vaporosos los vestidos de tul, que se adornan por sí solos con multitud de vuelcecitos, ruchas y muy anchas faldas. Con muelina de seda se hacen ruedos de faldas de quince centímetros de alto, compuestos de pétalos de rosa, que hacen un conjunto con la carita fresca y linda de la chica. Como refinamiento supremo, coronas, guirnaldas, ramitos de flores de colores adecuados, con corolas de diamantes, que los realzan en frescura y elegancia. También hay algunos modelos menos frágiles; por ejemplo: un vestido de crêpe georgette, adornado con hileras de cintas de raso, recogidas en forma de ruchas; otro, de tafetán, cuya falda hasta media altura se amplifica por medio de dientes que descansan sobre un vuelo de tul bordado con perlas y strass. El tul bordado con perlas, ¿es bastante juvenil para un vestido de debutante? Esto depende de las disposiciones del bordado, y de la cantidad de perlas. En general, los pequeños motivos de cristal en bordura angosta conservan el aspecto juvenil.



Para las espaldas de las niñas, un escote sentador es más admirable.



Las flores se ponen en la cintura en ramitos.

(Continúa en la pág. 49)

El vestido para el primer baile!

¡Qué de ensueños

despierta en las cabecitas juveniles esta idea!

En otra época, para el acto solemne de "entrar en el mundo", el vestido de baile tenía una gran importancia, que poco a poco se ha ido perdiendo, junto con todo lo demás, pues ahora todas las niñas de quince a veinte años tienen sus vestiditos de tertulia, que es en realidad lo que se necesita, pues, ¿quién da grandes bailes ahora? Antes, los padres ofrecían en su casa un baile enorme, para presentar a sus hijas en sociedad; se invitaba a todos los parientes, amigos y conocidos; se trastornaba la casa entera; los proveedores, modistas, peluqueros, hacían su agosto. ¡Qué lujo en el buffet, en flores, en luces y en todo! ¡Cuánta elegancia! Las madres llevaban a sus hijas tal como debe ser en la alta sociedad. Las niñas vestían trajes de muselina de la India, de gasa, de tarlatán o de organdí, con corpiños en punta y las faldas llenas de volantes y flores artificiales, verdaderos poemas de sencillez y armonía. El escote, se atenúa con una modestia virginal. Las mangas tenían formas de globos y los guantes llegaban hasta el codo.

Un abaniquito de plumas, coturnos de raso,



La velada después de una gran comida. Se canta y se toca el piano.

# UN CRIMINAL DE CINCO AÑOS

P o r P. BOUCHARDON

**M**E acuerdo de haber asistido en un pretorio de assises a la escena siguiente: Un testigo, citado por el acusado, avanzaba a la barra, llevando un niño de seis a ocho meses, que nadie, sin duda, habría podido guardarle en casa durante el tiempo de su ausencia.

Con la nariz en sus apuntes, el abogado buscaba algunas preguntas y de la muchedumbre compacta, emergía el busto del niño.

El presidente fingió engañarse.

—¿Insiste usted, señor, en oír este testigo?

—¡Sin duda!—respondió el defensor, quien sin levantar la cabeza, continuaba removiendo febrilmente las hojas.

—Pero, yo no sé lo que podría decir...

—Queréis no prejuzgar, señor presidente,

—Está usted seguro de que habla. A su edad, la cosa me parecería bastante rara.

En la sala, la hilaridad había llegado a ser tal, que el distraído se decidió a mirar. Comprendiendo, entonces, terminó por reír también, y el intermedio terminó ahí.

Divertido incidente de audiencia, en verdad. Pero he aquí uno que no lo es absolutamente.

La sesión de assises, que se abrió en Amiens el 5 de julio de 1847, fué relativamente cargada. El 9 se juzgó a un belga, nombrado Barthe, que había intentado asesinar a su amo a pistolazos, en ocasión en que los dos hombres atravesaban un bosque en un coche, a medianoche. Antes de la partida, el doméstico había tenido que adelantar una hora el reloj, a fin de hacer creer que dos habitantes del país, esperados para el viaje, habían olvidado la cita. El no confesó nada y, lo que terminaba de dar a este drama misterioso un carácter pasional, era que, tomando en cuenta algunos indicios, la mujer de la víctima había armado el brazo del criminal. En todo caso, el jurado vaciló en negar las circunstancias atenuantes y así Barthe salvó su cabeza...

El 11, aunque fué un domingo, la Corte de assises no descansó. Un asunto de incendio estaba inscrito, y los curiosos que, al toque de vísperas de la catedral, llegaron bastante pronto para oír al primer abogado general Damay, orador de fama entre la sociedad de Amiens, asistieron a un singular espectáculo.

De pie, un magistrado en traje rojo agitaba sus mangas pagoda, y pedía con vehemencia al jurado, que se mostrase implacable. Sobre el banco de los acusados, no se distinguía sino dos gendarmes, muy puestos de bicorneo y con las manos enguantadas, repasando sobre la empuñadura de sus sables. ¿Dónde estaban, pues, los incendiarios? El cartel, colocado en la sala de los pasos perdidos, anunciaba dos. Habían ellos turbado la audiencia con sus vociferaciones y el presidente los habría, conforme a la ley de septiembre de 1835, hecho conducir a prisión y los debates no se continuarían. No, ciertamente, pues aproximándose y mirando mejor, se descubría sobre las rodillas de uno de los gendarmes, un niño de cuatro a cinco años, que dormía a pierna suelta. Cerca de él y mejilla con mejilla, se estrechaba un segundo niño, de un poco más edad, al parecer, pero sumido en un sueño tan profundo como su compañero.

Tales eran los temibles malhechores, apenas escapados de la cuna, contra los cuales el primer abogado general de una corte soberana, el mismo que había obtenido contra Barthe la pena de trabajos forzados a perpetuidad, blandía todos los rigores de la ley.

¿Cuál era, pues, su crimen? He aquí el relato fiel de él.

El 21 de mayo de 1847, hacia las siete de la tarde, antes de que el sol desapareciera del horizonte, el sargento de caballería Besaucenet, de la brigada de Montdidier, hacía una vuelta de inspección a través de la ciudad, cuando notó a lo lejos, una espesa columna de humo. Presintiendo un siniestro, montó a caballo y atravesó al trote las cuatro leguas que le separaban de Warsy. No se había equivocado. La pequeña aldea era presa de las llamas, y, aunque los bomberos de Arvillers acudieron desde el primer momento, con su capitán a la cabeza, el fuego no pudo ser extinguido hasta después de las 10.

Los perjuicios eran bastante importantes. Tres casas habían sido destruidas, así como ocho granjas o caballerizas. Nueve vacas, un toro, un puerco, un asno y dieciocho corderos acababan de carbonizarse...



La pérdida total pudo ser avaluada en treinta y tres mil francos más o menos. Sin duda, en nuestros días tal cifra parecería bien modesta para corresponder tanto perjuicios pero, en el año de gracia de 1847 y en la pobre aldea que era Warsy, la propiedad no valía nada.

El alcalde, Domínico Pauquet, había visto consumirse todo su inmueble y de los archivos criminales que, por exceso de precaución, conservaba en su casa, no quedaban sino las cenizas.

En medio de los escombros aún humeantes, el sargento Besaucenet y el juez de paz Dumont, del cantón de Moreuil, procedieron a la inspección preliminar.

El fuego había aparecido, a las siete de la tarde en un montón de paquetes arrimados a la granja del cultivador Juan Bautista Sallard. Los primeros que lo vieron habían tratado de apagarle con algunas ramas, pero ya las llamas habían ganado el techo, que llamaba como una antorcha. El incendio se había propagado rápidamente a los compartimentos vecinos, después, habiendo el viento ayudado a propagar el fuego, numerosas ramas en llamas habían atravesado la calle y venían a caer, en lluvia sobre los techos. Desde entonces, a derecha, a izquierda, en frente, eso se había convertido en un inmenso brasero.

Las pesquisas se prosiguieron, llenas de inquietud y de angustia, cuando un muchachito de ocho años, Florimón Blanquet, hizo conocer que, algunos instantes antes del incendio, había visto dos de sus pequeños camaradas muy cerca del montón de paja. Se le presionó a preguntas y reveló que uno de ellos había frotado una cerilla sobre un guijarro, para lanzarla en-

seguida completamente inflamada sobre los paquetes.

Primeramente no se le creyó.

Pero pronto fué preciso rendirse a la evidencia.

El pequeño Florimón había dicho la verdad. Así como la continuación de la pesquisa iba a demostrarlo, los culpables no eran otros que José Ernesto Babaud, de siete años y Dominico Alfonso Raymond Rousselle, alias Tío-Phonse, que había cumplido cinco años el 6 de abril de 1847.

El juez de paz los interrogó y ellos hicieron su declaración, Tío Phonse, bajo la promesa de que no le pegarían. Pero con ese instinto de la defensa que se despierta en el hombre desde sus más cortos años ellos se atribuyeron recíprocamente la idea del incendio.

Era la época en que las cerillas químicas comenzaban a penetrar en los campos y los niños se maravillaban de ver flamear con un simple frote estos minúsculos palitos de madera. Rousselle aseguró que Babaud le había llamado, cuando pasaba por la calle y le había dicho de esta manera: "Ven, vamos a hacer fuego para quemar las casas". A creerle, el mismo Babaud había, después de varias tentativas conseguido prender una de las cerillas robadas a sus padres y había aproximado un puñado de paja llevado por él la pequeña llama vacilante. Tío Phonse agregó que había tratado de apagarle con su pie, pero sus esfuerzos habían sido en vano. Atemorizado no había tenido más que huir, seguido por su compañero.

Babaud no negaba haber robado una caja que contenía algunas cerillas, pero sostenía que era Rousselle el que lo había inducido al mal diciéndole: "Ven a hacer fuego, para divertirnos".

El le había, pues, seguido. No negaba que delante del montón de paquetes él había frotado sobre un guijarro sus cerillas, sin otro resultado que romperlas una tras otra. Desgraciadamente, la última había prendido. Sin duda él había arrojado sobre el pequeño atado de paja la cerilla; pero era Tío Phonse el que había llevado la paja.

Como él le había manifestado, desde el principio cierto temor de que el fuego se propagara a la aldea, Rousselle, este atrevido malhechor de cinco años le había tranquilizado con estas palabras: "Esto no será nada. Tu casa no se quemará."

¿A qué lado se encontraba la verdad? Era bien difícil creer a uno de los niños más que al otro. Babaud y Rousselle se habían dado cuenta de lo que hacían. Tal era la única pregunta que, en el estado de nuestras leyes podía hacerse.

Aún cuando los pueblos vecinos habían fijado un primer período de la infancia durante el cual había presunción legal y absoluta de no responsabilidad, nuestro código penal no había instituido aún límite de edad. En otros términos un menor, por muy joven que fuese, podía ser denunciado a los tribunales represivos por todo crimen o delito del que se hubiese hecho culpable. Si no tenía dieciséis años cumplidos los jueces tenían la tarea de averiguar si había obrado con discernimiento. Resuelta la cuestión por la negativa era la remisión al padre, o el internarlos en una casa de corrección. Si el asunto se resolvía por la afirmativa era en lugar de la pena de muerte o la prisión a perpetuidad, la condenación de diez a veinte años de encarcelación.

No era raro en ese tiempo, ver niños, más jóvenes aún que Rousselle, perseguidos por vagabundos y enviados hasta su mayor edad a una colonia penitenciaria.

¿Nada más desolante que esto! Nada más inhumano. Así, en 1855, el ministro de justicia tuvo que enviar a los procuradores generales, instrucciones formales — que recordó por otra parte en 1876, M. Dufaure — para impedirles las persecuciones contra los menores de siete u ocho años.

Pero, en 1847 no sucedía lo mismo y, en el asunto de Warsy, el procurador del rey se apresuró a entregarlos al juez de instrucción. Este magistrado que se llamaba Luis Carlos Próspero Blériot, prorrogó durante cerca de un mes y no tomó ninguna medida. Entonces el consejo general, consultado, le llamó al orden. El 18 de junio, el juez de Montdidier dió orden de prisión contra los pequeños incendiarios y los



Los dos acusados dormían a pierna suelta

(Continúa en la pág. 49)



# Los bailes modernos

Vals o Charleston  
Bailes Deportivos

El Valse en 1913

El Black-Bottom

El Charleston

El Cake-Walk

**S**E reúnen en París, a principios del verano, los profesores de baile más reputados del mundo entero. Acuden ahí para celebrar conferencias sobre el arte de Terpsicore. Cambian ideas, estudian proyectos, buscan los nuevos pasos. Pues ahí está toda la cuestión: hay que inventar pasos nuevos de baile, esos que deben tener en cuenta los gustos del momento y de las costumbres modernas.

Grande fué nuestra sorpresa cuando se nos dijo: "Este año valsaremos de nuevo... El valse va a reconquistar su lugar en los programas de bailes... Se valsará en los salones."

El valse nos hace evocar a las mujeres con talle de avispa y de caderas redondeadas, dándose vueltas como torbellinos del brazo de caballeros con largos bigotes y cabellos crespos... Las largas colas que abanicaban las piernas de las parejas vecinas. Y creíamos que el valse era todo y que no había otros bailes capaces de derrotarlo.

¡Qué equivocación tan grande! En las reuniones de demostraciones, hemos visto valsar a las parejas ultra modernas Jóvenes de caras afeitadas y de facciones enérgicas; a niñas de cuerpos flexibles y musculados, con faldas que tan pronto comienzan como concluyen. Tal vez en sus pasos de valse se desliza algo de menos lánguido, algo más deportivo; pero, a pesar de esto, nos ha parecido que el valse no pierde nada de su encanto. Esta fué la impresión que nos produjo al verlo ejecutar por estas jóvenes de cuerpos amuchachados, esos pasos antiguos que se hicieron ver en esa sesión, sin duda para marcar el camino recorrido, schottishs, pas de quatre, pas des patineurs, etc., etc. Con tanta gracia pudieron bailar estos pasos que hicieron las delicias de sus madres. Pero pueden más hoy día los deportes, porque les dan solidez a los músculos, y la sencillez de la indumentaria les permite conservar toda la elasticidad a sus cuerpos. Todo esto incita a los profesores a buscar pasos nuevos, en que las cualidades adquiridas encuentran empleo...

Pero antes de llegar a los bailes verdaderamente deportivos, que hacen hoy día la alegría de la juventud, ¡cuántas trepidaciones! ¡qué de errores!

Nos presentaron, primero, la serie de danzas, que por ser copia de los acróbatas, ejecutadas en los music-hall, nos parecieron grotescas. Comenzó por un cake-walk, que era un baile divertido a la vista cuando era bailado por negros y girls con trajes vistosos, hizo éste una tímida aparición en los salones, pero jamás logró implantarse. Los bailarines, que se prestaban para librarse de las contorsiones que pedía este baile, eran perfectamente ridículas. En cuanto a las bailarinas, regularmente perdían las horquillas y se les desprendía la cabellera, con gran di-

El Tango en 1913

El Black-Bottom

El Charleston



El Valse acrobático

"charleston" tiene influencia sobre nuestra vida moderna. Nos hacemos cortar el pelo a lo "charleston", nos calzamos a lo "charleston" y los hombres usan pantalones a lo "charleston"...

Si examinamos el "charleston" desde el punto de vista de la danza, llegamos a esta conclusión: que para practicarlo hay que poseer cualidades de fuerza, de flexibilidad y de resistencia poco comunes, que sólo pueden adquirirse con un entrenamiento metódico. Los bailarines, y sobre todo las bailarinas, debieran dedicarse a la cultura física de un modo regular, para soportar sin inconvenientes la fatiga de varias reuniones seguidas.

Son muchas las señoras y señoritas que se han visto obligadas a dejar de bailar "charleston" a causa de enfermedades graves ocasionadas por este baile agitado. Sí, verdaderamente, el "charleston" es el baile que marca una época, en que las mujeres usan cabellos cortos y faldas que apenas alcanzan a llegar hasta las rodillas; que juegan tenis, golf, football, suben en bicicletas, hacen caminatas a pie, manejan automóviles de un modo vertiginoso. No nos podemos imaginar a las abuelitas vestidas con largas faldas de cola bailando "charleston", black-bottom o el black and short".

El "charleston", nadie puede negarlo. es un baile de lo más casto. Los jóvenes, ¿podrían acaso flirtear cuando tienen que agitarse frenéticamente al son de un jazz-band endiablado?

No hay más que mirar el rostro preocupado de los que lo bailan, que temen perder la cadencia para darse cuenta de que el "charleston" es un baile más atlético que divertido.

La lectura de novelas de aventuras no es extraña al éxito formidable que al alcanzan los bailarines modernos.

El "black and short", se nos ha dicho, es practicado por los cow-boy en los bares del Far West: el "charleston" ha debido ser bailado la primera vez por los negros, excitados por el abuso del alcohol, en esas tabernas tan literalmente desiertas en las novelas de Pedro Mac-O'Ryan y otros.

Entrenamiento del Charleston

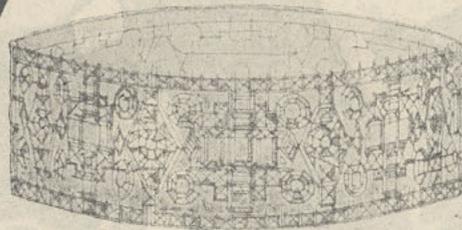


El "charleston" no es únicamente un baile, es una cosa momentánea. ¿Cuánto durará? El porvenir nos lo dirá. El

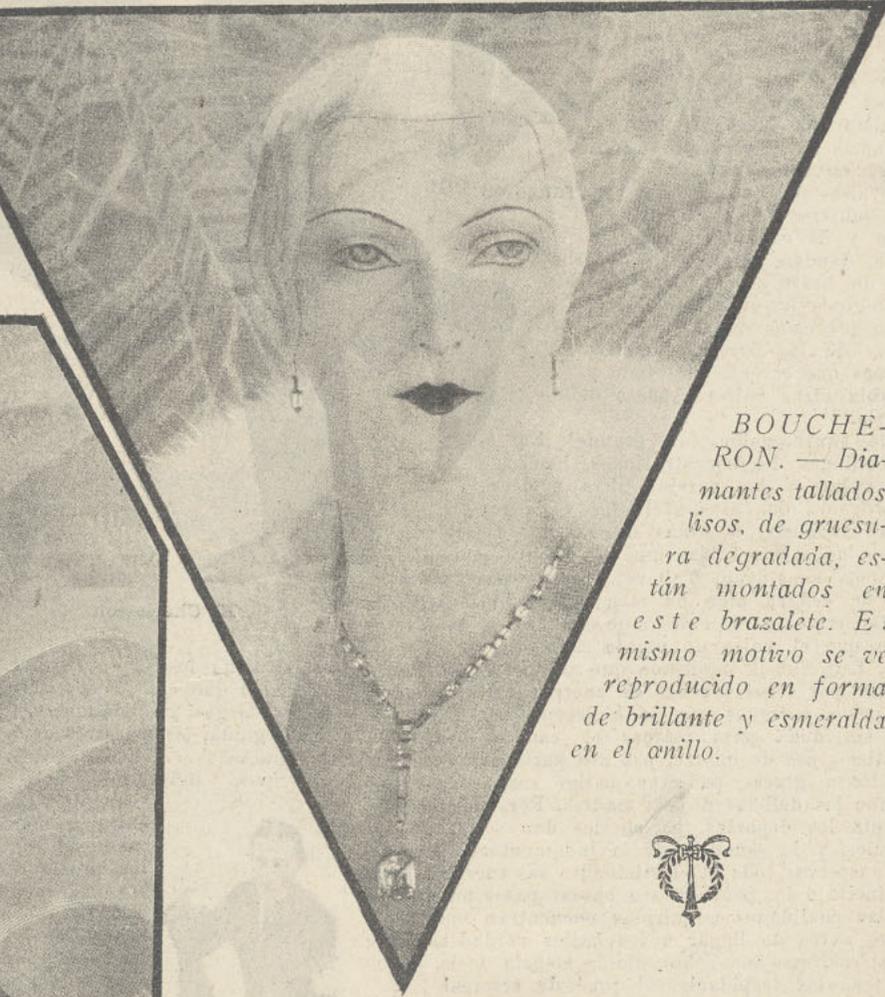
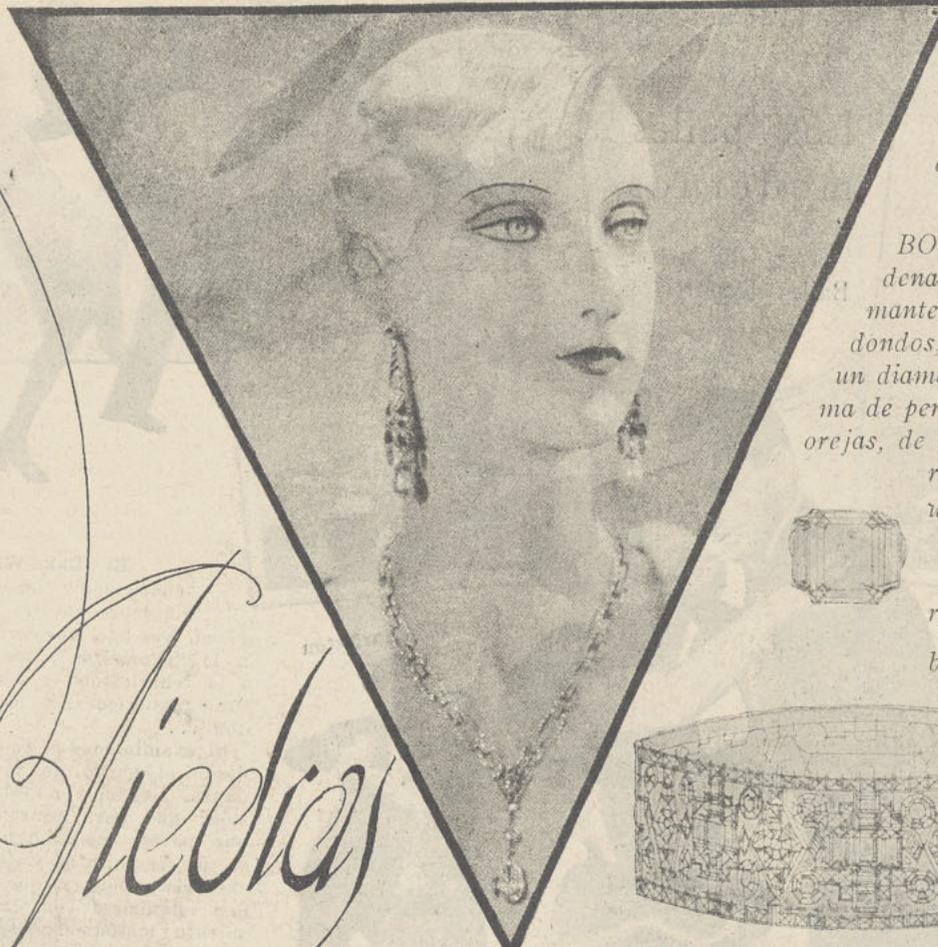
Las perlas necesitan la luz del día para animarles su oriente delicado y su discreta belleza, por eso quedarán siempre como el adorno sin rival para acompañar

las toilettes de día, mientras que en las noches desaparecen, dejándoles a las piedras el encargo de agregarle opulencia y esplendor a la moda. Diamantes, zafiros, esmeraldas, cuyo brillo propio se redobla con el de las luces eléctricas, y a veces suele ser suficiente para darle a una toilette, por demás sencilla, la nota de magnificencia que exige el marco de las circunstancias actuales.

BOUCHERON.— Cadena compuesta de diamantes rectangulares y redondos, de la que cuelga un diamante tallado, en forma de pera. Pendientes de las orejas, de diamantes y esmeraldas, terminados en una perla forma pera.



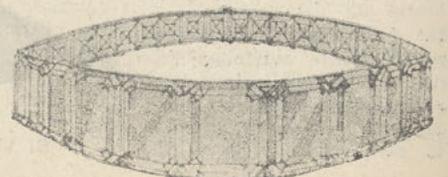
Piedras  
preciosas



BOUCHERON.— Diamantes tallados lisos, de gruesura degradada, están montados en este brazalete. El mismo motivo se ve reproducido en forma de brillante y esmeralda en el anillo.



CARTIER.— Una serie de diamantes y una gran esmeralda rectangular componen este collar. Esmeraldas encuadradas de brillantes forman los pendientes de las orejas.





Es indispensable que los cubiertos tengan una completa armonía.

Para determinar la elección que ofrece la única variedad de ropa de mesa, que se permite ahora a las dueñas de casa, deben inspirarse sobre todo de las circunstancias, es decir, ante todo, del estilo de convite que desean ofrecer. Este es el número de convidados quien lo determina y la hora en que han sido invitados y el grado de ceremonia con que conviene recibirlos.

Una vez terminado este punto, los cubiertos deben conservar una armonía completa, es decir, que los servicios y la cristalería formen con manteles, servilletas y pieza central un conjunto perfecto.

La hermosura,

## I

### En el querido hogar

Las elegancias para la mesa

**L**A postura de una mesa de comedor es actualmente tan variable como el traje de una mujer bonita. En esto, como en todo, el modernismo ha impuesto su estilo.

Candelabros de plata con velas de color. Cristales blancos con una copa verde o rubí.



II

la gracia y el ingenio de este conjunto debe notarse al primer golpe de vista. Trataremos de recordar algunos ejemplos, teniendo en

cuenta la moda y de lo poco que nos queda de la tradición. Importa decir, ante todo, que en un convite de ceremonia y aún de media ceremonia, y cuando éste tiene lugar de noche, se prefiere siempre la ropa blanca de damasco o de granité unido con calados a mano. La importancia de los calados, los lindos bordados, inerustaciones de ricos encajes marcan el grado de elegancia.

Ciertos manteles caros, adornados con anchas tiras de deshilados, hechas a mano, de donde surgen motivos de bordados finísimos, son actualmente lo más "non plus ultra" de la moda. Las servilletas son pequeñas y lucen en una de sus puntas un hermoso motivo bordado, calado inerustado. Un espejo grueso recibe la canasta o la copa de cristal llena de rosas pálidas, que se armonizan, mejor que otros, con los candelabros de plata.

El único servicio de porcelana admitido es el blanco con filete dorado y como único motivo el monograma. Con el mantel ó el camino de mesa bordado, con el servicio de porcelana, con el espejo del centro en que se refleja la platería y las preciosas rosas del canasto del medio, el servicio de cristal tiene que ser de cristal blanco. La moda actual quiere que éste sea grueso y chato de forma, tallado en facetas, como los diamantes verdaderos.

Al lado de la lencería de hilo, que se coloca en primer término, la ropa de seda empieza a ganar terreno. Manteles y servilletas rosadas y amarillas pálidas, con lindos dibujos adamascados, parecen ser el último (Continúa en la pág. 42)

Mantel de seda vegetal, agotando en sus rayas todos los tonos degradados de una gama.

III



# HISTORIA UNIVERSAL DE JOSEFINA BAKER

## LA ESTRELLA Y EL GRAMOFONO



Quando miss Baker llegó a París—en octubre de 1925—tenía diez y nueve años y tres meses. Llevaba una falda corta que hoy parecería una falda larga, pero que entonces dejaba ver su cortedad, y unas medias de lana que se arrojaban, como un agujero, a unos zapatos aplastados, bajos de tacones. Parecía más negra de lo que era: llevaba gorra y la falda era a cuadros. ¿De qué muelle norteamericano venía esta mulata? Nadie se formulaba entonces semejante pregunta, porque nadie de París, que se haya sabido, se fijaba especialmente en la mulata Josefina. Ni siquiera se sabía que se llamase Josefina. Era una mulata anónima, una mulata más que venía a París. Era una figurante de la "revista negra", que traían a los Campos Elíseos las señoritas Reagen y Duddlay, misses empresariales. Andaba todavía entre los bastidores de los Campos Elíseos.

\*\*\*

Andaba y corría a cuatro patas o se estaba con las piernas abiertas y el busto inclinado, como subida a un árbol; se frotaba contra los bastidores; lanzaba gritos inarticulados que asutaban a los bomberos. Sus cucamonas habían ya—en un music hall de Broadway—llamado la atención, por lo menos lo suficiente para que miss Reagen y miss Duddlay la trajesen a París con la "revista negra". El espectáculo iba a ser una novedad. La tormenta del jazz había preparado la atmósfera. Todos los gramófonos de París escrutaban el horizonte. Se esperaba la bajada del baile negro; estaba en el aire; llegaba a su hora. Pero en el último momento hubo un retraso.

Mister Luis Douglas, el negro Luis, era el primer bailarín de la "revista negra", y a este mago le faltaba la estrella. Había reñido con la primera estrella de la "revista negra", en los ensayos. En medio de semejantes dificultades astronómicas, apareció como caída del cielo la Mona mayor.

¿Quién eligió a la mulata Josefina para primera estrella?

El negro Luis dice que fué él quien eligió su pareja. Quizá. Las misses empresarias cuentan que fueron ellas las madres—las madres, como en Goethe—de la estrella nueva. Acaso. Los críticos que asistieron a los ensayos afirman que los padres fueron ellos. No se sabe. Un tramoyista asegura que él fué el primero que guiñó el ojo a la mulata. El que menos la conoció, se siente profeta retrospectivo de su suerte negra.

Siempre conviene dejar en la oscuridad algún punto de historia. La gran Josefina echa la culpa a su suerte, no a un hombre ni a una mujer, sino a un fetiche bisexuado que llevaba colgado del cuello. ¿Qué puede significar entre las bambalinas una tal divinidad de los bosques? Es la imagen del público que ocupa los paleos y las butacas. El público en definitiva, eligió a Josefina Baker; pero, como los grandes triunfadores Josefina Baker empezó por elegirse a sí misma. Se le había metido en la cabeza del fetiche, que sería primera estrella. Mientras la otra estrella se eclipsaba detrás del negro Luis, las contorsiones que hacía entre bastidores la mulata Josefina, eran ya los bailes de la "revista negra". Para hacerse célebre desde la primera noche, la mulata desconocida no tuvo más que quitarse la falda de cuadros, las medias de lana, los zapatos americanos y dejar libre, después de hacerse un nudo en el taparrabos, el genio de su cuerpo de almendra. Desde entonces, Josefina Baker es feliz, no tiene historia: su vida pertenece al dominio público. Habita en los Campos Elíseos, baila en Folies Bergères, dirige un cabaret en Montmartre. Todas las noches hace lo mismo. Por trescientos francos se ha bailado con la gran Josefina en su cabaret. Era como bailar con el Africa y todos sus negros. No se puede decir que este acto de confraternidad humana fuese caro. Era un acto de contrición de la raza de yeso, ante un cuerpo de palmera reforzado con el acero yanqui. La gran Josefina saca-

ba a bailar primero a los clientes más respetables, a los vientres más europeos, los mejores toneles de a trescientos francos la batella y acababa sacando a bailar a los criados, a los cocineros, a los pinches. El último pinche blanco era decididamente el negro de Josefina, primera y mulata, reina de París. Viena, Berlín, Londres, la reclaman. La gran Josefina ha cerrado su cabaret, ha dejado las Folies, y antes de que se marche a París, vamos a verla a su palacio de mármol de los Campos Elíseos.

\*\*\*

Josefina Baker parece ahora menos negra de lo que es. Está hecha una parisiense.



Para no perder su carácter, tiene una criada de chocolate. También tiene un ama de llaves que es una dama del Renacimiento, y un manager a quien llama Pepito.

—¿Se va usted, Josefina?

—Hasta el año que viene—dice en un francés demasiado correcto.

—¿Y el fetiche?

—Lo he puesto en seguridad, con las alhajas, en mi caja del Banco.

—Se va a aburrir....

—¡Pepito, el gramófono!, exclama Josefina. Empieza a girar el disco. En el cielo negro que proyecta todo gramófono, sale una estrella. Es Josefina, la mulata Josefina, que aplica la oreja para oír su destino. Porque el destino de Josefina Baker, estaba, naturalmente, escrito en un disco de gramófono...—CORPUS BARGA.

LA VIDA DE LOS  
GRANDES "ASES"  
DE LA PANTALLA  
IVAN MOSJOUKINE

(Continuación)



Mosjoukine y sus compañeros sobre el puente del barco  
que los lleva a Francia



Una expresión de Mosjoukine  
en "La Casa del Misterio"

**I**VAN Mosjoukine era ya uno de los "jóvenes primeros" más en boga de los teatros moscovitas, pero pronto tuvo que abandonar a Melpómene para sacrificar a Marte. El Ejército lo reclamaba. Fué un artillero sin historia y no pensaba más que en volver al teatro una vez concluido su servicio.

En aquella época, un arte nuevo hacía sensación en Rusia. Las grandes firmas cinematográficas de entonces: Pathé, Cinés, Itala, Nordisk, tenían sus agencias en San Petersburgo y en Moscú. (Mosjoukine dió pruebas de un verdadero gusto por el cinema y lo prefirió al teatro parlante. Fué conquistado por la Compañía Karitonoff, que iba a preparar una película. Todos conocían a Mosjoukine como actor de teatro popular, pero como artista de la pantalla todos lo ignoraban.

El director le dió para principiar, un rol secundario, en que nuestro héroe hizo lo imposible por estar a la altura de su rol.

Este primer rol que debía interpretara Mosjoukine ante el objetivo, era el de un hombre que lloraba a una mujer muerta. después de haber vivido un sueño de amor desgraciado. Habiendo comprendido que la pantalla no sólo reclamaba un gran poder de expresión, sino que también requería una extremada sobriedad, llevó al servicio de esta primera creación gran fuerza y relieve, al que no estaba acostumbrado en los falleres, en donde se representaba como en el teatro y, cosa curiosa, Mosjoukine, que venía del teatro, se hizo notar, precisamente, porque representaba en el cine de una manera muy diferente que en la escena.

Hay que decir que posee facultades personales innatas que lo han ayudado considerablemente a hacer de él en pocos años uno de los primeros artistas de la pantalla.

Este debutante del arte mudo, ante todo tenía una extraordinaria ligereza de exteriorización, una facilidad asombrosa para pasar de la risa a las lágrimas. Además, el don maravilloso de dejar adivinar los sentimientos secretos a través de los ya concebidos. En fin, un temperamento excepcional, que se traduce por medio de una nerviosidad de expresión incomparable: nerviosidad del rostro, de las manos, de los gestos, de las aptitudes que llegan a expresar un pensamiento, un estado de ánimo un solo reflejo o una mirada.

Mosjoukine en una escena de seducción de "Casanova"



Mosjoukine y Natalia Lissenko en  
"La Hoguera Ardiente"



Mosjoukine en "Kean"

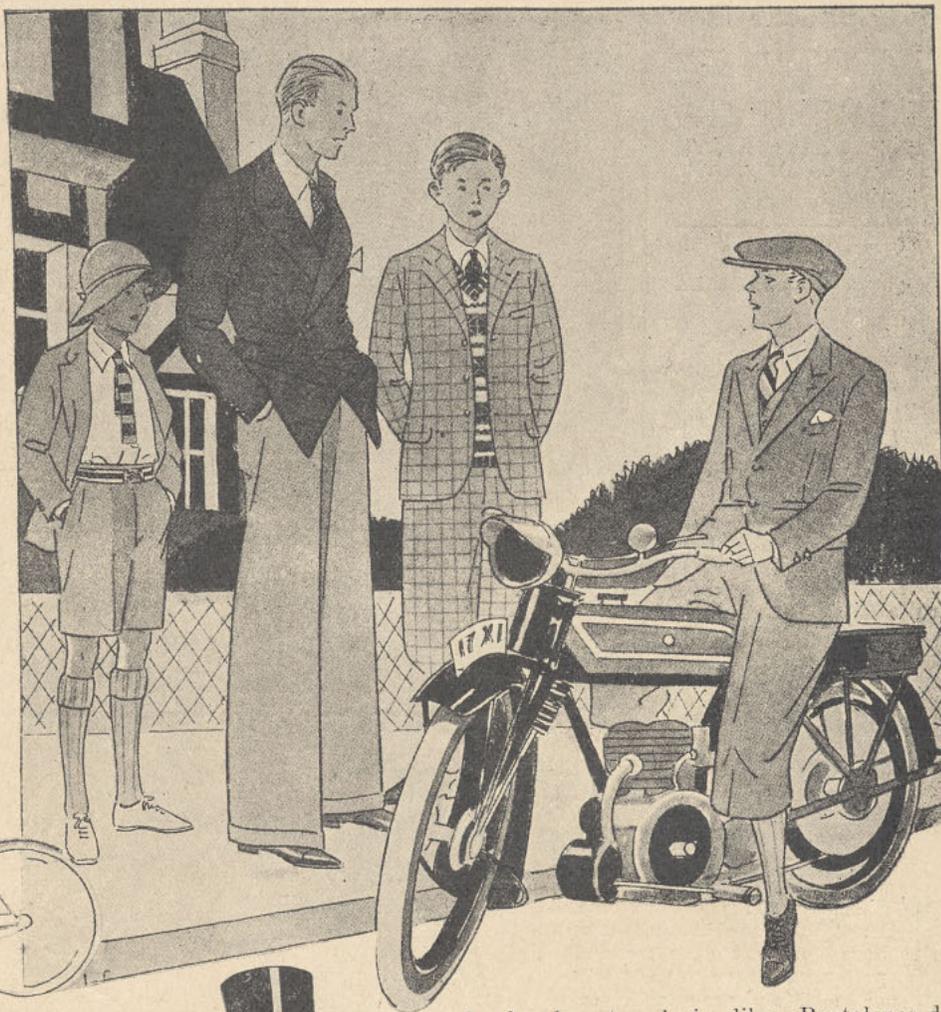
dos se arrancarán de miedo!  
Hasta 1917, Mosjoukine filmó más de 50 obras curiosas en que  
(Continúa en la pág. 42)



El primer gran rol que interpretó Mosjoukine, le fué confiado por el director de escena polaco W. Starevich. Este rol era el del diablo en la "Noche de Noel", y Mosjoukine, que ya poseía la verdadera ciencia de la transformación, hizo un personaje tan feo, que al verlo el director de escena no pudo contener la risa.

—¡Amigo mío, nadie lo reconocerá, y al verlo en su casa to-

# COMO VISTEN LOS COLEGIALES EN INGLATERRA



I II

**L**AS reglas de bien vestir son claras y definidas y deben observarse hasta en sus menores detalles.

La cuestión que más preocupa a las madres cuando llega el momento de mandar a sus hijos al colegio es la de lo que necesitan para llevar. Esto, naturalmente, varía mucho según el colegio.

En los colegios más renombrados de Inglaterra, como Eton, Harrow, Rugby, Marlboro y Wellington, todos tienen sus estilos propios. En cuanto a Eton, es conocido en todo el mundo por su uniforme. En este colegio la cuestión altura desempeña un rol importante: si el niño mide más de cinco pies, cuatro y media pulgadas, al llegar al colegio se le pone inmediatamente "colas", esto quiere decir que use "chaquet" sin usar la chaqueta Eton, que se ve en el grabado No. I.

El No. II lleva chaquet. Con la chaqueta Eton de paño negro lleva chaleco de paño negro con seis botones. El cuello Eton se usa con esta clase de chaqueta. Corbata negra. Cuando el niño es alto usa chaquet, igual al que se ve siempre. Sombrero de pelo. Esto, naturalmente,

corresponde exclusivamente a Inglaterra, que es tan conservadora de sus costumbres. El grupo No. III representa un grupo de colegiales ingleses, de 6 a 16 años, vestidos muy correctamente, sin pretensión, pero muy cuidados de sus personas y con trajes adecuados a su vida de deportes. El niño pequeño, de 6 a 8 años, está restringido a su completo de franela gris, pantalones cortos, camisa de color, corbata con colores vistosos. Chaqueta suelta con bolsillos sobrepuestos. Cinturón con los mismos colores de la corbata y sombrero de paño suelto. El joven grande, que ya tiene 16 años, viste con chaqueta cruzada color café oscuro, y los nuevos y muy famosos pantalones "Oxford" de franela beige. El niño de 10 a 13 años, que está a su lado, se ve muy bien con su traje de grueso paño escocés, pantalones cortos y anchos. Sweater de coloridos alegres. Corbata oscura. Zapatos gruesos color café y medias de lana gruesa. Por fin, el motociclista luce un completo de paño inglés con pantalones niker-boekers. Medias de lana y calzado grueso.—IV. Todos los trajes que muestra esta página son los que usan los niños del colegio de Eton, para las diferentes horas del día. Este traje sirve para to-



IV



VI

dos los deportes al aire libre. Pantalones de paño gris y camisa de franela blanca. Sombrero de paño gris. Cinturón de colores.

V. Traje uniforme de Eton College, visto de frente. Pantalones rayado gris y negro. Chaqueta y chaleco de paño negro. Corbata de seda negra. Camisa Eton. Sombrero de pelo. Guantes café.—VI. A su lado vemos al niño pronto para jugar una partida de football. Pantalones anchos y cortos, de franela gris. Sweater de lana blanca, tejido con rayas de color. Medias y zapatos muy gruesos.—VII. Sólo necesita un abrigo el niño de colegio. Este debe ser oscuro, con cuello de terciopelo.



V

# HISTORIA

# DE LA CUNA

**C**ONTEMPLANDO una cuna, hecha del más fino linón, del más ligero plumón, de la más nevada muselina, he pensado, con piedad, en la desnudez en que crecieron los niños, en los primeros tiempos del mundo. Ellos no conocieron ni frazadas de lana suave, ni almohadas blandas, y eran menos felices que los pajarillos, cuyo nido fué siempre delicadamente arreglado. ¿Con qué habría podido la mujer preparar la camita de su primer niño? Ella, que no estaba vestida si no con su cabellera que, flotando libremente, debía ser espesa y larga como un manto. La joven madre no supo sino amontonar en un rincón de su caverna las hierbas más dulces que pudo encontrar, para formar con ellas una cuna donde acostaba su pequeño. Y cuando oía al viento furioso silbar a su alrededor, se inclinaba sobre el niño para abrigarlo bajo sus largos cabellos tibios. Puede pasar el dormir sobre un tapiz de musgo que el sol de mayo ha entibiado todo el día, pero en las noches de hielo, y durante las violentas tempestades, ¿cómo



El sueño del niño, según una viñeta romántica.

lorarían los pobrecitos desgraciados que fueron nuestros lejanos antecesores! Esta idea nos hace estremecer, a nosotros, que vivimos en una época de confort, en que casi todos los bebés son cuidados como flores muy frágiles.

Pero desde que los hombres aprendieron a vestirse con el despojo de los animales, los niños conocieron camitas hechas de calientes vellones, escogidos entre los menos rudos.

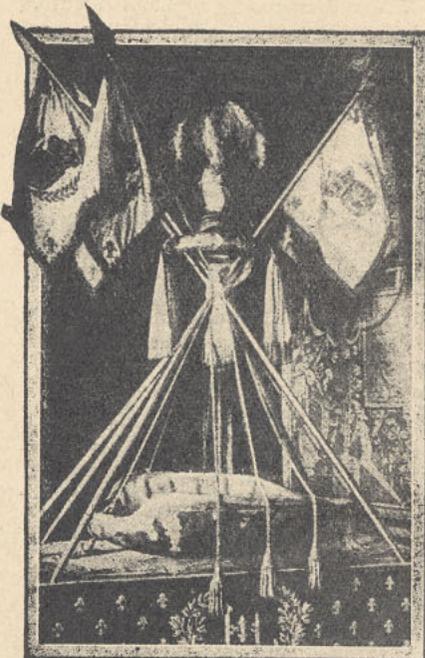
Y pronto, a imitación de los pájaros, los padres tuvieron la idea de juntar las lanas y cortezas para hacer nidos humanos.

Cuando Moisés, a la edad de tres meses, fué recogido por Thermuthice, en 1571 antes de Jesucristo, vagaba por el Nilo acostado en

no un gran placer oír esas canciones sencillas, de las que guardaba para siempre el recuerdo en sus oídos, con la voz de la que se las había cantado. Enrique IV, al que su madre había echado al mundo cantando, oyó, sin duda, cantidad de canciones bearnesas cuando reposaba en la caparazón de una enorme tortuga que formaba el fondo de su cuna. Este curioso recuerdo se conserva en el castillo de Pau. Una estampa del tiempo de Luis XIV, reproduce la cuna del duque de Anjou. Esculpida bastante pesadamente de delfines sosteniendo las armas reales, está adornada en las cuatro esquinas, de cabezas, de donde parten gruesas cuerdas por las que está sostenida la cuna al techo.

En las ricas familias de esta época, los niños dormían en pequeños lechos muy pomposos, de aspecto severo, con sus armas y sus adornos dorados, destacándose a menudo sobre un fondo pintado en rojo foncé.

Las niños del pueblo tenían camitas de mimbre, más o menos eran a veces montadas sobre ruedas, pero en los países donde eran de madera y demasiado pesadas para que las madres pudieran llevarlas con ellas cerca del establo o del lavadero, se tuvo mucho tiempo la costumbre de suspender a las paredes sacos donde se les dejaba bien atados. De esta manera, estaban, al menos, al abrigo de la voracidad de los puercos que vagabundeaban en las haciendas y las madres iban tranquilamente a sus quehaceres. En ciertas regiones del Mediodía, los padres no vacilaban en poner a sus niños en los troncos de árboles vacíos de donde no podían escapar se. A comienzos del siglo último, artistas de talento designaron modelos de cunas suntuosas para El Rey de Roma. Una de ellas, ofrecida por la ciudad de París, se eleva sobre cuatro cuernos de



La cuna de Enrique IV, en el Castillo de Pau, hecha de una caparazón de tortuga.

una canasta de junco, a la que habían untado con una especie de betún para hacerla impermeable.

Si Hércules tuvo que vencer dos serpientes que lo atacaban en su cuna, Homero, por el contrario, fué criado en un templo, teniendo por nodriza a la hija de Orus, sacerdotiza, la que lo despertó una hermosa noche gorjeando como nueve pequeños pajaritos a la vez.

Y en la mañana, se encontró acurrucadas cerca del futuro poeta, nueve tortolitas con las cuales él jugaba, dice la leyenda. No se podía dudar después de esto, de la amistad que las Musas querían así testimoniar al joven Homero.

Siglos y siglos pasaron, y los primeros cuadros nos muestran muchachitos estrechamente envueltos en mantillas, apretados con fajas y acostados en cunas de madera esculpida, montadas sobre los soportes redondeados, lo que permitía mecer a los pequeños para hacerlos dormir. Este movimiento rítmico incitaba a las nodrizas,



La primera cuna (escultura de Debay).



Moisés salvado de las aguas, según el cuadro de N. Russin.

a cantar en cadencia palabras que ellas improvisaban, sin duda, según las circunstancias. Después, ellas repitieron más seguido las palabras que tenían el don de encantar a los niños, y así fueron compuestas las canciones de cuna que se transmitieron de madre a hija.

La costumbre de mecer fué conservada durante siglos numerosos, pero se dice ahora que es inútil y aún nociva la costumbre de hacer dormir a los niños de esta manera. Era, en todo caso, una encantadora ocupación para una mujer y para el ni-

ño un poco las precedentes con sus ornamentos de bronce, pero sus cuernos de la abundancia contienen, mezclados a las frutas, flores de lys. Todas estas cunas principescas eran bastante elevadas, pero en general las camitas infantiles de otros tiempos, eran más bien bajas. Podemos constatarlo aun en los grabados de la época romántica, que nos muestran, madres tiernamente inclinadas sobre el sueño de su predilecto.

Más tarde, se tuvo la idea de suspender la cuna a montantes, entre los cuales oscilaba y se tuvo así la cuna propiamente dicha. Se la hizo de madera torneada, de fierro pintado o esmaltado, de cobre y se la guarnecía de volantes de muselina y de amplias cortinas sostenidas por un grueso nudo de falla o de moaré.

La cuna, poco portátil, era colocada cerca de la cama de la madre, y se tenía para los sueños durante el día, grandes



La cuna de la Princesa Josefina Carlota de Bélgica, guarnecida de encajes de Bruselas.

La abundancia y está sembrada de abejas de oro. Está cubierta por una cortina de encaje sembrada de estrellas y sobre la parte de adelante, un águila parece pronta a emprender el vuelo. Otra cuna, que sirvió al mismo pequeño Rey, está expuesta en el palacio de Fontaineblau. De madera preciosa, adornada de bronce dorado está acolchada en satén azul pálido, y la parte superior formando abrigo para la cabeza, tiene sobrepuesta una corona de laurel.

El Museo de las Artes Decorativas en París, posee también una cuna de un trabajo magnífico, que fué ofrecido por la ciudad de París al joven duque de Bordeaux. Recuerda un poco las precedentes con sus ornamentos de bronce, pero sus cuernos de la abundancia contienen, mezclados a las frutas, flores de lys. Todas estas cunas principescas eran bastante elevadas, pero en general las camitas infantiles de otros tiempos, eran más bien bajas. Podemos constatarlo aun en los grabados de la época romántica, que



El niño reposa...

(Continúa en la pág. 43)



El chino.

La moda de las muñecas en las habitaciones parece crecer con la vida más y más cara.

Muchas mujeres podrían vestirlas ellas mismas, poniendo en práctica esta bonita fantasía, ayudadas por algunos consejos que aquí damos al respecto. Las muñecas de trapo tienen, casi siempre, cabezas muy bonitas, pero generalmente tienen brazos y piernas defectuosos. Así es que tendremos que elegir trajes que les disimulen las imperfectas extremidades. Tomemos una veneciana, un chino, una turca, una rusa, una española, en fin, una muñeca cualquiera.

Por ejemplo: una muñeca grande, más o menos de 80 cent. de la cabeza a los pies. La veneciana tendrá una falda amplia: de 2 metros 25 cent. de ruedo por 50 cent. de alto, de tela suntuosa como tafetán tornasol, raso bordado o lama. Si la tela es muy rica, un galón de oro viejo, de 3 centímetros, será suficiente para disimular la basta. Bajo el traje tendrá la veneciana una enagua ancha y larga, de una seda tornasol oro viejo, azul o malva; se armonizará admirablemente con un adorno violeta. El corpiño liso adelante y en la espalda se une a los recogidos de la falda; adelante toma forma puntiaguda, de terciopelo violeta, que oculta las dos cuchillas. Las costuras de los lados son al sesgo. El escote es cuadrado adelante y bastante bajo; podrá cubrirse con un velo de encaje blanco. El plastrón ancho y alto, de seis centímetros, se bordará con perlas, canutillo de oro y

cabochones. Este mismo adorno se repite abajo de las mangas, que llegan hasta el codo, con vueltas (5 centímetros de alto por 18 de largo), sobrepasa ampliamente. Un vivito de raso rosado rodea la parte alta, mientras que dos vuelos de encaje blanco se desprenden de estas mismas vueltas y ocultan el antebrazo. Sobre la cabeza de la muñeca se drapea el "bahutte", especie de velo cortado en punta; éste es de encaje de oro o de seda, que llevaban antiguamente las damas venecianas. Debe éste rodear toda la figura, ocultando los cabellos y se anuda al lado en un sólo lazo que cae.

Sobre la "bahutte" se pone el tricornio, de terciopelo violeta, como los adornos. La copa

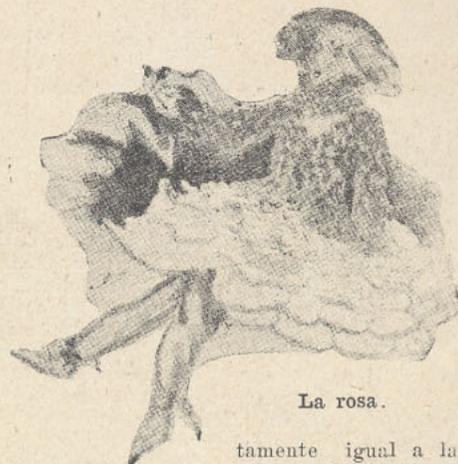


La rusa.

redonda tiene 15 centímetros de diámetro y se recogerá sobre muselina tiesa. Los bordes se cortarán también en muselina y terciopelo, en una redondela de 20 centímetros; se recortará en el interior, pues el ala sólo debe tener más que 6 centímetros de ancho. Se hace entrar la copa dentro del ala y se le da la forma tricornio, que exige el modelo clásico. Un collar de perlas en el cuello, y a la dama veneciana sólo le falta calzarse sus babuchas de oro. Se rodea el pie con una cinta cosida bajo la planta; el tallón se rodea con otra cinta más angosta, que se une con la pieza de abajo del pie. Una plantilla cortada exac-

# Trucos de la AGUJA

LA VESTIMENTA DE LAS MUÑECAS DE SALON



La rosa.

tamente igual a la planta del pie, se cose alrededor de

las dos piezas. Este modelo servirá para todos los zapatos.

El traje de chino es bastante complicado para hacerlo. No es bordado de seda brillante, sino de sellos de correo usados. Se le cortará en raso violeta una falda recta, de 50 centímetros de altura, por un metro de ancho. Se le ponen tres tablas a ambos lados y el ruedo se ribetea con un sesgo de pongé negro. Se adorna todo el delantal de la falda con sellos de todos colores cosidos sobre el género con seda del color del sello; en esto intervendrá la fantasía y el gusto de cada cual.

Este mismo adorno se repite en el kimono de raso naranja, que se cortará doble, de 33 centímetros de alto, por 60 de ancho. Se siembra de motivos y se rodea de una tira multicolor. Esta tira se subrayará por un sobresaliente de pongé azul vivo y por una tira de pongé negro arriba y en la orilla, como en la falda.

Una echarpe del mismo azul, se cruzará alrededor del cuello.

El sombrero, de 20 centímetros de diámetro, se hace de espartería, enteramente forrado en lama de plata o de raso azul. Una cuchilla atrás, partiendo del centro de la redondela, lo hará ligeramente acampanado. Se cose sobre un círculo de 4 centímetros de alto, envolviendo, precisamente, la cabeza de la muñeca, galón o sellos, ocultando la costura de la orilla; se adornará con una gran perla. Un pañuelo negro rodea la cabeza del chino y ahí se cose la larga trenza de lana o de seda negra, que cuelga atrás. Un largo bigote, igual a la trenza, se cose debajo de la nariz, y toda la cara se pinta de color ocre. Se le alargan los ojos a la muñeca, levantándolos hacia arriba con un pincel y pintura negra.

El traje de la turca es más de efecto que de costo. Los pantalones se forman con dos cuadrados de 50 centímetros de pongé oro. Cada cuadrado forma una punta; se dejarán las costuras de cada pierna inconcientímetros del talle. En este sitio, un galón de oro clusa arriba, a 30 en las pantorillas con ñeca. Las piernas del como una falda alrede-pantalón van recogidas dor del talle de la mujuntarán y recogerán de cada pierna, que se se coserá la parte libre de 2 centímetros. y además con una pestaña. Una ca-



La española.



La veneciana.



La turca.

miseta de pongé blanco cortada en forma de kimono, va sostenida en el puño de la manga por un galón. Su pestaña se recoge alrededor del cuello con un cordoncito que termina con una hilera de perlas.

Un bolero de terciopelo naranja, ribeteado en contorno con un galón de oro y flecos de perlas de madera dorada. Al centro, adelante y en medio de la espalda, se bordan motivos de perlas, lentejuelas y cabochones. Una faja de espumilla verde, de 20 centímetros de alto, por 60 de largo, hará la vuelta de la cintura y se

(Continúa en la pág. 44)



Mitsou-Ko, salió de su casa, inquieta; miró al cielo. ¿Qué ocurría esa noche en Kyoto? Un prolongado sacudimiento de tierra parecía estremecer el suelo. Ya de lejos, se sentía un clamor... Y vino repentinamente el temblor, el cataclismo espantoso, que removió el mundo.

Mitsou-Ko, aterrorizada, penetró en su frágil habitación, antes de arrancarse

quería volver a ver su querido tesoro... y de pie, con el corazón que se le arrancaba por la boca, miraba a sus crisantemos, que le parecían más hermosos que nunca. Los había flexibles, semejantes a cintas de seda desprendidas profusamente. Otros, pequeños, modestos y delicados. Los gigantes, de colores amarillos como el azufre, blancos, rosados, violetas, de todos los colores más hermosos. Todo... todo... Pero un sacudimiento más fuerte mató de susto a la japonesita que, al caer rodó sobre las flores, que suavemente la cubrieron con cariño... ¿Son estos mismos, acaso, los que vemos adornando profusamente los jardines y salones de nuestra tierra?

¿Los flexibles, los modestos, los despeinados... los amarillos, los blancos, los rosados?

Un suntuoso macizo de Crisantemos.

Orgía de colores, vértigo de matices. Los orgullosos que se mantienen solos en sus tallos. Fenómeno debido al esfuerzo altanero, desprendido de las flores vecinas. Sus cabezas se levantan. Y estamos en presencia de una mancha admirable de Crisantemos, armoniosamente dispuestos por manos de artistas. Paleta viva, parterres exquisitos que desprenden un perfume especial, infinitamente embriagador.

Sobre esos prados el sol hace caer sus flechas de oro, celoso de tanta belleza de colorido. Sus tallos altos trepidan imperceptiblemente delante de los visitantes. Las flores viven su vida secreta, inquietante.

Están todos reunidos... ¿Y sus nombres? Nombres gloriosos, ¿Pero creen ustedes, flores, poder tener un nombre más grande que el que se les da en el Japón, de flor imperial? Enumerar todos los nombres que les dan los hombres sería imposible... Son demasiado, muy raros, muy hermosos... Las exposiciones de estas flores existen en cada jardín, que semejan verdaderas maravillas del arte y del cultivo.

El salitre chileno es usado en todo el mundo para hacer estas flores gigantes, que admiramos casi como algo imposible de ser.

# Flores de Otoño

LAS HERMOSAS FLORES JAPONESAS. CULTIVADAS CON SALITRE CHILENO

I N T E R E P I D E Z  
NOVELA VIVIDA EN EL LAGO LLANQUIHUE



**L**EGA usted a última hora, dice ella severamente. El joven seguía mirándola sin responder. Merecía, es cierto, que se la mirara, esta era la opinión general entre los pasajeros del "Chile". Les encantaba su silueta vigorosa y flexible, sus ojos grandes, claros y las cejas y pestañas negras y su enérgica expresión.

El recién llegado no podía disimular su admiración. Frida estaba acostumbrada a que la admiraran y veía esto con sencillez. Pero, aquella noche, por cierta razón misteriosa, se sintió turbada. Enrojeció y nerviosamente da la partida saltando a bordo enérgicamente, pero con tan mala suerte que se enredó en unas jarcias y habría rodado al fondo del barco si el joven no la hubiera sostenido en sus brazos y retenido así cinco segundos, a lo menos, y Frida cada vez más confundida y laerte, se desprendió bruscamente, tomó el volante y con vista al frente trató de aparentar una ignorancia voluntaria.

—Me llamo Carlos Prike, le dijo el joven en plena marcha. Y usted, ¿cómo se llama? Es algo que hay que saber cuando vamos a ser amigos.

—Me llamo Frida Faggart. Pero, ¿cómo sabe usted que vamos a ser amigos?

—Es una intuición. Desde que puse pie a bordo, tuve esta idea. Dígame, ¿hace tiempo que desempeña usted este oficio?

—Seis meses.

—¿Es usted propietaria o simplemente capitán de este barco?

—Soy capitán y propietaria, contestó Frida orgullosa.

—¡Oh! Admirable. Y... ¿es buen negocio?

—Más o menos.

—Pero este es un trabajo muy duro para una persona sola. ¿No necesita de alguien que le sirva de asistente?

Volvióse, Frida, y consideró a su pasajero. Decididamente este pasajero no perdía su tiempo.

—¿Tendría a alguno que recomendarme?

—Sí, a alguien que es precisamente lo que usted necesita. Seguro, honrado, capaz, buen marino, mecánico competente. Yo en persona.

Me puede probar en una semana, sin sueldo, después me daría usted cualquier cosa. ¿Quiere aceptarme, Frida?

Ese modo familiar, decidió a la joven: este muchacho es imposible.

—No, gracias, no lo necesito. Mi marinero Juan está enfermo hoy; pero en dos días más estará mejor y mientras tanto yo puedo hacerlo todo. Ya hemos llegado—cinco pesos, si me hace el favor.

II

—He venido a ver si Juan había mejorado, dijo tranquilamente Carlos, al aparecer a la mañana siguiente en el embarcadero. Como veo que no ha aparecido, deseo reemplazarlo. Y, sin más, saltó a bordo del "Chile" en donde Frida, resplandeciente de juventud y de salud, descalza y los cabellos agitados por la brisa del lago, estaba escobillando la cubierta con energía.

—Parece que usted ha tomado el asunto como arreglado, dijo ella, algo desconcertada.

—Seguramente, está sin ayuda y trabajando... y aquí me tiene, excelente marino, seguro, honrado, ya se lo dije anoche.

—Si es que lo acepto, su conducta deberá ser ejemplar y tendrá que ejecutar escrupulosamente mis órdenes.

—Entendido, capitán.

—Tendrá que lavar la cubierta, revisar el motor y verlo todo; cobrarle a los pasajeros, tirar y recoger el ancla.

—¿Es todo?

—Eso es todo por el momento. Comience por lavar la cubierta, le dice Frida pasándole la escoba.

Así fué cómo Carlos se enroló como segundo del "Chile". Ocho días después seguía en su puesto. Juan seguía mejor, pero aún no podía trabajar, en cambio Carlos lo reemplazaba a las mil maravillas, a pesar de que Frida temía que se mostrara demasiado familiar, se convenció encantada de encontrar en él al más respetuoso de los auxiliares. En pocos días se hicieron muy buenos amigos.

—Este motor necesita ser revisado, dijo en día el segundo, después de un minucioso examen de los órganos cansados del "Chile", varias piezas estaban perdidas y había que reemplazarlas.

—Lo sé, declaró el capitán, pero no puede hacerlo ahora. Tengo que pagar aún una gruesa hipoteca sobre el barco y francamente que no sé como podré llegar a pagar, dada la carestía de la vida, los impuestos de explotación;... la pesada carga de la mano de obra...

Carlos estaba ya inscrito en la lista del personal con veinticinco pesos diarios.

—¿Qué aplomo! dijo indignado Carlos, ¡me mató trabajando por un jornal de hambre! ¿Dice usted que el "Chile" está hipotecado?

—Sí, mis padres murieron con meses de intervalo, yo no quise recurrir a la caridad de parientes lejanos, que me proponían ir a vivir con ellos, y se me ocurrió establecer un servicio en el Lago Llanquihue, entre Puerto Varas y Puerto Octay, pero me faltaba el dinero para pagar al contado al "Chile". Di, pues, cuanto tenía e hipotecué para pagar lo restante. Hasta aquí no he podido cancelar mi deuda, gano puramente para vivir en este trabajo, dijo la joven capitana.

III

—Frida, dijo el segundo, ¿puedo pedirle algo?

Ambos almorzaban en el fondo del barco, esperando la partida del vaporcito.

—Si se trata de un huevo duro, ¿por qué no

decirlo francamente? Mire, aquí tiene uno. —No es un huevo. Es algo más importante que mil docenas de huevos.

—Entonces es un sandwich. Inútil, amigo, me los he comido todos.

—Frida, gimió trágicamente Carlos, ¿por qué me habla de huevos y de sándwiches, mientras me hace trizas el corazón? Lo que quería pedirle es... en fin, para hablar claramente... ¿quiere casarse conmigo?

Frida, pareció dirigirse a un confidente invisible.

—Es el sol, ciertamente, o las emanaciones del motor. Parece a respirar aire fresco, Carlos, y esto lo hará recuperar su tranquilidad.

—Frida, protestó el joven con fuego; le hablo seriamente. Toda mi vida está en juego. Si supiera usted cuánto...

—Diga, señor, gruñó la voz de un hombre desde el embarcadero, ¿a qué hora parte el barco?

—Mañana a las ocho y media.

—¿Cómo! pero... es absolutamente necesario que atraviese el Lago hoy mismo!

—Vuelva dentro de media hora, haremos un viaje especial para usted.

—Gracias, infinitas gracias.

—No hay de qué, Frida querida, siguió diciendo Carlos, una vez que el hombre se hubo alejado, la amo, la amo, la amé desde que la vi, sentí que era usted la única mujer en el mundo con quien me podía casar, y cada día me convenzo más de esto.

—No, mi viejo amigo, es inútil. No lo puedo tomar a lo serio. Todo esto me parece risible, lo que es la mejor prueba que no lo quiero. No quiero casarme, es lógico, ¿no es cierto?

—Más tarde verá...

—Carlos, dijo ella severamente, ya es bastante. Son las dos, ponga en movimiento el motor, y no más tonterías de amor mientras estamos a bordo, si no tendré que despedirlo a pesar mío. ¡Vamos, en viaje!

—Bien, capitán, dijo maquinalmente Carlos. Pero la venganza le arañaba el corazón.

IV

—Juan, ¿alguna vez ha estado usted enamorado? preguntó Carlos, al viejo marinero que se calentaba beatíficamente delante del fuego de la cocina.

—¿Enamorado? replicó Juan, frotándose soñadoramente la barba. El amor no es mi fuer.

(Continúa en la pág. 38)



# Modas de Invierno

Toca, cuyo encanto consiste en el misterioso velo que cubre los ojos.



Los vestidos echarpes.—Son una de las grandes novedades de la estación presente, o al menos, una de las fantasías más rebuscadas. Recientemente hemos admirado mucho un elegante vestido de muselina de seda blanca cuya espalda estaba cortada, a partir del escote, de modo de poderlo volver hacia adelante, para así formar una echarpe, que se envuelve alrededor del cuello y termina en un fleco de plata.

Los chalets minúsculos suelen reemplazar a las echarpes y éstas, por ser menos "esculturales", son infinitamente más nuevas.

Los vestidos de encaje están indicados, antes que todos los demás, para ser acompañados por este encantador y pequeño accesorio.

Como más "habillé", más inédito, el pequeño chal de lamé o de tela bordada con perlas ha hecho su aparición sensacional.

Las joyas, también siguen la tendencia del gran

(Continúa en la pág. 56)

Esta crónica tendrá por tema la Moda de gran lujo para la estación invernal. Contiene esta información páginas coloreadas, consagradas a las toilettes más brillantes y más recientes de los maestros de la alta costura, como asimismo a los detalles más refinados que completan la vestimenta actual.

¿Qué hay de más vivo que las Modas en color? ¿Y cómo dar una idea más exacta de lo que se hace y de lo que se lleva? Nadie, que mire estas páginas, podrá ignorar lo que se verá en esta estación en los centros mundanos más reputados.

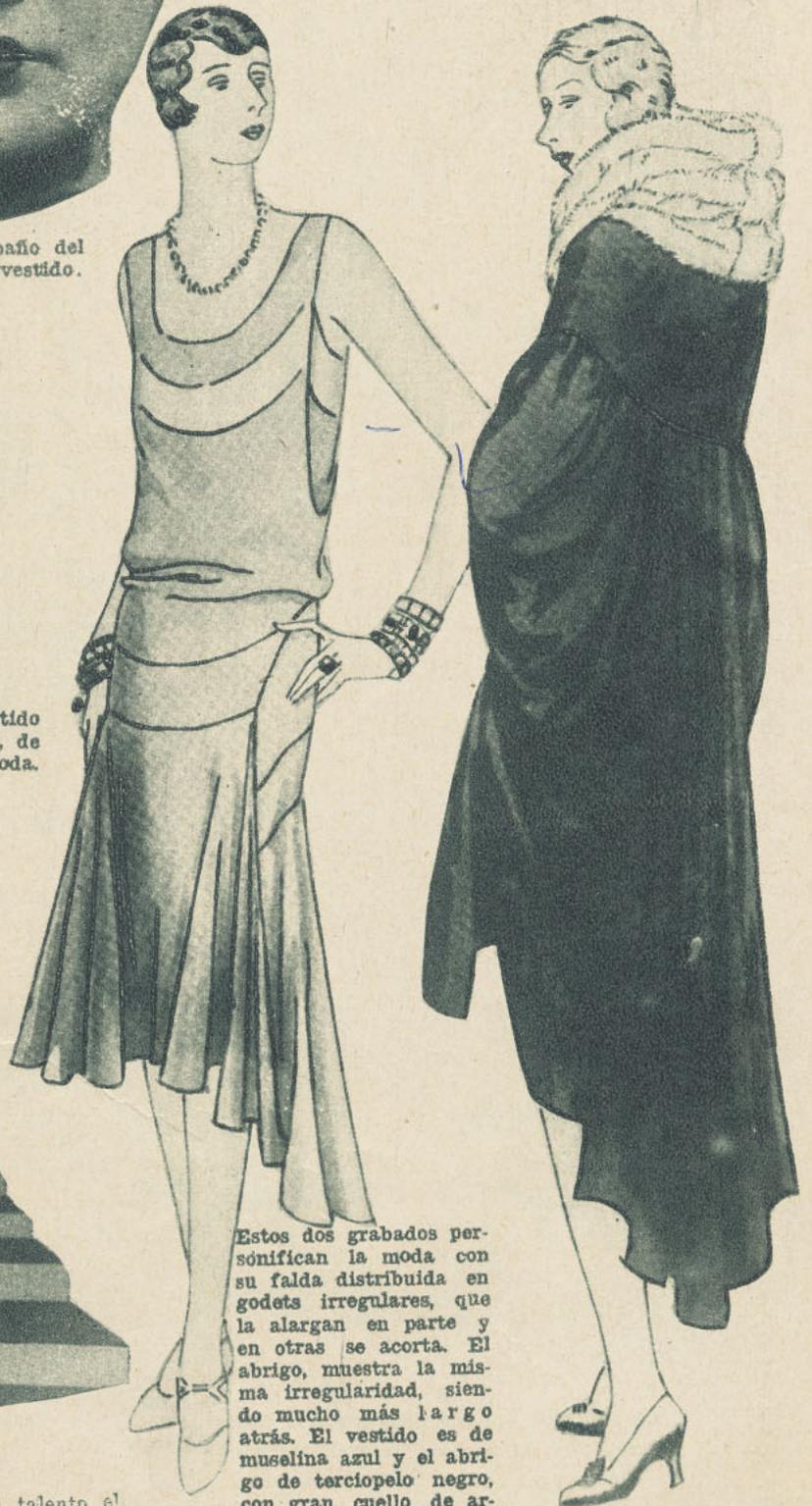
¿Cuál de entre ustedes no sueña con tener un vestido largo este invierno? Las primeras reuniones de otoño han probado que esta noticia fué muy bien recibida y que los árbitros de la elegancia adoptaban definitivamente esta idea.

Hay cien maneras para alargar los vestidos, ya sea por medio de drapeados o de vuelos. Tendrán nuestras lectoras muchas facilidades para embellecerse este invierno sin que sientan esa impresión de monotonía que cansaba a las condenadas a observar como nosotras. Esta idea nos impresionó muy agradablemente, por cierto, al ver bailar una noche a algunas elegantísimas señoras jovencitas. Todas ellas estaban vestidas según la última Moda y, sin embargo, de un modo enteramente diferente. La señora S. N. de N., por ejemplo, había adoptado para esa noche la línea de Louise Boulanger. Lucía un traje de muselina de seda con grandes impresiones. La falda era toda de alforzas y se alargaba mucho atrás. A su lado, la señora C. de M. tenía al lado izquierdo de su lindo vestido de muselina de seda violeta recogido, un largo godet, que sobrepasaba mucho el ruedo de la falda, mientras que la señora J. A. de B. estaba vestida de blanco, con dos largas puntas que le colgaban a ambos lados; éstas colocadas un poco atrás. La hermosa señora E. A. de G. demostró esa noche su preferencia por los vuelos de tul negro que cubrían una falda muy amplia y sus largos pendientes de diamantes parecían más brillantes, estando rodeados por el tul negro, vaporoso, del traje. Todo este conjunto era realmente encantador y de altísima Moda. La individualidad en la elegancia ha vuelto a predominar y todas tenemos que regocijarnos con esto, porque le proporciona a cada mujer la ocasión de sacar con talento el mejor partido de su personalidad.

Toca de paño del color del vestido.



Otro vestido irregular, de gran moda.



Estos dos grabados personifican la moda con su falda distribuida en godets irregulares, que la alargan en parte y en otras se acorta. El abrigo, muestra la misma irregularidad, siendo mucho más largo atrás. El vestido es de muselina azul y el abrigo de terciopelo negro, con gran cuello de armiño.

# ¡ I N V I T A N D O   A   B A I L A R !



(“Para cuando aparecen las primeras flores de durazno”.) He aquí un hermoso vestido de vuelos de tul rosa. La falda es ancha. Rosa y cinturón de plata. Echarpe de tul.

Vestido de baillie. Es de raso negro con un ancho vuelo de tul del mismo color, que forma puntas abajo y un enorme lazo también de tul, que parte del lado izquierdo de la cintura y cae en coquillé hasta el suelo.



Traje de terciopelo marrón, con chaqueta muy cruzada al lado, rodeado de ancha tira de zorro marrón; cuello de lo mismo. Vestido de espumilla del tono.

Un abrigo espléndido para la noche, de lama bordada de oro. Dos zorros forman el cuello, el tercero va colocado en el ruedo. Grandes bocamangas de piel, conjunto de rara elegancia.

La suntuosidad  
 de la lama  
 realzada  
 por pieles

Vestido de uso diario de espumilla ocre; falda con godet al frente y corpiño con sesgos ribeteados con vivos más oscuros.

Trajecitos de espumilla impresa, que se llevan debajo de los abrigos de piel o de terciopelo de lana, adornados con pieles



Este precioso modelo es de espumilla lacre con lunares blancos. La falda se compone de dos vuelos irregulares. La blusa forma bolero en la espalda. Una cinta negra y otra blanca ribetean los vuelos y blusa. Sombrero de fieltro negro. El paletó es también de nutria.

Vestido de espumilla impreso con fondo azul rayado con vivos. La falda es corta y plegada adelante. Cuello de linón blanco. Sombrero azul y largo abrigo de terciopelo de lana azul con gran cuello y puños de kolinsky.

Vestido de espumilla beige con impresiones más oscuras. El corpiño forma un largo jabot a un lado. Largo abrigo de paño beige adornado con piel de angora del mismo color.

Espumilla negra con impresiones rosas es lo que hace tan simpático este trajecito de hechura muy graciosa. Cinta rosa en el ruedo del bolero y de la falda. Fielto negro y paletó de paño negro adornado con astrakán.

En el Té de las cinco, ¿se jugará bridge?

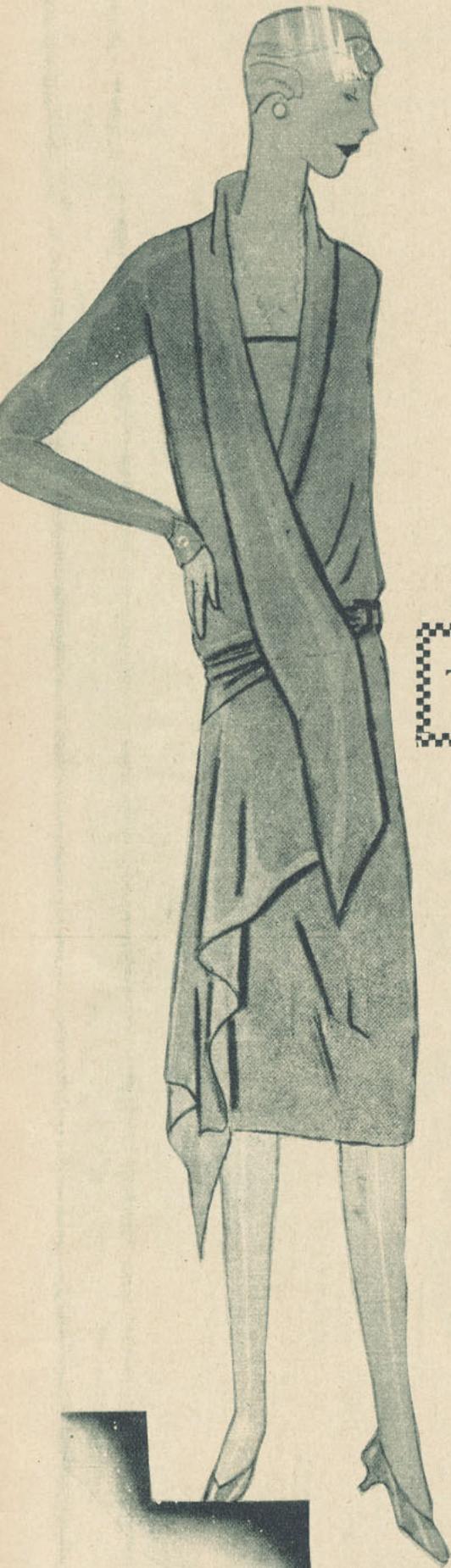


Vestido de recepción, que puede servir también para comida. Falso de crêpe Georgette rosado pálido con galones cruzados en el corpiño, cubierto por un vestido de negros encajes de Malinas con un gran echarpe de Georgette rosada en la cintura. Zapatillas de raso rosadas.— Berthe Hermance.

Vestido de tarde de espumilla azul marino con vuelos cortados en forma en la falda-blusa.

Vestido de tarde, de terciopelo impreso en tonos bois-des-rose, cafés y rosa fresca. Sesgos en el corpiño y en el panneau de la falda de terciopelo café.— Berthe Hermance.

Vestido de tarde, de crepe Georgette negro adornado con cuello y vivos de terciopelo negro.



Las alhajas en los vestidos.— Un collar doble de oro de un bonito dibujo antiguo cuyo aspecto es sin embargo muy moderno. Se lleva con vestido negro.



TODAS LAS MODAS



Toca de última creación, de plumitas finísimas, beige y negras. ¿Es señadora esta forma? No lo sabemos pero es de moda.

Un efecto de doble falda. Vestido de crepe Georgette color "noiseté", que Drecoll recubre con una especie de túnica muy alargada de un lado. Un cinturón drapeado abrocha al lado, dejando libre el drapeado del cuello, que cae en pliegues sueltos.

Vuelve a aparecer el velo en los sombreros. Como se ve, aquí en este sombrero de taupé negro, sobre el que va co-



locado un diáfano velo de chantilly que da sombra a los ojos. El ala del sombrero es de dimensiones regulares.

Vestido de crepe satín negro con sesgos opacos. La falda se compone de una serie de panneaux flotantes.

# NUESTRAS ELEGANTES EN TRAJES DE MAÑANA



Trotteur de terciopelo inglés azul muy oscuro; la falda tiene pliegues a un lado. La chaqueta cruzada y forrada en espuma rosa va enteramente ribeteada con huincha de seda negra. Grandes puños rosados. Sombrero de terciopelo.

Traje sastre, muy clásico, de tela inglesa color mostaza. Falda recta con pliegues al lado. Chaqueta cruzada de estilo puramente masculino.

Bonito traje estilo sastre, de terciopelo color alhucema con pintas grises. Tanto en la falda como en la larga chaqueta lleva sesgos de terciopelo de un color, lo que le proporciona el gran chic que tiene. Cuello, puños, etc., de piel gris oscura. Sombrerito de terciopelo negro.

# LAS PIELES Y SU USO



Gorro de terciopelo bordado con trencilla. Corte irregular, característico de la Moda. Alfiler de brillantes.



lencilla toca de terciopelo con paño.



Abrigo de breitschwanz o de fino caracul, al que le da una nota de gran elegancia la piel clara que lo adorna. Su corte recto es muy apropiado para afinar la silueta.



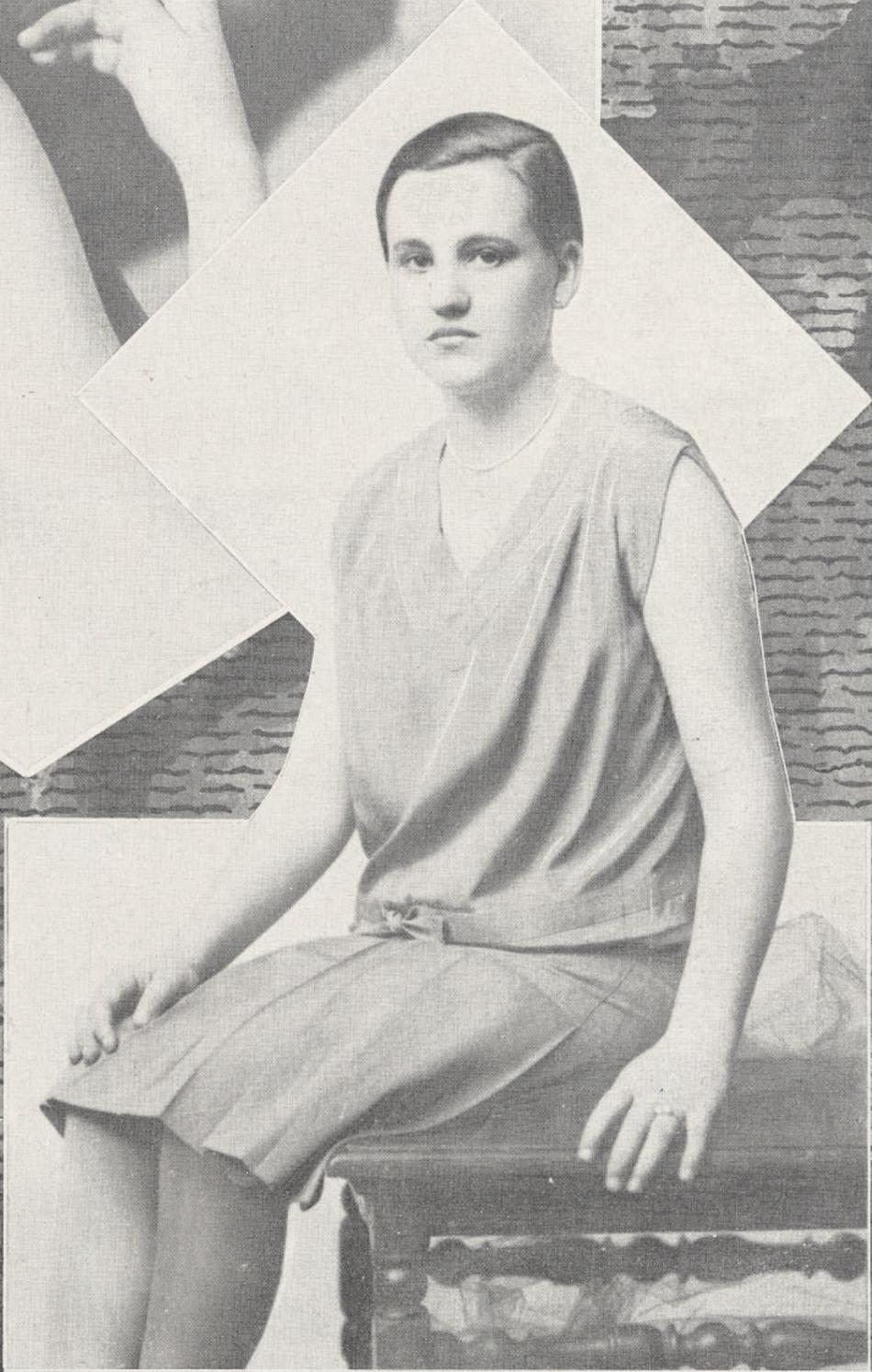
Abrigo de nutria con mucho godet en la falda. Cuello ancho y largo, de piel amarilla clara. Mangas anchas, rodeadas de piel.



Una capa de topo, con movimiento en forma en la espalda. Su extremada flexibilidad le permite la originalidad del cuello anudado adelante.



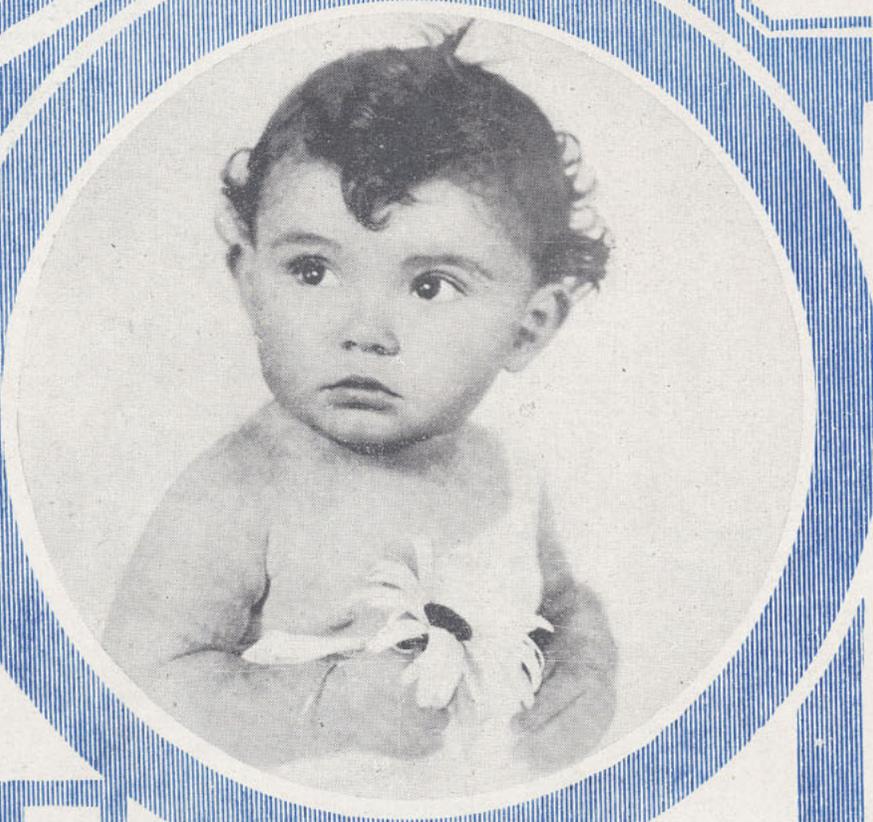
*Señori'a  
Berta Zaefferer Toro*



*Señorita Sara Zañartu  
Sanjuentes*



M A R I A                    W E R N E R  
H E R B A C H                P A S E N A U  
~~~~~  
~~~~~  
~~~~~



M A R I A   J I M E N E Z



L A U T A  
  
R I C A R D O  
D A R T N E L



MIGUEL  
JEAN-  
NERET

RUTH AL.  
MEIDA

~~~~~  
~~~~~  
~~~~~

CH

MEN  
LVA  
BBÉ



RAUL ALMEIDA



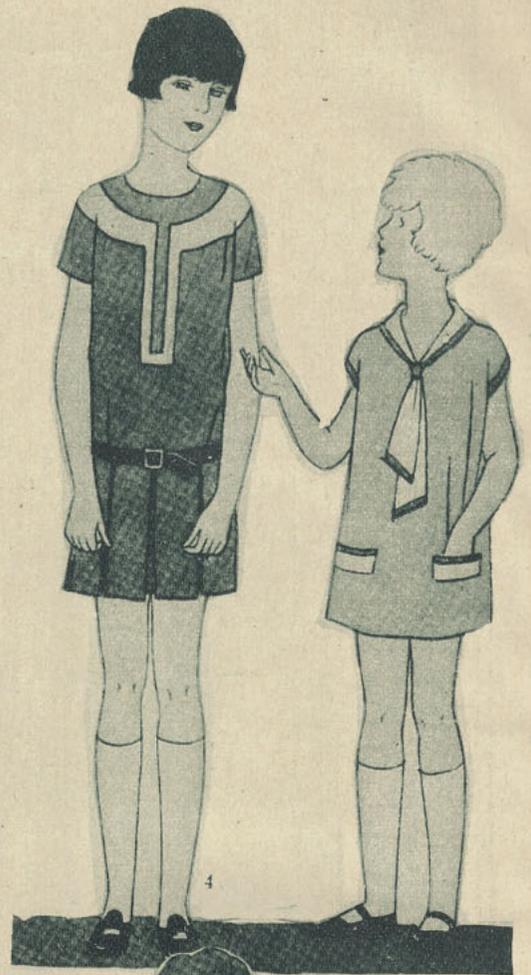
En el Castillo de Laeken.— La familia real de Bélgica fotografiada en el parque del Castillo con el Príncipe de Gales. (A la izquierda), S. A. R. la Princesa María-José, que se dice ser la prometida del Príncipe de Fiamonte.

ABRIGOS CONFORTABLES PARA EL INVIERNO



1. Abrigo de tela china, palo de rosa, ligeramente cortado en forma a los lados. Tablones sobrepuestos, tanto en la espalda como adelante. Dos bolsillos a ambos lados. Piel de topo lo adornan.—2. Para el sport está destinado este elegante abrigo de lana gruesa a cuadros blancos y beige. Se adorna con vivos de cuero rubio. El gran cuello y las patas de ambos puños son de ragodín.—3. Elegante abrigo de terciopelo de lana beige. Trabajo hecho con vivos en el alto cuello, puños y ruedo adelante y atrás. El cinturón se detiene a ambos lados, dejando lisa la espalda.—4. De espuma rosa pálido es esta blusa-camisero, muy apropiada para trajes sastre.—5. Blusa de lana o de jersey de lana beige adornada con trencilla del mismo color.

COQUETERIA  
 INFANTIL



1. Bonito vestidito de popelina azul marino. Un grupo de cuchillas puestas al lado le dan la amplitud que debe tener para que sea cómodo. Un cinturón pasa por atrás y se detiene debajo de los bolsillos. Cuello adornado con bordados amarillos.—2. Este traje es de género de lana amarilla todo bordado con hilos de oro. El cuello y los adornos son de espuma azul marino bordados de oro. Nudo de muselina de seda azul en el cuello. 3. Precioso vestidito para hombrecito, de 'tortoise' color demasco bor-



lacre. Cinturón de cuero lacre.— 7. Original este trajecito de lana blanca. Falda plegada y chaqueta cortada en forma y bordada a la orilla con lana azul; de esto mismo es la borla que cuelga al medio. 8. La pequeña que está sentada jugando tiene un vestido de tela de seda color cereza, con adornos de espuma blanca.— 9. Su hermanita, que está de pie, luce un vestidito de espuma gris adornado con vivos gruesos que disimulan un bolsillo a ambos lados. Cuello doble gris y blanco que le proporciona la nota alegre al conjunto.—10. Traje de interior de velo de lana blanca bordado con lunares rojos y sesgos del mismo tono.—11. Vestido de pongé crema con dibujos de colores. Estos dos últimos trajecitos tienen paletocitos de jersey lacre y azul para salir a la calle.

— dado con lana "bouclé" blanca.—4. La niña más grande tiene un vestido de cheviot café con sesgos aplicados color beige. Cinturón de cuero.—5. El vestido de esta chiquitina es de jersey de lana verde almendra adornado con jersey de lana blanca y verde oscuro.—6. Vestidito de popelina azul marino, con cuello y puños ribeteados de lana con festón



Los sombreros de moda  
son singularmente graciosos



1. LE MONNIER. — La rafia se utiliza para hacer hormas tan variadas como nuevas. En este modelo se usa la rafia teñida de negro y se trabaja sobre un fondo de tul, cubriendo enteramente la superficie de la toca, que tiene una forma rara.

2. COLETTE GOUPY. — Estrechas cintas gros grain verde cubren la parte de abajo de esta toca turbante. Un gracioso nudo lo adorno al lado. La copa es de terciopelo negro.

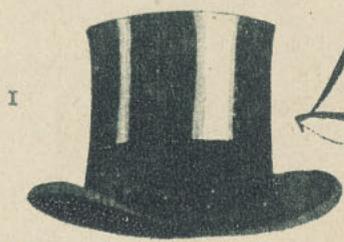
3. MARIE ALPHONSINE. — Campanita forrada; la copa en rojo y la angosta ala en negro. La adorna una cinta acharolada negra. Un motivo de ónix va

puesto en la copa. — 4. MODELO ROSE DESCART. — Para los sombreros sencillos se sigue prefiriendo el fieltro, que es lo que mejor se amolda para darle caprichosos movimientos como en el presente modelo. — 5. POSE VALOIS. — Una réplica al sombrero de fieltro masculino, no podría darla más fielmente el aspecto "négligé", como lo da el encanto de este sombrero de deportes, gris claro. Va ribeteado con cinta gros grain gris y levantado a un lado solamente. — 6. SUZANNE TALBET. — Esta forma es de mucha distinción. Es de gros grain negro, adornada con un largo velo de lunares negros. Dos alfileres de cristal van colocados atrás.



VI

# La Moda Masculina



**E**L hombre elegante le dá la preferencia a los accesorios de gusto sobrio, de buena calidad. La moda masculina, de acuerdo en esto con la femenina, le concede a los accesorios una importancia de primer orden. Todo el resto del guarda-ropas debe pasar inapercibido.

I.—El sombrero de pelo, que sólo se lleva con el frac en París, es de rigor en Londres.



II

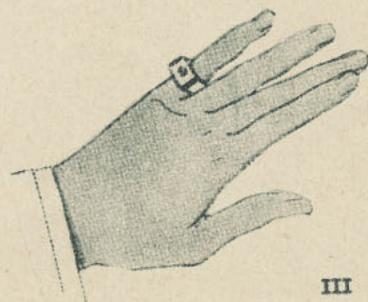


IV

IV.—Una sola perla bastante grande, blanca o gris a reemplazado en la camisa del frac o del smoking a las dos perlas finas.

La corbata, ya sea blanca o negra se llevará sencillamente anudada, sus dos puntas se abren ligeramente a ambos lados del pequeño nudo.

V.—Los guantes sin botones, con costuras hechas a mano, tienen aspecto tosco, son de cuero café colorado o de gamuza crema.



III

para la noche, ya sea con frac o smoking. La etiqueta en Inglaterra reviste caracteres formalistas, mucho más estrictas que en

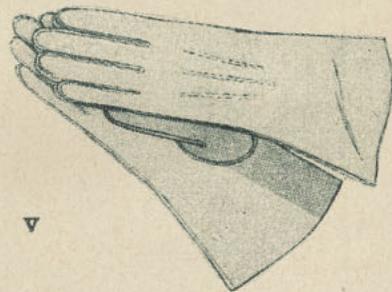
Francia en donde es aceptado de noche el sombrero de paño suelto.

II.—Este sombrero de fieltro negro, con alas ligeramente levantadas y ribeteadas con cinta negra, acompaña al smoking de noche en París, ya sea en el teatro o en el restaurant elegante.

La tenuta para la noche, es en París mucho menos protocolar que en Londres.

III.—El anillo es tolerado unicamente en el dedo chico de la mano izquierda, es de forma sencilla, generalmente de platino, adornado unicamente con el escudo de la familia, grabado o bien incrustado, con zafiros o esmeralda chata y cuadradas puede este ser reemplazado por tres anillos angostos que se llevan juntos.

Los guantes deben comprarse grandes, para que no aprieten la mano, lo que es muy feo en los hombres.



V

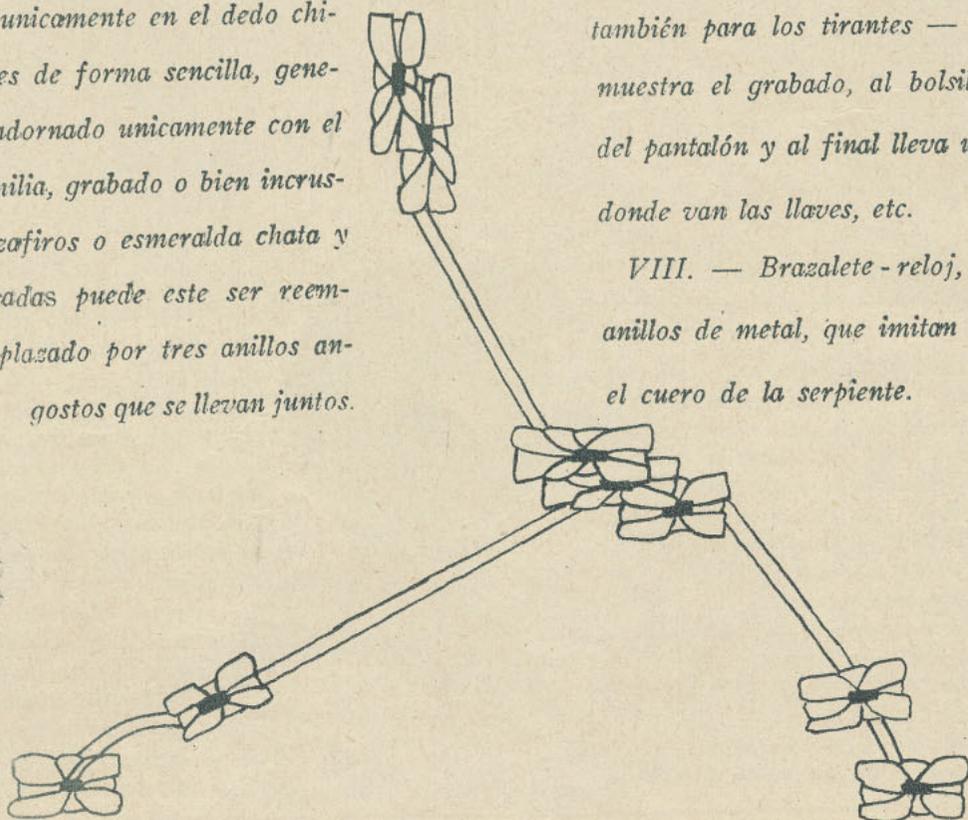
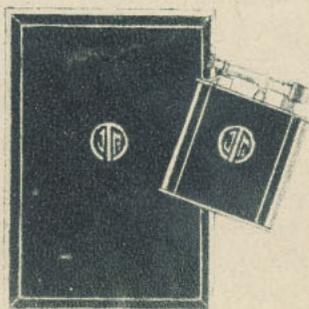
VI.—El estuche para cigarrillos y el "briquet" cincelado con un monograma, son generalmente de platino, esmalte o de oro para la ciudad. Para el campo pueden ser de paja, lo que es muy elegante. En ambos casos la decoración debe ser de una gran sencillez.



VII

VII.—Cadena de platino o de plata, para las llaves, se abrocha en un botón del pantalón, este sirve también para los tirantes — debe caer, tal como lo muestra el grabado, al bolsillo de la izquierda del pantalón y al final lleva una argolla en donde van las llaves, etc.

VIII.—Brazaletes-reloj, de anillos de metal, que imitan el cuero de la serpiente.



VIII

## UN GRUPO ELEGANTE A TODA HORA



Vestido de tarde de terciopelo blanco con pastillas azules, grises, rojas y malva, agremado de un fichú anudado y terminado en largas tiras de Georgette rojo antiguo, forrado en color canela y mantenido en la cintura por un broche de plata.—JULIETTE COURTIEN.

ROBE.—Manteaux de reps verde aceituna con una flor del mismo género, ribeteado con cinta de plata. Cuello y plastrón de terciopelo blanco. Sombrero de fieltro verde.—BERNARD.

Traje de debutanta, de muselina de seda celeste con cinturón de perlas, tubos plateados y cabochones celestes. El abrigo con que se acompaña es de terciopelo azul celeste (un poco más oscuro) adornado con gran cuello de mongolia desencrespada, puños de esto mismo. El abrigo es muy cruzado adelante.

te, don Carlos. En 1878 corté a María, pero francamente que no se puede llamar eso amor, pues no me dió nada de pena cuando se casó con otro.

—¡Pero, de todos modos, usted sabe lo que es, puesto que ha sido casado!

—¡Oh! ¡casado! exclamó Juan, creía que hablaba de amor. Ya lo creo que he sido casado tres veces!

—En ese caso, es usted el hombre que busco y que creo puede ser calificado de experto en matrimonios.

—¡Ah! ¡diga lo que quiera! Pero el amor y el matrimonio no tienen nada de común.

—Sin embargo, a veces, están íntimamente ligados, Juan, y este es mi caso.

—¡Oh! ¿Está usted enamorado? Tal vez advino de quién. ¿No sería del capitán de un barquito que ambos conocemos?

Y el viejo se puso a reír a carcajadas.

—¡Ah! ¡qué maligno eres! replicó una vez pasado el ataque. Venir a ofrecerme cuarenta pesos por semana para protestar que sigo enfermo... ¿Y que ha dicho ella cuando se le declaró? porque supongo que ya su petición está hecha?

—Se ha reído de mí, y me ha amenazado con quitarme el puesto.

—¡Ah! ¡eso es muy propio de ella! A nadie le gusta más reírse que a ella. Recuerdo que una vez...

—Lo que quiero, Juan, ¿es un consejo para conquistarla?

—Hay que dominarla. Hay que ser el dueño. Es la única manera de conquistarla, tal vez usted se ha mostrado siempre dócil y sumiso...

—Evidentemente que he tratado de hacerme lo más agradable posible.

—¡Pues bien!, cambie de táctica, la señorita Frida es muy independiente y quiere encontrar otra cosa. Quiere encontrar un hombre que se le imponga.

Carlos, pensativo, con la vista fija en el fuego, sentía que el viejo decía verdad. Pero, ¿cómo hacer estando a las órdenes de Frida? Repentinamente se le ocurrió una idea, se levantó bruscamente.

—Juan, es usted un genio. Voy a poner en práctica su consejo. Pudiera ser que fracasara, pero no antes de haber corrido el riesgo.

## V

El primer día que el "Chile" atravesó el lago sin pasajeros. Carlos resolvió poner su plan en ejecución. Disminuyó la marcha del motor y se dirigió a Frida.

—¿Recuerda usted nuestra conversación del otro día?

—¿A propósito del motor? Créame que en este momento me es imposible...

—No, a propósito de nuestro matrimonio.

—¡Oh!

Carlos se calló, para darle tiempo de pensar. Pronto habló ella, pero con tono duro.

—Creo haberle rogado que no volviera sobre este tema, pues tendría forzosamente que despedirlo.

—Es cierto.

—Entonces, ¿por qué vuelve usted sobre lo mismo? Me dan ganas de pagarle su salario y de despedirlo inmediatamente.

—¿No quiere, entonces, casarse conmigo?

—Decididamente, nó.

—Muy bien.

Carlos le dió toda la velocidad al motor. En seguida se dirigió a Frida, y con suavidad autoritaria, le tomó y le quitó las manos de la rueda y le dijo:

—Siéntese abajo, yo tomo la dirección de la máquina.

Dió vuelta a la manibela y el "Chile", haciendo un vasto semi círculo, puso proa al centro del lago. Frida, había obedecido muda de espanto. Había en la actitud de su segundo algo inesperado que no le agradaba nada.

—Por amor del cielo, ¿qué es lo que hace, Carlos, preguntó Frida.

—Pues bien, en pocas palabras le explicaré mi idea. Ha rehusado usted casarse conmigo, a pesar de que yo presiento que me ama...

—¡No es cierto!

—Por eso voy a emplear el método de los hombres de las cabernas.

Soy el dueño del vapor, lo llevo hacia el medio del lago, lo que es muy peligroso, y ahí nos quedaremos hasta que usted me acepte por esposo.

Frida se quedó muda, con la respiración cortada por la indignación.

—¡Pero esto es ser pirata! dijo por fin ella.

—Perfectamente.

—¡La ley los castiga con la cárcel!

—Efectivamente... No sea mala, Frida.

—¡Piense que estoy jugando mi vida!

—¿Tiene usted realmente la intención de dejarme en el lago?...

—Sí, hasta que consienta en ser mía.

Frida, era una joven muy independiente, así que ese modo de tratarla la puso furiosa.

—Esta vez, Carlos, le daré el portante una vez en tierra.

—Si llegamos a tierra alguna vez, será para publicar nuestro matrimonio; si no, no volveremos nunca!

—¡No habla seriamente; vamos!

—¡Muy seriamente! Ya lo verá.

El "Chile" se mantenía a la capa llevado por las olas enfurecidas del lago. ¿Era el combate entre dos voluntades? Muy bien. Carlos veía con quién tenía que vérselas. Merecía una lección.

En ese momento el cielo se cubrió de nubes y una neblina densa cubrió el lago inmenso el horizonte se hacía confuso y los dos antagonistas se encontraban aislados entre murallas impalpables, murallas blancas. Carlos, gracias a la pequeña brújula de a bordo, guió el barco durante una hora, después detuvo el motor y encendió su pipa.

En el momento de la puesta del sol y la bruma se disipaba, Carlos sintió la resolución de ceder.

La vista que aquella figura patética que no había perdido su dignidad, le hizo mal; y se dió a sí mismo, el calificativo de bruto, ¿cómo había podido tener una idea tan cruel y tan irrespetuosa? ¡Pobrecita! No había probado bocado desde la mañana y estaba helada hasta los huesos y sin embargo conservaba todo su coraje. ¿Con qué derecho le quería imponer una promesa que ella no quería? ¡Era la conducta de un canalla! El hubiera querido pegarse, tan furioso estaba consigo mismo.

Se levantó, dió la vuelta del barco antes de quitar la bandera de pirata, hablando metafóricamente. El tiempo se despejaba. La orilla del lago aún no se veía, pero a distancia de una milla, Carlos, divisó una embarcación—al parecer en posición anormal—pues no se movía y parecía irse a pique.

Carlos decidió inmediatamente ir a verlo—y en pocos instantes se encontraron al costado del buque abandonado—pues tan le pareció a sus ojos de buen marino. A causa de la espesa neblina había encallado el barco y el personal lo había abandonado creyéndolo perdido. Esta era la historia escrita a su flanco inclinado.

A pesar de no haberse hablado con Frida, Carlos quiso explicarle a su capitán sobre el encuentro con el buque abandonado. Grande fué su estupor al ver a Frida, transfigurada y con los ojos henchidos de felicidad.

—¡Qué suerte! gritó, ¡qué suerte más extraordinaria!

—¿Suerte?

## TU PAÑUELO

(Para R. V. M.)

Cuando tú me niegues tu mirar de cielo, cuando tú me niegues este amor que imploro, cuando ya no vea tus ojos que adoro y mi alma haya muerto sin ningún anhelo.

Entonces, para mí no habrá otro consuelo que llorar el perdido tesoro, verter esas lágrimas que a veces devoro y que ha de enjugar tu blanco pañuelo.

Tu blanco pañuelo, bordado en la esquina, único recuerdo será, reliquia divina y único consuelo para mi quebranto.

Mas, creo que entonces, cuando no me quiera tu corazoncito y el mío de dolor se muera, tu pañuelo será muy pequeño para tanto llanto.

P A R K E R.

—¡Sí, una gran suerte! No ve usted, Carlos, que vamos a poder cobrar una prima por el salvataje? Si llegamos a poder remolcar este barco hasta Puerto Octay, el dinero es nuestro. Este ha sido siempre mi sueño dorado de poder encontrar un barco abandonado y de traerlo al puerto. ¡Qué suerte! Así podré librarme de la hipoteca y podré hacer reparar al "Chile" de babor a estribor! ¡Oh! Carlos, ¡qué feliz me siento!

—¡Sí, le aseguro que yo comparto su alegría!

—El viento favorable va a hacernos el trabajo y confío en que el "Chile" es suficientemente sólido para permitirme realizar lo que medito. Después de todo, no estamos muy lejos y aunque trabajemos toda la noche, es necesario que realicemos nuestro fin. ¡Vamos, Carlos, a la obra!

Carlos, sugestionado por el entusiasmo de la joven, se aprontaba a seguir sus órdenes cuando se le ocurrió una idea tan audaz que al principio la rechazó. Pero, después de todo, ¿por qué no? En amor, como en la guerra, todo es permitido, pensó Carlos. Ya había quemado sus naves, ¿de que servían vanos escrúpulos?

Ahogando la voz de su conciencia, se enderezó y soltando el manubrio que había vuelto a tomar, dijo:

—Queda por cumplir una ceremonia preliminar, antes de empezar el trabajo de remolque, dijo con decisión.

—¿Qué dice? Apúrese, no tenemos tiempo que perder. Si tardamos mucho, el buque se irá a pique o bien la tripulación volverá a buscarlo.

—Sabe bien, Frida, que yo le he pedido una promesa.

—¿Una promesa?

—Sí, la de casarse conmigo.

Frida pareció convertirse en estatua de piedra. Carlos maldecía su propia perfidia.

—Sea buena, Frida, y diga que sí. Sé bien que yo he hecho mal, pero es que la amo tanto que para obtenerla sería capaz de todo. Dígame que sí, y haré cuanto me sea posible para llevar hacia tierra a este monstruo.

Frida, habló por fin, muy claramente y sin la menor emoción.

—Si hace usted lo que le pido y si llevo a obtener la prima, me casaré con usted cuando quiera, le doy mi palabra de honor.

—Entonces, a la obra, como dice usted.

La voz de Carlos se alegró pero en el fondo se odiaba a sí mismo por su conducta.

Al amanecer entraron a Octay con su halazgo.

Carlos ayudó a la joven a poner sus miembros entumecidos en tierra. Estaban extenuados y hambrientos y, sin embargo, Frida no parecía deseosa de irse a su casa a dormir; se sentó en el pequeño muelle y dijo suavemente:

—Qué hermoso día, Carlos, ¿no es verdad?

Una determinación repentina se apoderó de él.

—Frida, mi conducta ha sido innoble, nunca se lo repetiré bastante. Creo que usted no me perdonará, pero en todo caso quiero devolverle la libertad que le he arrancado casi a la fuerza. Frida, queda libre de todo compromiso.

—Sí, comprendo que usted rompe nuestro compromiso!

—¿Compromiso? Bonita manera de arrancar un compromiso. ¡Cuando recuerdo cómo me he portado, quisiera arrojarle al fondo del lago para no salir más!

—Entonces, ¿ya no me quiere?

—¿Qué ya no la quiero? Pero si no hay nada en el mundo que quiera más que a usted.

—Escucha, Carlos. Al principio, le tuve odio. Sobre todo cuando usted creyó que yo lo quería, mientras que yo lo aborrecía. Pero viéndolo siempre y pensando me he convencido que cada día lo quiero un poquito más, y en realidad principio casi a... casi a...

—¡Oh! ¿Realmente? ¿Realmente?

—Amarlo, sí. Tenía deseos de ceder y de decirle que sí, pero ¿cómo hacer? Mi orgullo me lo impedía. Hemos encontrado la suerte en este barco y yo la de poderle decir que si llegáramos con él a Octay, me casaría con usted. He hecho votos porque usted dijera lo que yo deseaba con todo el corazón! Y ahora es usted Carlos, el que quiere romper este compromiso pues bien, ¡ahora soy yo quien le pide su mano!

El pueblecito, tan pintoresco de Octay, está de gala. Las campanas de la iglesia suenan alegremente. Se celebra el matrimonio de Frida y de Carlos!

¡Todo le llega al que sabe esperar!



I II III IV  
LAS TELAS DE LANA  
DE ULTIMA MODA

I  
1. Vestido de diario de gabardina "mordoré" trabajado con sesgos, pespuntos y un sesgo de cinta gros-grain clara que lo recorre.—2. Vestido de terciopelo azul con dibujos de colores. La hechura es sencilla, pero ofrece todas las características de la Moda, como es el ruedo desigual de la falda y el cuello echarpe.—3. Vestido de crêpe romain de lana con falda plegada y larga chaqueta



sencilla. Abrigo de terciopelo de lana color "tortola", como el vestido. Gran cuello de piel.—4. Jersey de lana, que es la tela ideal para los trajes de calle y deportes. Hilos malva y rosa se entrecruzan en finas rayas que forman una tela chiné muy de moda actualmente.—5. Un grupo femenino, que conoce los caballos más que los hombres y que juega en las Carreras.

irse a la pesca del bacalao. Juan llevaba el timón. Nicolás remaba. La mar estaba en calma, cosa rara en estos parajes generalmente atormentados por los vientos. El pequeño bote se deslizaba bajo el esfuerzo de los brazos con la rapidez de un flecha lanzada con gran fuerza.

Los dos "terranovas" no se hablaban sino cuando era preciso para las maniobras del bote; pero Juan era el que mandaba.

Su voz daba las indicaciones precisas:

—¡Apoya a la derecha!... Bien, a la izquierda, ahora. ¡Firme! Hemos llegado.

Cerca de ellos, movidas por el ligero chapotear de las olas, una bandada de gaviotas, con las blancas alas extendidas revoloteaban a su alrededor. Nicolás siguió los pájaros con una mirada de ternura. Juan volvió los ojos.

Después gritó:

—¡Al trabajo, marinero! Pára y lanza las redes.

Y ambos se pusieron a trabajar sin ocuparse más de las gaviotas ni de recuerdos.

Trabajaban más o menos hacia una hora y su barca se repletaba de pescado, cuando una espesa niebla cayó de pronto sobre el mar. Es difícil hacerse una idea de lo que son estas terribles nieblas de los países septentrionales.

La oscuridad es densa; todos los ruidos se hacen sordos y apagados; todo parece envuelto en el silencio y el misterio. Una angustia os invade mientras que el frío os penetra hasta los huesos...

Juan Boujou y Nicolás Drault no experimentaban, sin embargo, ni estas angustias ni estos estremecimientos. De los otros viajes tenían ya experiencia y no eran para ellos una sorpresa estos bruscos cambios de temperatura de Terranova.

En un segundo estuvieron listos para luchar y defenderse del peligro que les amenazaba.

—¡A los remos, Nicolás! ¡Rema! ¡Rema!

Con autoridad el timonero tomó la barra para gobernar en la dirección de la "Stella Maris". Pero es preciso creer que él no veía absolutamente nada, pues al cabo de dos horas de marcha no distinguían aún la masa confusa de la goleta en la neblina.

A pesar de haber remado mucho y con gran fuerza, la barca no parecía haberse movido de su lugar.

La sombra mortaja que la envolvía era cada vez más espesa y el mar más y más en calma.

Juan reflexionó un minuto, después exclamó:

—¡Esto va mal, muchacho!

—Sí, dijo Nicolás como un eco, ¡esto va mal!

Por un momento permanecieron frente a frente, con los brazos inertes, sin encontrar otras palabras.

Después el timonel se enderezó, haciendo boina con las manos, gritando:

—¡Ohé! de la "Stella"! ¡Ohé!

Veinte veces repitió la frase, tomando el tiempo de escuchar si venía alguna respuesta y de inflar sus pulmones para gritar más fuerte. Pero sus gritos no atravesaban la muralla de bruma.

Cansado al fin, dijo:

—¡Ahora tú, Nicolás!

Pero los gritos de Nicolás quedaron también sin respuesta.

—Está bien, dijo. Toma el timón; ahora voy a remar yo. A fuerza de buscar el camino, terminaremos al fin por encontrarlo.

Inclinado sobre los remos, lanzó la barca en una nueva dirección. Remaba con un esfuerzo lento, medido, economizando su fuerza para guardarla más tiempo. A cada cien metros más o menos, se detenían para gritar aún:

—¡Ohé! de la "Stella"!... ¡Ohé!

Grito que repetía Nicolás, también sin resultado.

Esta maniobra duró cinco largas horas.

Pero en cualquiera dirección que fuesen, ningún grito respondía a sus llamados.

Abatidos por el sentimiento de su impotencia y la inutilidad de la lucha, los dos hombres terminaron por abandonar toda maniobra.

La barca flotaba a la aventura. Se encontraban lejos del mundo, lejos de la vida, lejos de todo... apenas si se veían ellos mismos, a través de la espesa niebla.

Ya no hablaban. Con la angustia en el corazón, ellos pensaban:

—¡Todo ha terminado! Porque hagamos lo que hagamos, moriremos aquí!...

De repente el grito de una gaviota retumbó en sus oídos. El pájaro asustado, perdido también, pasó sobre sus cabezas con un pesado vuelo.

Juan Boujou dijo entre dientes:

—¡Vetée, pájaro de mal agüero!

Nicolás se acordó de su novia y se puso a llorar.

Los sollozos le acudían a la garganta apretados, tumultuosos. Su dolor en el abrumador silencio tenía algo de siniestro. Era la agonía de un amor. Juan se aproximó y puso una mano sobre el hombro de su camarada:

—¡Es la vista de este estúpido pájaro lo que te ha hecho llorar, muchacho?

Nicolás balbuceó:

—¡Sí! Es esta gaviota...

—¡Por qué, pues?

—Porque me he acordado de la "Gaviota" de Granville, de Honorina Letarouilly... Somos novios, la boda debía hacerse a la vuelta de la temporada de pesca...

Ahora, ya no la veré más puesto que voy a morir.

El timonel retrocedió bruscamente, repitiendo:

—¡Te has comprometido con la hija de Tarouilly, con Honorina?

—Sí. Antes de partir me dió un regalo; ¿ves? esta chuchería.

Y le mostraba el corazón de plata suspendido a su cuello por un hilo que hacía las veces de cadena.

Juan lanzó una carcajada feroz.

—¡Ah! ¡Ah!, su corazón... su corazón de mujer traidora y cobarde... Es preciso que yo lo muerda y lo haga pedazos...

Ciego, frenético, se lanzó blandiendo un remo como una porra.

Nicolás apenas tuvo tiempo de exclamar:

—¡Gracia! ¡Piedad!

Después el remo hendió la bruma para triturarle el cerebro.

Y Nicolás cayó en el fondo de la barca con los ojos fuera de las órbitas, los brazos en cruz, instantáneamente muerto.

Juan Boujou permaneció diez minutos abrumado, sin pensamiento, sin gestos, parado en la niebla...

Un rayo de luz se hizo en su cerebro y se inclinó sobre su camarada tratando en vano de socorrerlo. Pero ya era tarde; no había sino que lanzarlo al mar y encontrar una mentira para explicar su muerte.

Ninguna de las dos cosas era difícil. Juan cumplió, por supuesto, la primera. Solamente antes de precipitar el cadáver al mar, él cortó el hilo que retenía el corazón de la "Gaviota" y colocó el objeto en su bolsillo lanzando un profundo suspiro.

Cuarenta y ocho horas después, Boujou fue por fin encontrado, medio muerto de hambre y de frío en su barca, por la chalupa a vapor del estacionario inglés.

Reanimado y reconfortado, el timonel pudo ser conducido al "Stella Maris", donde ya se le creía desaparecido para siempre.

Acerca de Nicolás, declaró simplemente que el pobre muchacho había caído al mar y que la bruma le había impedido socorrerlo.

El capitán de la goleta borró pronto el nombre de Nicolás Prault en el libro de a bordo.

Honorina Letarouilly al muelle tan pronto como el semáforo hubo anunciado la vuelta de la "Stella Maris".

Acudió allí a pesar del viento de otoño que agitaba las alas de su papalina y hacía crujir los grandes pliegues de su capote negro.

Y todas las mujeres y las niñas del puerto la rodeaban agitando sus pañuelos y dando gritos de contento.

La goleta se aproximaba rápidamente. A los llamados de las mujeres, la tripulación respondía con alegres gritos.

Los "terranovas" se mantenían todos sobre cubierta. Podía contárselos y verles muy distintamente. Honorina Letarouilly no vió a su novio.

Un presentimiento oscuro le invadió. Sentíase desfallecer y sus piernas temblaban. Sin embargo, trataba de mirar aún mientras el navío arribaba.

Entonces, siguiendo el ejemplo de las otras mujeres, ella se lanzó sobre el buque...

Juan Boujou se encontraba en el timón al lado del capitán. Se dirigió a ellos.

—¿Dónde está, pues, Nicolás Prault? No lo veo a bordo.

El capitán se sacó su gorra galantemente; el timonel estaba lívido. Su palidez asustó a la "Gaviota". Su corazón se estremeció...

Ella repitió con entereza:

—¿Dónde está Nicolás Prault?

El capitán respondió con voz grave:

—Nicolás Prault se ha quedado allá abajo.

—¿Ha muerto?, dijo ella sencillamente.

—Sí, ha muerto.

La "Gaviota" permaneció un instante inmóvil como sin comprender lo que se le decía; luego, lanzando un grito de angustia volvió a su casa como huyendo, con precipitados pasos.

No supo sino mucho después las circunstancias de la muerte de su prometido. Los marineros de la goleta le contaron lo que sabían del accidente sobrevenido en la bruma. Pero ella adivinó lo que los demás no sabían.

La sospecha germinó en su espíritu. Su imaginación de hija de la costa se exaltó con el dolor y reconstituyó el drama en todo su salvajismo.

Un día que el timonero pasaba rápidamente y sin volver la cabeza, como de costumbre, delante de la puerta de la posada del padre Tarouilly, ella le interpeló como a un amigo.

—Buenos días, Juan. ¿Por qué no entras?

El "terranova" respondió con voz turbada:

—Por ahora, señorita Honorina, no tengo tiempo. Es preciso que ayude a los camaradas a descargar el bacalao.

Pero ella insistió:

—Tú me guardas rencor todavía, yo creo a causa de la bofetada. Eres verdaderamente rencoroso, mi pobre Juan.

—No te guardo rencor, dijo él enrojeciendo.

—Entonces, ven a beber una taza de café. Te la ofrezco con buena voluntad.

El no se daba cuenta en ese momento de lo que experimentaba. Era a la vez una gran alegría, un gran orgullo y un inmenso alivio. Las palabras de la "Gaviota" le aliviaban de un gran peso que tenía sobre su conciencia. Gustaba la dulzura amarga de un tácito perdón.

Y entró, mientras que Honorina le servía el café en una taza florida.

Pero no hablaban mucho, pues las palabras salían con esfuerzo de sus labios. Sin embargo, estas pocas palabras aceleraron una reconciliación que podía parecer definitiva.

—¿Volverás?

—Sí, ahora yo volveré. Es para mí un placer el volverte a ver.

—¿Volverás a menudo?

—¡Ya lo creo!

Cuando Juan se fué, Honorina lloró largo rato. Juan volvió casi todos los días. La sonrisa de la hermosa niña le saludaba desde la puerta. Ella lo acogía con una preferencia cada vez más marcada.

Y él se ponía orgulloso, encontrando ahora toda su alegría de buen marino.

Permanecía bebiendo en la taberna del padre Tarouilly hasta que todo el mundo salía, entonces conversaba con la "Gaviota" a tontas y a locas...

Pero él gustaba más que nunca del encanto cautivante de su persona.

En sus "tete a tete" tenía para él gestos de abandono, poses coquetas, palabras veladas de ternura. El la sentía, cada vez más suya, entrar en su vida.

Pues ella quería conocer su vida con una obstinación tenaz y una feroz curiosidad.

Quería, sobre todo, conocer todos los detalles de sus campañas de pesca. Y para aumentar su admiración, él exageraba: las fatigas y las sobrehumanas labores de los "terranovas".

Un día ella llegó a hablarle muy naturalmente de la muerte de Nicolás Prault. Pero esta vez el timonel perdió instantáneamente su verba y se turbó de tal modo, que la hermosa Honorina tuvo que vaciarle una ración doble de ron para reanimarlo.

Al día siguiente, en la tarde, sola con él como de costumbre, volvió a hablarle del trágico suceso.

—¿Tú estabas con Nicolás cuando eso ha pasado?, le preguntó ella a quemar ropa.

—Sí, respondió él. Navegábamos entre una neblina del diablo. El desgraciado se inclinó para levantar una red, y entonces...

Ella le tapó la boca con su mano.

—¡Cállate!, después de todo, su muerte me ha salvado, porque yo no lo amaba.

Juan exclamó estupefacto y radiante:

—¿Tú no lo amabas?

—No, replicó ella crispando sus labios. Era mi padre el que quería que nos casáramos. A mí no me gustaba Nicolás.

—¿Verdaderamente no te gustaba?

—¡No! Cien veces no...

Entonces exclamó él, perdiendo toda prudencia:

—Si no lo amabas, por qué le habías dado tu corazón.



**E**L "orgullo" y la "esperanza" de la familia. Quieto, estudioso, cumplido, "bueno como el pan." Pero a veces estudia hasta altas horas de la noche y al día siguiente le duele la cabeza, tiene un molesto "peso en el cerebro" y experimenta una desagradable sensación de embotamiento. Por fortuna siempre hay en casa

## CAFIASPIRINA

Dos tabletas le alivian en pocos momentos los dolores, a la vez que le devuelven la lucidez cerebral, el entusiasmo y la alegría.

Y a "papá" le pasa lo mismo cuando tiene cualquier dolor, o llega abatido de tanto trabajar. Y a "mamá" y a los abuelitos y a los "muchachos." A todos da alivio y bienestar.

**NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES.**

*Incomparable también para dolores de muelas y oído; neuralgias; reumatismo; excesos alcohólicos; trasnochadas, etc. Regulariza la circulación y levanta las fuerzas.*



**¡No reciba tabletas sueltas!**

Pida el tubo de 20 tabletas, o el SOBRECITO, "CAFIASPIRINA" de una.

Correspondencia

**Luis de Tobarán.**—Nuestro criterio es siempre bondadoso para todos, y no vemos por qué no había de serlo para usted. Quedamos a sus órdenes.

**Ardylma.**—En nuestro poder lo enviado por usted.

**Flor de Loto.**—La Serena.—Aceptado su cuento criollo. Haremos lo posible por publicarlo ilustrado.

**E. V.**—Pte. — Aplíquese pequeños sinapismos o cataplasmas de mostaza molida a los lados de la nariz; esto la deshinchá completamente. Sirve también contra los sabañones.

**E. Salve Vera.**—Ercilla.—Muy interesante su novela. La publicaremos tan pronto como podamos.

**Hamlet.**—Serena.—Le repetimos a usted lo mismo que decimos al amigo E. Salve Vera.

**Vidalita.**—San Fernando. — Nos alegramos infinito que se encuentre usted satisfecha con el último número de "FAMILIA", que, a nuestro juicio, va de mejor en mejor cada día. Ahora estamos publicando la vida de Iván Mosjoukine. ¿Le gusta? Ojalá nos diera su opinión, pues nos encanta conocer el pensamiento de todas ustedes, amigas queridas, que leen "FAMILIA". ¿Qué piensan de la revista en San Fernando?

**Mariane d'Orient.**—Pte.—Bueno su trabajo. Lo publicaremos en breve.

**Marcela de Bravays.**—Papudo.—Gracias por todo, buena amiga. Es imposible contentar a todo el mundo. Nos conformamos con que usted, y muchísimas otras, piensen como personas inteligentes. La colaboración se dará en cuanto se pueda.

**María Debolladares.**—Parral.—El mejor libro de cocina chilena que existe, al decir de todas las personas entendidas, es el de la señora Lucía Vergara de Smith, que ha sido llevado hasta París y allí ha tenido gran éxito. Esta misma señora es la que escribe la "Sección Cocina", que se publica en esta revista, con gran aceptación de todas las que saben lo que es comer bien. Guíese por estas recetas, que no son caras y sumamente apetitosas.

Nos pide usted la receta de pan de molde. Allí va:

Un kilo de harina y la cuarta parte de un pan de levadura de cerveza, que cuesta 60 centavos. Se aparta la cuarta parte de la harina y se forma con esto un pozo en un lebrillo de barro; al medio se pone la levadura deshecha y un poquito de agua tibia; se une todo y se deja subir; cuando ha llegado al doble de la cantidad, se pasa esto a la mesa de amasar, en donde debe estar el resto de la harina colocada en forma de pozo; ahí se le pone a la levadura un poco de salmuera; se bate esto con la mano y se llena con esto los mol-

des hasta la mitad; se deja subir hasta que se llenen los moldes y se ponen en un horno regular, hasta que se cuezan bien y se doren. Se conoce cuando están bien cocidos, en que se alivianan.

La salsa bechamel.—Se deshace en el fuego una cucharada grande de mantequilla y una vez caliente, se le agrega poco a poco una cucharada grande y colmada de harina; cuando está bien unida y lisa, se le va agregando, poco a poco, leche hirviendo, hasta llegar a formar una crema espesa; se le pone sal y pimienta.

Ya está usted satisfecha, simpática parra-lina.

(Continuación de la pág. 13)  
EN EL QUERIDO HOGAR

grito de la moda. Si no son admitidas en los convites oficiales ni en los de ceremonia, en cambio, en almuerzos muy elegantes tienen un lugar preferente, y aun los de color amarillo en lindísimas comidas se ven preciosas, reflejando en el espejo y en los cristales su color de oro pálido, que mezclados a la plata de los cubiertos y al más sostenido de las rosas producen un efecto artístico muy agradable.

Desgraciadamente, la lencería de seda cuesta carísima, y también no son muchas las que puedan darse este lujo, pero, en cambio, para las que son menos ricas, pueden hacerse fabricar telas de hilo y seda en tonos pálidos, que, después de todo, son tan agradables como los primeros, produciendo la misma sensación.

Emplearemos estos manteles para almuerzos de confianza, en los que se coloca únicamente al centro de la mesa flores más modestas que las rosas, en canastos de plata, porcelana o de lo que podamos disponer; también se puede colocar un objeto de arte, siempre que sus líneas generales estén de acuerdo con el estilo de los cubiertos.

Si se prefiere la mesa de comedor sin mantel, llamada a la inglesa, en este caso la mesa se presenta casi desnuda, pues, bajo cada plato se coloca un paño rodeado de encaje o de lencería lujosamente deshilado y bordado. Esta idea es sencilla y ella tiene muchas entusiastas admiradoras. También pueden reemplazarse estos lujosos paños por pisos de petate japonés. La mesa en esta clase de convites íntimos presenta numerosas fantasías. Una encantadora variedad de manteles y servilletas se ofrecen constantemente en el comercio, eterno propagador del arte moderno, que está siempre peleando en contra de las tradiciones.

En las mesas de diario han desaparecido los manteles y servilletas blancas, pero en cambio triunfan las de los colores variados.

Los paños para poner debajo de los platos es una de las mayores preocupaciones que afectan a las dueñas de casa, siempre empeñadas en poder ofrecer a sus invitados lo mejor y más bonito que ellas poseen. Los paños, a veces, son redondos, cuadrados, alargados, etc., y se hacen, prácticos y durables, para el diario, y muy dibujados y ricos, para los días de ceremonia.

En invierno, cuando escasean las flores, se las reemplaza por frutas de la estación, agrupándose éstas en fuentes redondas, llenas de hojas, donde se colocan las manzanas, peras, mandarinas, kakis, uvas, tunas, que en conjunto presentan tan lindas tonalidades.

En verano, cuando es tiempo de cerezas, como ninguna, se prestan admirablemente para embellecer una mesa sencilla.

DUENA DE CASA.

(Continuación de la pág. 15)  
LA VIDA DE LOS GRANDES "ASES"  
DE LA PANTALLA

se muestra el alma rusa mística y con sus alternativas de revuelta y de esperanzas. En estos films, que no han llegado hasta nosotros, fué el artista conociendo y amando a sus compañeros de arte.

¡1917! Días sombríos: la revolución está en todas partes. Mosjoukine y otros artistas de la pantalla tratan de hacerse olvidar, pero el Soviet no los olvida.

Una mañana, muy temprano, un mensajero fué a buscar a Mosjoukine para conducirle a la Casa Común. Penetró, seguido de su guía,

Los Acidos en el Estómago  
Causan Indigestión

PROVOCAN GASES, AGRURAS Y DOLORES.  
HE AQUÍ EL REMEDIO

Las autoridades médicas aseguran que casi las nueve décimas de todos los casos de enfermedades del estómago, indigestión, agruras, gases, náuseas y flatulencia, obedecen al exceso de ácidos hidroclicóricos en el estómago, y no, como algunos suponen, a la falta de jugos digestivos. El delicado tejido del estómago se irrita, la digestión se retarda y los alimentos se agrían fácilmente, causando los desagradables síntomas que todos los que padecen del estómago conocen demasiado bien.

Para tales casos no se requieren digestivos artificiales, que, por el contrario, pueden causar verdadero daño. Ensaye la abstención de semejantes digestivos auxiliares, y obtenga, en cambio, en cualquiera droguería, algunas onzas de Magnesia Divina, tomando una cucharita disuelta en un poco de agua después de cada comida. La cuarta parte de un vaso de agua es suficiente. Esto le purificará el estómago, evitando la formación de ácidos excesivos, y no experimentará agruras, gases ni dolores. La Magnesia Divina (en polvo o en pastillas)—pero nunca en líquido o en forma de leche—es inofensiva al estómago, barata en su precio y el más efectivo compuesto de magnesia para el tratamiento del estómago. La usan diariamente miles de personas que hoy disfrutan de sus comidas sin más temores de indigestión!

Oxido de magnesium, bicarbonato de soda, precipitado de calcio, subnitrito de bismuto.

MANERA DE OBTENER UNA NARIZ DE FORMA PERFECTA

Un Método Nuevo, Científico y Sin Dolor Para Corregir Narices de Forma Defectuosa.



HOY en día y en la época actual, el dedicar atención a su apariencia es una necesidad absoluta, si usted espera aprovechar la vida todo lo que ella vale. No sólo debe usted tratar de aparecer lo más atractiva posible por su propia satisfacción personal, sino que encontrará que la humanidad en general le juzgará

grandemente, si no de un todo, por su fisonomía; por lo tanto, vale la pena el que procure ser lo mejor parecida posible en todo tiempo. NO PERMITA QUE LOS DEMAS FORMEN MALA OPINION SUYA POR EL ASPECTO DE SU CARA; ¡esto perjudicará su bienestar! De la buena o mala impresión que cause su persona constantemente depende el éxito o el fracaso de su vida. ¿Cuál ha de ser su destino final?

El último grandemente mejorado aparato para Corregir Narices Defectuosas, "Trados Modelo 25", patentado en los Estados Unidos y países extranjeros, corrige ahora toda forma de narices defectuosas sin necesidad de operación, con rapidez, seguridad, cómoda y permanentemente. Exceptuándose casos de enfermedades nasales. El modelo 25 es la última palabra en aparatos para Corregir Narices Defectuosas y con mucho sobrepasa todos mis Modelos anteriores, así como las otras marcas de Ajustadores de narices que se ofrecen en el mercado. Mi nuevo Modelo posee seis reguladores ajustables de presión:



es fabricado de metal liviano pulido, es firme y ajusta confortablemente a toda nariz. La parte de adentro está forrada de gamuza fina, de manera que ninguna de las partes de metal viene en contacto con la piel. Usándose de noche no interrumpirá su trabajo diario. Tengo en mi poder miles de testimonios no solicitados, y mis quince años de adentro está forrada de gamuza fina, ción de Aparatos para Corregir Narices están a su disposición, garantizándole satisfacción completa y una forma de nariz perfecta. Escribame hoy por folleto gratis, el cual le indicará la manera de corregir narices defectuosas sin costarle nada si no le da resultados satisfactorios.

M. TRILETY, Especialista en defectos de la cara.  
1061 W. U. Bldg., Binghamton, Nueva York E. U. A.

**CONVENCIDAS**  
de sus resultados satisfactorios,  
las madres de familia exigentes  
no usan sino el  
Royal Baking  
Powder (Polvo  
Royal para Hornear), el  
mejor para elaborar biz-  
cochos, pasteles, pastelillos,  
etc.



Representantes:  
GRACE y CIA  
(Chile) S. A. Santiago

Royal Baking Powder contiene:  
Crémor Tártaro, Acido Tátrico, Bi-  
carbonato de Sosa, Harina de Maiz.



## La fuente de la eterna belleza y de la alegría de vivir es el sueño sano y reparador.

Una pena es más fácil de sobrellevar cuando nos cobijamos bajo el manto protector del sueño que hace olvidar más de prisa los dolores y miserias de la vida.

¡No vacilad! ¡No temais el desvelo nocturno! Un par de tabletas „Bayer“ de Adalina proporcionarán tranquilidad a vuestros nervios y provocarán un sueño sano y profundo.

Tabletas Bayer de  
**Adalina**



M. R.: a base de Bromoditilacetilurea.



## LOZANÍA

Lozania es la juventud perpétua para su cutis. Trae ese irresistible atractivo que toda mujer debe celosamente guardar como una bendición del Creador, para mayor gloria de su belleza con el exquisito

**JABÓN DE ROSS**  
*Certificado Puro*

THE SYDNEY ROSS CO.  
Químicos-Perfumistas,  
NEWARK, N. J.

en una especie de escritorio en que había tres hombres sentados detrás de una mesa.

Al entrar, Mosjoukine vió que su compañero, Protozanoff, había sido igualmente convocado. El que parecía ser el presidente, tomó la palabra en estos términos:

—Hemos pensado, camaradas, que el cinema podría ser un excelente medio para hacer propaganda. ¿Ustedes son artistas de la pantalla?

Mosjoukine y Protozanoff asintieron con la cabeza.

—Pues, entonces, aquí tenemos un tema para un film. Volverán ustedes en algunos días más, si consienten en realizarlo.

Y sin agregar una palabra más, el presidente le pasó un rollo enorme a Protozanoff.

Cuando Mosjoukine y Protozanoff se encontraron en la calle, se miraron, sin reírse, pues esto habría sido peligroso, aún cuando deseos no les faltaban.

—¿Qué vamos a hacer?, dijo Protozanoff.

—Sencillamente, estudiar la película y aceptarla. Tengo mucha curiosidad de verla.

Mosjoukine se puso a trabajar. Este film de propaganda, titulado André Kosjoukhov, era la historia de un héroe revolucionario, que concluía muy mal, pues se le fusilaba en los museos del Kremlin.

Mosjoukine desempeñó el rol de héroe y Rimsky interpretó el de un oficial de la guardia imperial. Debemos creer que no le dieron a sus personajes todo el relieve requerido, no representando con toda la fogosidad y la sinceridad que los bolcheviques tenían derecho a esperar de ellos, pues después de las primeras representaciones fueron declarados sospechosos, y si no hubieran tomado la heroica decisión de fugarse, habrían sido tomados prisioneros con toda seguridad.

Al volver de Italia toda la Compañía Albastros, que había ido a Roma a filmar "El difunto Matías Pascal", se detuvo en Niza y ahí recibió Mosjoukine la visita de Abel Gance, que iba a proponerle la interpretación de la gran figura de Bonaparte, en la gran epopeya cinematográfica.

—Con gusto haré algunos ensayos, dijo Mos-

joukine, pero realmente que yo no soy el hombre para encarnar esa gran figura histórica. Creo que hay que ser francés, para penetrarse bien del carácter y del temperamento de ese personaje. Y el gran artista, con una abnegación que lo honra, supo renunciar a un rol tan tentador.

Poco tiempo después, la Sociedad Cine Romano iba a ofrecerle otro rol, que le convenía más y que debía valerle uno de sus más francos éxitos: el de Miguel Strogoff.

Amigos, artistas e intelectuales le aconsejaron que renunciara a él, reprochándole al personaje de oficial ruso su carácter popular y el lado un poco simplista y melodramático del sujeto.

“Esta novela no es rusa”, le repetían también sus compatriotas. Pero Mosjoukine tenía su idea: suprimirle todo lo inverosímil del rol, modificar un tanto el curso de los acontecimientos con el fin de hacer la aventura más plausible.

Se puso a la obra y prepararon el escenario. Esto duró dos meses. En ese momento, la que debía ser su compañera, Natalia Kovanko, cayó enferma. En la vida privada, Natalia Kovanko es Mme. Fourjansky. El director de escena abandonó un poco su cometido y Mosjoukine continuó sólo. Iba muy a menudo a la clínica a preguntar por la que iba a ser una admirable Nadia; cada vez encontraba a la bella artista acostada sobre un montón de flores.

—“Era muy emocionante, cuenta él, de ver a esta linda mujer, muy pálida, que desaparecía entre rosas, lirios y crisantemos.”

Cuando se restableció la encantadora intérprete, los ensayos de “Miguel Strogoff” comenzaron de nuevo. La escena del compartimento del tren fué tomada en uno de primera clase del transiveriano.

### HISTORIA DE LA CUNA (Continuación de la Pág. 17)

canastas encintadas llamadas moises, y que se transportaban fácilmente de la pieza al salón.

Estas dos formas son aún usadas, pero se prefiere, más a menudo, el “carretón alsaciano”, muy práctico. Hecho de mimbre pintado con laca, montado sobre cuatro ruedas encauchadas, se lleva tan fácilmente como un pequeño coche, y la mamá puede así llevar a su bebé con ella a todas partes, aún sin despertarlo. En la cuna de hace veinte años, dormían aún los niños estrictamente enmantillados durante los primeros meses de su existencia, en una camita de lana con un pañal de algodón y una mantilla de lana. El busto y los bracitos estaban revestidos de una camisa de lienzo con mangas, de una chaquetita de franela y otra de piqué. Para salir a la calle o al jardín, se le cubría con un largo traje y una gran pelliza acolchada. La cabecita se le cubría con una gorra de lencería, sobre la que se colocaba otra de seda o de encajes.

Al presente, las madres temen poco las corrientes de aire para sus niños; la moda quiere que ellos tengan los movimientos libres y estén ligeramente vestidos. Desde la edad de tres o cuatro semanas, están libertados del enmantillaje protector, y se les viste con una combinación de ligero tricot de lana. Cuando los meses de invierno han pasado, se les saca sin temor, a cabeza y piernas desnudas, y hasta las mismas abuelas se han habituado a estas novedades.

Habría sido extraño, hace algunos años, adornar la cuna de un niño con cintas rosas. Debía ser de color azul o blanco. El rosa estaba reservado a las niñas y la misma regla era observada para los vestidos, para las batas de bautismo, etc. Estos usos están ahora pasados de moda, y se ve a menudo a un Peñón dormir en una cuna adornada con cintas rosa o a una Cristiana ensayar sus primeros pasos, vestida de una minúscula falda de lana color cielo o una blusa de crêpe de China color naranja. Niños de dos años llevan ahora trajes de color violeta, color en otros tiempos reservado a las personas de edad o al medio luto, y es curioso observar la mirada asombrada de la vieja dama que, detenida alrededor de una avenida del parque Monceau, mira a los hombrecitos y mujercitas, cuya silueta les recuerda tan poco la de sus pequeños, los que

ella ha medido en otros tiempos lejanos, en su cunita, adornada con lazos rosa o azul...

Pero he aquí que un bebé muy gordito, amoldado en un mameluco rojo, corriendo tras una pelota, viene a caer a sus pies y levantándose, apoyado en sus pequeños puños, grita, muy asustado:—¡Mamá, mamá!...

Entonces la vieja dama se inclina, levanta al pequeño, le sonríe y se aleja murmurando. —A pesar de todo, los niños son siempre iguales.

ALICIA VERLAY

(Continuación de la pág. 18)  
 PRIMORES DE LA AGUJA

anudará adelante. La cabeza se cubre con una redondela de algodón, que se forra en lama, y que forma el turbante de la turca. En seguida, se trenzan, muy flojas, tres tiras de espumilla, de 35 centímetros de largo, por 15 centímetros de ancho (dos tiras verdes, otra de plata), se coloca sobre el bonete de algodón cubierto de lama. Perlas, media luna, cabochones, enriquecerán el centro de un gran motivo, mientras que largos collares de perlas se unirán al turbante, pasando por debajo de la barba. Una echarpe de muselina pintada velará la cabeza y caerá a los lados.

Toda la gracia de la española está en su chal bordado o pintado y rodeado de anchos flecos. La falda de raso cereza, se adorna con vuelos de encaje negro. La enagua es muy amplia, de tul negro con vuelos. El corpiño, de pongée, con mangas de tul apretados al brazo. Peluca de lana negra, con peinetas de colores en el moño y una gran rosa laere colocada a la altura de la oreja. Y todo completado por el chal.

El vestido de la rusa pide una tela que se sostenga sola, de lama de plata o rosada.

Se corta en dos partes iguales, que tienen 70 centímetros de alto por 30 centímetros de ancho, abajo de la falda, y 15 en la espalda. Son trajes muy sesgados a los lados. La delantera, más corta, de 9 centímetros que atrás, y recortada en el centro, progresivamente pasando por los lados. Un galón, que separa, de seda rosa, azul o de metal, rodea todo el traje y oculta el repliegue de la derecha. Este galón se repite en doble tira, al centro, adelante y atrás y a ambos lados, en donde ocultará la costura que habrá de hacer sobre la muñeca, pues es muy angosto el traje para ponérselo de otro modo. Bajo esta doble hilera corre un bordado o una cinta de color diferente. La delantera se abre profundamente, pero una golilla doble de tul sigue los contornos del escote, cuya parte baja va oculta por un cuadrado de piel blanca, puesta sobre terciopelo azul.

Las mangas, de tul blanco, son apretadas en los puños y en los codos; son casi iguales con los pantalones de tul blanco, apretados en los tobillos.

El kakochnik se corta doble, en forma de diadema; la parte de atrás oculta la nuca y las orejas, mientras que adelante deja ver la frente. Un galón de oro lo rodea. Motivos de perlas y cabochones lo cubren, pues debe ser de aspecto muy lujoso.

Se encuentra en las cordonerías todo lo necesario para vestir estas muñecas, que adornan tan elegantemente los salones modernos.

LA EXPERIENCIA

Narración casi filosófica

JOSE ECHEGARAY

Don Tomás Barrientos era persona de juicio y de prudencia. Nunca tomaba resolución alguna sin meditarla largo rato y sin pesar antes las ventajas y los inconvenientes en balanza de precisión.

No, hombre precipitado no lo era don Tomás. Y no se fiaba de su razón, ni de sus impulsos naturales, ni de su instinto, sino que pesaba y medía las cosas y las contrastaba con la experiencia propia y en la ajena.

A la experiencia le profesaba don Tomás Barrientos culto respetuoso.

En lo pasado decía él que estaba escrito lo porvenir, y que allí debía buscar todo hombre las reglas de su conducta.

El raciocinio a priori era engañoso, propio sólo de idealistas insustanciales y de los viejos siglos de la Metafísica.



Una recaída es más grave que la enfermedad. primitiva. Precisamente en la grippe se presentan a menudo estas recaídas que a veces se complican con enfriamientos. Si éstos no son atendidos cuidadosamente pueden degenerar en una pulmonía, a menudo fatal, o en una enfermedad crónica. Use Vd. a tiempo la

Guayacose "Bayer"

y evitará las recaídas, protegiendo al organismo contra otras enfermedades graves. No solamente debe emplearse un medicamento durante la enfermedad, sino también en tiempo oportuno para evitar que se declare el padecimiento.

Y así él, siempre que había de tomar una resolución en asuntos de cierta importancia, buscaba en su memoria o en los apuntes de su diario algún caso análogo, y en él tomaba enseñanza, y por sus enseñanzas se decidía a ejecutar tales o cuales actos.

Pero como el diablo es travieso y a quien más le gusta atormentar es al hombre prudente le soñó dar soberanos chascos a don Tomás Barrientos.

Vaya de ejemplos:

Llegaba el 15 de octubre, y el diario le decía que el día 15 del octubre anterior había hecho frío, y que por no llevar ropa de invierno había cogido un terrible catarro, que a poco más se gradúa de pulmonía.

Pues aunque el termómetro marcaba 18° a la sombra y algunos más al sol, don Tomás vestía ropa de invierno, mediante cuya precaución sudaba más de lo justo, y se acatarraba también.

Pero no por esto perdía confianza en la experiencia, porque observaba que el año anterior había sido bisiesto, y que el corriente no lo era, con lo que corregía de este modo el precepto experimental; en los años bisiestos hay que ponerse ropa de invierno el 15 de octubre; cuando no lo son, hay que consultar el termómetro.

En el orden moral, también sufrió algunos desengaños. Le prestó a un amigo 6,000 reales sin recibo, y el amigo se los negó.

De donde dedujo él esta regla experimental: no se debe prestar nada a los amigos sin el recibo correspondiente.

Pero le acompañó en cierta ocasión hasta la puerta de su casa otro amigo de los más íntimos, y como en aquel momento empezase a llover, le pidió prestado el paraguas.

Y don Tomás, acordándose de la regla que se había impuesto, le dió el paraguas, sí, pero le exigió que subiese y le extendiera un recibo.

Hay, sin embargo, gente muy susceptible, y el amigo se ofendió de veras, le tiró el paraguas a la cabeza, le llamó imbécil y le volvió la espalda.

Don Tomás escribió en su diario: "Aunque siempre hay cierto riesgo, los paraguas pueden prestarse a los amigos íntimos sin necesidad de recibo."

Iba por la Carretera de San Jerónimo una tarde de verano nuestro don Tomás, naturalmente de cara al sol, y en dirección contraria venía una señora que resultó ser muy guapa.

Tropezó con ella, que fué tropiezo agradable, y se disculpó galantemente diciendo: "Dispénsame usted, señora; iba deslumbrado, y es natural, puesto que iba de cara al sol"; y acompañó la galantería con un ademán gracioso, que indicaba claramente "el sol es usted".

La señora resultó muy amable, le tendió la mano sonriendo y se hicieron amigos.

Don Tomás escribió en su diario: "En las tardes de verano hay que ir por la Carretera de San Jerónimo de cara al sol, y hay que tropezar con todas las señoras guapas".

Pero al año siguiente, por la misma época, quiso aplicar la fórmula.

Tropezó con otra señora intencionalmente, repitió la fórmula galante, y sin esperar a que ella le diese la mano, hizo ademán de cogérsela, cuando sintió que otra mano formidable caía sobre su mejilla y le hacía ver al mismo tiempo que el sol poniente, todo un surtidor de estrellas.

Fué preciso modificar el resultado de la anterior experiencia, agregando: "Pero ante todo conviene averiguar si la señora con quien ha de tropezarse va sola".

Y así se iba tejiendo la vida de don Tomás, y con ajustar puntualmente su conducta a las enseñanzas de la experiencia, así y todo llovían sobre el señor de Barrientos conflictos, calamidades y desengaños.

¿En qué consista, se preguntaba él así mismo, estos chascos que la experiencia me da? ¿Pues no afirma el adagio vulgar que la experiencia es madre de la ciencia? ¿Cómo para mí sólo la madre amorosísima se me trueca en madrastra cruel?

A pesar de todo, don Tomás Barrientos seguía aplicando a su conducta el método positivista.

Y siguieron menudeando los conflictos experimentales y los bofetones prácticos.

Decididamente, en algo consistía su desdicha; pero ¿en qué consistía?

Al fin cierta mañana en que por entretenerse en algo leía un libro alemán de fábulas, encontró en una la clave del problema.

La fábula en sustancia, es como sigue: En una tarde de agosto, por terreno áspero, entre laderas áridas y bajo un sol de fuego, iba un borrico cargado con unos cuantos sacos de sal.

La carga era enorme para el pobre borrico que caminaba jadeante y sudoroso.

Los sacos eran viejos, con remiendos mal cosidos y agujeros y roturas por donde la sal se escapaba, cayendo sobre las ancas y el cuello del desventurado animal.

Con el sudor formábase salmuera que le penetraba por los poros; y el sol, la sal, la carga y lo escabroso del camino se ensañaban en el borrico, hasta el punto de enloquecerlo de cansancio, dolor y desesperación.

Y no se nos diga que no es verosímil que un borrico enloquezca, porque se han dado muchos casos, y es de esperar que se den otros muchos en lo futuro.

Cuando ya el borrico, que no podía más, estaba a punto de caer, llegaron él y el mozo que lo guiaba, y que a puro palo venía animándole, a un riachuelo, que a poco más hubiera sido río, porque arrastraba bastante caudal de agua.

En el riachuelo se metió el borrico, le metió a palos el mozo; pero al llegar al centro tropezó, y la bestia y los sacos cayeron al agua.

No se encontró mal en aquella postura el pobre asno; así es que, estirando el cuello y sacando el hocico para no ahogarse, se quedó de buena gana todo el tiempo que pudo en el

centro de la fresca y consoladora corriente.

El mozo juraba y maldecía; pero no podía levantar al animal, ni podía darle de palos a su gusto; así es que tal estado de cosas se prolongó mucho tiempo.

Cuando al fin el borrico se levantó y salió a la otra orilla, toda la sal se había disuelto en el agua, y los sacos estaban vacíos por completo.

¡Qué dicha experimentó la pobre bestia, qué felicidad tan honda! El peso había desaparecido, la salmuera se había lavado y terminó la jornada con un trote ligero y gozoso.

Si don Tomás hubiera sido el borrico o el borrico hubiera sido don Tomás, cosas ambas que, dada la fecundidad de la Naturaleza, sus grandes recursos y su infinita variedad, no son completamente absurdas, hubiera escrito en su diario: "Cuando se lleva una carga muy pesada y se encuentra un arroyo, hay que dejarse caer en él y hay que estar en el agua un buen rato".

Pues esto hizo el borrico, según parece; escribir esta sentencia o este consejo en alguna de las circunvoluciones de su cerebro asal; porque al cabo de algún tiempo venía otra vez por el mismo sitio con otra carga, que esta vez no eran sacos de sal sino una verdadera montaña de esponjas, y sucedió lo siguiente:

Todo era igual a lo que fué en la primera ocasión: la época del año, pues era un abrasador día de verano; el sitio, que por el mismo barranco caminaba el asno y hacia el mismo arroyo se iba aproximando; el cansancio, porque la jornada había sido larga, aunque la carga no era tan abrumadora como la otra vez; las molestias, porque lo que no era en salmuera iba en moscas; todo lo mismo, con esta única diferencia: la de llevar sobre el lomo esponjas, en vez de llevar cargamento de sal.

Pero estas diferencias no puede apreciarlas un borrico; pedir que las apreciase, sería pedir demasiado a su modesta inteligencia.

Así es que el animal iba pensando consigo mismo: "Todo esto será hasta que yo llegue al arroyo, en cuanto llegue me echo en el agua, y en cuanto me eche, se acabó la carga y me levanto fresco y ligero".

Así fué, que al acercarse a la arroyada, el borrico volvió la cabeza, miró con sorna al mozo que le guiaba, levantó el labio, que fué una manera de sonreír, porque enseñó los dientes y pensó para sí: "En cuanto lleguemos al arroyo, verás tú".

Y en efecto, llegó a poco, penetró con cierto tropecillo provocativo, y en cuanto se vio en el centro, se dejó caer, y en el agua se sumergieron las esponjas.

Así estuvo un rato, y al fin se levantó, pero aquí fué ella.

¡Escarnio de la suerte, desengaño cruel, traición infame!

La sal de la otra vez se había deshecho, pero las esponjas se llenaron de agua, y la carga se multiplicó de una manera abrumadora.

Apenas pudo el borrico salir del arroyo, y el resto del camino fué una continua agonía. Las piernas se le doblaban; a palos le hacía levantar el mozo, y el sudor de la fatiga se mezclaba con lo que chorreaba del empapado cargamento.

El borrico no sólo iba muerto del cansancio, sino absorto y confundido y abriendo mucho los ojos, como quien dice: "No lo comprendo, esto sí que no lo comprendo".

Realmente, es pedir demasiado empeñarse en que un borrico entienda lo que muchos hombres que, con ser hombres, no llegan a comprender; el método experimental y el método histórico tienen sus inconvenientes y sus quebras.

Don Tomás leyó la fábula, y al concluirla se dió una palmada en la frente y dijo lo que se dice al fin de muchas comedias: ¡ahora lo comprendo todo!

La sal se deshace en el agua, la esponja la chupa. La carga desaparece en un caso, pero se acrecienta en el otro.

Eso me ha sucedido a mí muchas veces en la vida, pensó don Tomás.

Sí, gran cosa es la experiencia; pero en cada caso hay que distinguir y analizar y no proceder de ligero.

En adelante, antes de echarme en el arroyo, me enteraré de si la carga que llevo es de sal o de esponjas.

Y así lo hizo en adelante. Y cuenta la historia que lo pasó bastante bien.

Su modestia fué recompensada: se había resignado a recibir las lecciones de un pollino, y obró prudentemente, porque a veces los más humildes dan lecciones provechosas a los más sabios.

Le fué bien hasta el fin, repetimos, porque algún tiempo después pensó en casarse, y lo estuvo dudando, porque no sabía a punto fijo si la nueva carga iba a ser de sal o de esponjas.

Pero como la novia era andaluza y muy salada, creyó lo primero y se metió en el agua resueltamente; es decir, que se casó y fué feliz. Y aquí se acabó la historia de don Tomás Barrientos y del borrico de la sal y de las esponjas.

EL NUMERO TRECE

A las tres de la mañana, dos jovencitas y taciturnas descendían por las escaleras del Sporting Club de Montecarlo, dos pequeñas actrices húngaras, rubia la una, morena la otra. Hoy sería muy difícil decidir cuál de ellas era la rubia y cuál la morena, puesto que ha pasado año y medio desde entonces, y en el transcurso de este tiempo cada una de ellas ha sido alternativamente morena o rubia. Pero esto no importa: lo esencial es que en esa triste alborada, la rubia no tenía más dinero que la morena. De doce de la noche a una y media de la ma-

ñana habían perdido dos mil francos; solamente eso, por no llevar más consigo.

A la una y media la morena solicitó de un abogado de Budapest cien francos, porque un misterioso presentimiento le avisó que el cero iba a salir. El cero, no salió, sin embargo; pero los banqueros barrieron todo con sus manos listas, arrastrando también aquellos cien francos. A las dos, la rubia consiguió de otro abogado de Budapest otros nuevos cien francos, porque un misterioso presentimiento le anunció que por dos veces seguidas iba a salir el negro. Pero el negro no salió tampoco; y como no había allí otros abogados de Budapest, las dos artistas resolvieron, a pesar suyo, abandonar el juego. Quedaron fatigadas alrededor de las mesas de la ruleta, mirándose dolorosamente cada vez que el cero o el negro salían.

En el hotel tenían aún las dos un poco de dinero: mil quinientos francos. A las dos y cuarto, la morena propuso ir por esa suma para continuar jugando. Pero la rubia se manifestó más prudente.

—¿Para perder eso también?— ¡Con qué pagaríamos entonces la cuenta del hotel y cómo podríamos volver a Hungría!...

La morena no respondió; pero, disgustada, fué a colocarse junto a la mesa del treinta y cuarenta. A las dos y media la rubia le tocó la espalda:

—Puede ser que tengas razón. Vayamos por el dinero...

Pero la morena era ya la que no quería. Y a las tres menos cuarto decidieron que tomarían el tren de la mañana.

Quince mil francos habían perdido aquel año. Éxito malísimo... Pero no importaba: ya ganarían en el próximo marzo.

II

—Este maldito trece es la causa de todo— dijo en un suspiro la rubia, mirando con odio una pequeña joya que hasta un momento antes había adornado su cuello.— ¡Por qué la acentaría? Pude sospechar que iba a traerme la mala suerte.

Uno de sus amigos, supersticioso, le había dado aquella alhaja, que era un número trece formado con brillantes y rubies. Era muy linda a la vista; pero no tenía gran valor; debió costar algunos centenares de coronas. La rubia la miró con odio creciente.

—Voy a tirarla a la calle—dijo con brusca decisión.

Y se dirigió hacia la ventana. Pero la morena la detuvo por el brazo.

—¿Estás loca? Sería una lástima, por los brillantes.

La rubia alzó los hombros, desdeñosa.

—No la quiero. Desde que la uso estoy como embrujada. Nada me sale bien. Mi amante ha roto conmigo; pierdo en el juego...

Avanzó y abrió la ventana.

—No, no puedo permitir tal cosa—dijo la

T A R D E G R I S

Tarde gris, melancólica y serena que a mi alma traes añoranzas que la apenan. Mientras el pueblo envuelto en densas brumas, estático y soñoliento, contempla la muerte de la tarde que se esfuma. Tarde gris, tardecita de mi pueblo, eres fría, pensativa y silenciosa, pones melancolía en cada cosa... ¡Que no hay tardes como tú en otros pueblos!

POMARROSA

E S P I R I T U M I O ...

¡Oh, espíritu inquieto, que atormentas mi vida! ¿Cuándo, cuándo verdugo dejarás de rodar? ¿Que no tienes conciencia del dolor de alejarme de las cosas queridas que me dieron su paz...? ¡Oh, espíritu inquieto, peregrino constante; condenado sin tregua a rodar a rodar; por las sendas del prado por las sendas y montes sin tener otro empeño que saciar tu ansiedad!... ¡Oh, espíritu inquieto; detén ya tu carrera! Ya estás viejo, buen padre, de rodar y rodar... —con tus locas carreras has dejado violadas mis ansias infinitas, mis ensueños de paz!—

CARMINA.

**OXAN**  
MR. (base de Eter compuesto del ácido orto-oxibenzoico)  
UN nuevo y magnifico producto de la Casa Bayer para  
la coriza, aguda y crónica;  
el romadizo o "catarro de la cabeza," y la obstrucción de la nariz que acompaña a los resfriados generales  
Despeja la cabeza y facilita la fluxión, la vez que refresca y desobstruye la nariz permitiendo respirar libremente.  
OXAN es un polvo blanco, muy fino, hecho a base de aspirina, que se absorbe por la nariz lo mismo que el rapé.

morena.— Cábmbiala por una sortija o una cadena.

No; la maldición pasaría a la cadena o a la sortija... exclamó la rubia testarudamente.

—Entonces... dámela.

—Te arrepentirás de habérmela pedido.

—No; ¿qué podría sobrevenirme? En último caso seré yo quien la tire.

—Como quieras, entonces. Tú verás.

La morena tomó la joya, besó a su amiga y se marchó a su cuarto. La rubia quedóse algunos minutos en la ventana mirando el mar. No se veía gran cosa: el cielo, como el mar, estaban igualmente negros; un viento fuerte se desató viniendo de arrojarle al rostro algunas gotas de lluvia. La rubia se estremeció y miró aquel cielo sin estrellas. A lo lejos se escuchó un sordo retumbar. La rubia apretó los ojos, medrosa. Después cerró la ventana y corrió las cortinas. Tenía miedo a los relámpagos. Se metió en el lecho y se cubrió la cabeza con la colcha. Se sentía dichosa por haberse librado del trece.

### III

La morena no podía dormir. También ella tenía miedo de la tempestad y no se atrevía a encender la luz eléctrica. Hundía la cabeza en la almohada para no escuchar los truenos. Luego encendió, tomó un libro y comenzó a leer; mas el libro resultó policíaco, y ya desde la primera página tres asesinatos con robos habían sido descubiertos por la policía y por ella. Arrojó con terror el libro y cerró los ojos. Mas aquello era todavía peor. Veía ante sí diablitos que saltaban sobre su cama, aullando en su oído:

—¡Trece! ¡trece!...

Después los diablitos desaparecieron; pero en lugar suyo presentóse un gigantesco número 13, grande como la torre Eiffel. Estaba hecho de lámparas eléctricas, blancas y rojas. Y el número subía, bajaba, caía, deslizándose por la tierra como una enorme boa... La morena hubiera querido abrir los ojos para librarse de aquella terrible visión, pero no podía; sus ojos estaban como pegados; no le era posible tampoco respirar. La torre eléctrica estaba ya sobre su pecho, y trece monjes con hábitos negros salían de ella. Y en la cima de la torre comenzaba a sonar una campana, después dos y hasta trece. Luego escuchóse un terrible ruido, acompañado de crujidos, y llamas enormes comenzaron a salir de la tierra y a tragarse la luz eléctrica, los negros monjes y las campanas. La morena lanzó un grito agudo, y, poniendo en juego toda su fuerza, logró abrir los ojos. Cerca de su lecho, sobre la mesilla de noche, la lámpara ardía dulcemente bajo la pantalla verde, y a esta luz la joya dejaba ver su brillo, blanco y rojo. En derredor reinaba el silencio; tan sólo la lluvia batía en los vidrios con rumor infatigable y monótono.

La morena se tranquilizó un poco; se arrojó junto al lecho y rezó, como cuando era chiquilla. Después dirigióse hacia la ventana y escuchó. La tempestad cesaba; su fuerza había desvanecido en el último trueno. La morena recorrió las cortinas, siempre medrosa. Afuera todo estaba negro; a lo lejos, un relámpago brilló aún, sin fuerza y mudo. La morena suspiró y abrió la ventana. La lluvia penetró en el cuarto; pero la joven no paró atención en ello, sino que yendo de prisa hacia la mesilla de noche, tomó la joya, la introdujo en un sobre, cerró este, y escribió encima, con caracteres enérgicos y masculinos: "Para quien la encuentre". Después plegó el sobre y lo arrojó por la ventana. El paquetillo voló lejos trazando una gran curva, y cayó con un ruido sordo. La morena se inclinó, pero nada pudo ver, así, no supo dónde había caído la joya, en qué calle sobre qué escalera, en el jardín de quién. Y cerró la ventana, dichosa.

En aquel momento llamaban a la puerta, que separaba su cuarto del de la rubia.

—¿Eres tú?—preguntó la morena en voz baja.

—Yo—respondió la rubia, abriendo la puerta.

—¿No duermes?

—No.

—Yo lo mismo; no he podido dormir. ¿Y tú qué haces?

—¿Yo?... acabo de arrojar el 13 por la ventana...

Y rieron entonces las dos. El maldito hechizo había concluído; sentían que de allí en adelante la suerte y la dicha les esperaba. Con el sacrificio de la joya hechizada habían comprado la buena suerte. No se ocuparon en pensar a quién le tocaría la maldita alhaja. Respiraron alegres, libres. La lluvia, como si

### PIEDAD ...

¡Ah, Señor: mi dolor está en su colmo; y no quiero, Señor, que me lo alejes: el dolor dulcifica y yo lo tomo porque Tú me lo ofreces...

Pero yo, ya no puedo sostenerme indiferente a la angustiada lucha, hay algo que me hiere aquí en la frente como hiere a mi boca sonriente una mueca de tristeza y amargura...

No pretendo quejarme de mi suerte. Yo sólo imploro tu piedad, Dios mío, y que atenúes este terrible frío que me viene invadiendo el corazón.

No me azotes, Señor, con tus designios, ya no puedo mostrarme, recia, fuerte, serena o conmovida: en las duras batallas de la vida pude ser unas veces comprendida y otras veces azotada por la suerte.

Y gracias, Señor, por todos los placeres, con que el divino néctar de la vida humedeció mis labios un momento, y perdona ¡oh Señor! si mezquindades mancharon sin saber mis pensamientos...

Si pecado cometí dándome entera, alma y cuerpo, Señor, tu me redimes: ¡Perdóname, Señor, que en mi ternura iba parte del alma de criatura que persiste en mi cuerpo por contera...

CARMISA

esperase nada más que aquello, cesó de improviso. Y a las dos cinco minutos la morena y la rubia dormían ya dichas y tranquilas.

Sonaban las cuatro.

### IV

Veinte minutos antes de las cuatro de la mañana un joven de frac se encontraba en un bello rincón del célebre parque de Montecarlo. La lluvia no le molestaba; nada le molestaba, ni la vida ni la muerte. Estaba precisamente en los preliminares de levantarse la tapa de los sesos: colocaba ya en las sienas su buena "browing", con su movimiento gracioso, e iba a disparar, cuando una cosa le rozó la mano. Entre la sorpresa y el dolor, bajó su revólver, encendió una cerilla para buscar aquel objeto y se inclinó encontrando cerca de él, un sobre cerrado. Levantó el papel, dentro del cual venía algo duro. El joven del frac vaciló un instante, después se dirigió de prisa hacia el próximo foco de luz y desenvolvió con precaución el papel, sobre el que alguien había escrito con letras enérgicas y masculinas: "Para quien lo encuentre". El joven del frac desgarró con mano temblorosa el sobre, sonriendo al ver el número trece brillando entre brillantes y rubíes. Guardó la alhaja en su bolsillo, lo mismo que el revólver, y dijo con una prudencia digna de la situación:

—No hay que precipitar las cosas.

Llegada la mañana fué a empeñar la joya al Monte de Piedad. Recibió por ella doscientos francos, y, sin vacilar, jugóselos a una carta. Estaba seguro de que iba a ganar; no en vano aquel dinero le había caído del cielo. Y ganó, efectivamente. En hora y media tenía ya ciento cincuenta mil francos. Cual si hubiera echado a las cartas, ganaba como quería. Juegones le miraban boquiabiertos, envidiosos, sacudiendo la cabeza, coléricas. Las dos artistas, la rubia y la morena, le veían pálidas, húmedos los ojos.

—Si hubiéramos tenido una suerte así! —dijo la rubia.

En aquel momento ninguna de las dos contaba ya con un céntimo. Habían perdido también los mil quinientos francos apartados para el viaje. Muy de mañana habían llegado para ensayar de nuevo la suerte, esperando recuperarlos, ya que se veían libres del 13. Más fué en vano. Las cartas se habían conjurado contra ellas.

—Lo mejor será morir—murmuró la morena.

El joven perdía en aquel momento por primera vez. Levantóse guardó todo el dinero en su bolsa y miró en derredor, como si se despidiera de aquellos lugares para siempre. Después dirigióse hacia la puerta.

—Tienes razón—dijo la rubia;— lo mejor será morir.

El joven escuchó aquellas palabras y se detuvo.

Examinó de arriba abajo a las jóvenes de ojos llorosos y sonrió.

—Señoras — dijo lentamente — no hay que precipitar los acontecimientos. —He aquí un talismán... del cual yo ya no necesito, porque nunca volveré a jugar; permítanme que se los ofrezca.

Y mientras la rubia y la morena les miraban con aire estúpido, abiertos los ojos por el asombro, él les alargó, con gesto elegante, la paleta de empuño que había recibido en el Monte de Piedad por el trece de rubíes y brillantes...

EUGENIO HELTAY

### EL BESO (1)

Había en el presidio de... donde sea, que el nombre de la ciudad no hace al caso; había, digo, gente muy mala. Verdad es que no suele abundar la gente buena en tales casas.

Pero entre los cuatrocientos y pico de penados, había uno que valía por todos.

El Lobo le llamaban.

Estaba preso hacia cuarenta y dos años y tenía sesenta.

Desde la edad más tierna fué corriendo de cárcel en cárcel y de presidio en presidio, por ladrón y asesino. No se sabe cómo se libró del cadalso; pero ello es que, condenado una vez a veinte años por un crimen espantoso, así que cumplió la condena fué ladrón en cuadrilla y secuestrador, y mató a una mujer y dos niños, y le condenaron a más años de cadena de los que pudiera vivir. Era hombre tan feroz y de carácter tan malo, que los demás presidiarios no se le acercaban nunca. Hacían un círculo al pasar cerca de él, porque su instinto natural le pedía sangre, y en más de una ocasión al que se le acercó, le hizo mucho daño con los dientes o a patadas o con las agujas de hacer medias, porque su ocupación constante era hacer calcetas. Sanguinario era como pocos. Carnicero, como las fieras más salvajes. Y los carniceros y sanguinarios no tienen término medio, o se llaman Napoleón I o se llaman El Lobo.

Sentado en el suelo, haciendo muy de prisa los puntos de las medias, con la cabeza metida en el pecho, se pasaba días y semanas sin hablar. Tenía una cabeza que no la soñó Goya. Hirsuta, cubierta de vellones negros, bosque espeso de piojos, la barba intrincada, que por miedo o tolerancia le dejaban llevar, los ojos negros y feroces, la mirada torva y amenazadora... ¡Qué hombre! Fuerte, a pesar de sus sesenta años de vida quieta, con unas manos como manojos de sarmientos gordos. El Lobo era el terror de la casa, pero el terror sordo, ese que no se traduce en comentarios ni en bromas de mal género, sino en un silencio convenido moralmente... Levantaba alguna vez los ojos para mirar a su alrededor, y los presos, en vez de contestar a sus miradas, se volvían de espaldas o miraban al cielo.

Vino al presidio un comandante nuevo, con fama de enérgico y de hombre con quien no se jugaba.

Por la misma razón, los presidiarios comenzaron a mirarle con malos ojos. Sus murmuraciones hubo y sus conatos de atreverse con él, pero no había en realidad motivo.

El jefe del presidio tenía una hija encantadora. Aurora se llamaba, y cuando su padre tomó posesión del destino, la niña no había cumplido cinco años.

Una tarde bajó con su padre al patio a la hora del rancho; de la mano del autor de sus días fué mirando uno por uno a los presidiarios, y con ese desdoro infantil, que aun a los peores caracteres hace gracia, iba comentando lo que veía y hablando cara a cara con aquellos malvados. A éste le preguntaba cómo se llamaba, al otro si el rancho era bueno. A uno de ellos, matón condenado a diez años por una puñalada trapera, le dijo yo no sé cuántas monadas, y él le preguntó si quería rancho, y después de consultado el jefe, la niña comió dos cucharadas y los presos se rieron, y alguno pidió recomendaciones para el papá. También le hubo que dijeron palabrotas y murmuraron del padre y de la hija, y renegaron de lo que comían; cosas naturales, porque al fin y al cabo,

(1) El cuento ha sucedido en un presidio de España.

el patio de un presidio no es el salón de una duquesa.

Allá, lejos de todos, con el rancho abandonado a medio comer y las agujas en la mano, haciendo su calcetín con rapidez vertiginosa y la cabeza baja, estaba **El Lobo**, sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared. El padre y la hija se acercaron a unos tres metros de él, y no les hizo caso. De su garganta se escapaba una especie de graznido sordo mientras cruzaba las agujas. Con el rabillo del ojo les miró un instante, pero nada más. La niña fué a acercarse a él y el padre la detuvo.

—Voy a verle de cerca—dijo Aurora.

—No, hija mía, no, que éste es muy malo; tiene muy mala sangre y te puede dar una zarpada.

—¡Mira, mira, papá, qué cara pone! ¡Ay! ¡Y está haciendo medias!

—Así se pasa la vida, según me ha dicho mi antecesor. Es un hombre muy peligroso. Toda su vida la ha pasado en presidio; ¡ya ves, todavía tiene para treinta años!

—¡Treinta años! ¡pobrecito!

**El Lobo**, al oír **pobrecito**, levantó la cabeza y la miró con los ojos muy abiertos, sin dejar de mover las agujas. El jefe fué a decir algo a la niña; pero ésta, sin dejarle tiempo para contenerla, echó a correr, gritando:

—¡Voy a darle un beso!

Y así lo hizo. Llegó junto a la fiera, y sin aprensión ni miedo, le besó en medio de la cara, diciendo:

—¡Toma, hombre! ¡Y no seas malo!

Y en seguida se volvió corriendo hacia su padre.

**El Lobo** se quedó como atontado; no dijo nada, prolongó su graznido como los paralíticos que quieren hablar y no pueden, y temblando visiblemente, volvió a meter la cabeza en el pecho y a hacer su labor nervioso, muy nervioso...

Y cuando el padre y la hija estaban ya en la puerta que conducía a la dirección y le daban la espalda, volvió el anciano criminal a levantar la cara y miró a la puerta largo rato.

Después se pasó la tarde, anocheció y cada fiera a su jaula.

Transcurrieron días y meses, y en el presi-

dio bien dirigido, no ocurrió nada de particular. Pero un día... un día de julio, lloviendo estaba a mares y los presidiarios en las galerías del patio haciendo concurrencia a la tempestad... Cundió la voz de rebelión, se negó la gente a comer el rancho; la conspiración, que había tardado un mes en fraguarse, estalló de pronto... ¡Corriendo! ¡Baje usted! ¡El presidio está sublevado!

Y el comandante saltó como una pantera de la cama donde dormía la siesta, cerró por fuera su cuarto, para que la niña no le siguiera, y cuando llegó al patio se encontró con trescientos hombres enfrente de él, armados con las cucharas de palo afiladas y convertidas en cuchillos.

No era hombre de ceder ni de acobardarse. Sabría morir si era preciso. Arengó y no le hicieron caso; quiso atacar y le atacaron; su vida estaba en las manos de aquellos bandidos desenfrenados. Le echaron atrás y le tiraron más de cien viajes, sin contar las pedradas y las tarteras que iban volando derechas a su cabeza... ¿Qué iba pasar? ¿Qué podía hacer solo contra tanta gente? La batalla había comenzado, ya había disparado él los seis tiros de su revólver... pero en el momento de disparar el último, vió venir hacia él un monstruo, un hombre con cabeza de oso, **El Lobo**, que gritaba:

—¡No hay cuidado, que aquí estoy yo!

Y cogiendo al jefe por la cintura con la mano izquierda y colocándose a la espalda para cubrirle con su propio cuerpo, enarboló con la derecha una enorme navaja, que no supo nadie nunca de donde salió, y comenzó a recibir enemigos, y a dar puñaladas tan certeras, que hombre que llegaba a su alcance, caía a sus pies muerto del primer golpe.

Y todo esto pasaba ya en silencio; el jefe, resguardado detrás de su preso, pensando (hasta donde se puede pensar en momentos tales) por qué el presidiario le defendía así y cómo acabaría aquel horrible lío. Y **El Lobo**, entre tanto, recibía pedradas en la cabeza y cuchilladas de palo tan graves como las de hierro, y por fin acudió la fuerza armada llamada por los dependientes, y hubo descargas en el patio, y muertos y heridos en todos los rincones, y a la hora y media de refriega, quedó todo en

calma y el jefe estaba sano y salvo y **El Lobo** con dos navajazos en el vientre, la cabeza deshecha de heridas y muriéndose por la posta.

Le llevaron a la dirección, por orden del jefe. Allí, acostado en la primera cama blanda que había tenido en su vida, expiraba retorciendo los ojos y repitiendo aquel graznido del asma, tan suyo. Le dieron la Unción y tiró patadas al cura; pero entre la vida y la muerte pudo romper a hablar, y dijo abriendo desmesuradamente los ojos y mirando a aquél a quien había salvado la vida:

—¡La... niña!

El jefe adivinó en seguida lo que pensaba su defensor. Recordó y comprendió por qué le había defendido... ¡Oh, sí, eso era! Corrió a la dirección, donde había dejado encerrada a su hija, sin acordarse de volver para abrirle la puerta. La niña estaba aterrada, llorando... La cogió en brazos, volvió con ella a toda prisa al cuarto del moribundo y le halló ya en las postrimerías de aquella existencia de presidio y de sanguinarios deseos de cuarenta años de fiera... Y el tío Lobo con ojos extraviados, tuvo todavía tiempo de ver y de decir a la única amiga de su vida:

—¡Otro!... ¡¡Otro!!

El padre levantó a la niña en brazos y se oyó el chasquido de un beso sonoro, estampado por unos labios de ángel en el rostro curtido del viejo...

Y mientras el cura se alejaba rezando y con los santos óleos en las cruzadas manos, quedaron allí arrodillados ante el cadáver, el jefe, los empleados, los guardias, en religioso silencio; y la niña, a una indicación de su padre, comenzó a decir, con su vocecita dulce y cariñosa:

—Padre Nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre... venga a nos el tu Reino...

EUSEBIO BLASCO

#### LOS COSMETICOS Y SUS PROPIEDADES

A pesar de la invasión de los bárbaros y la dominación de los francos en la Galia, el afán de la belleza jamás perdió sus derechos.

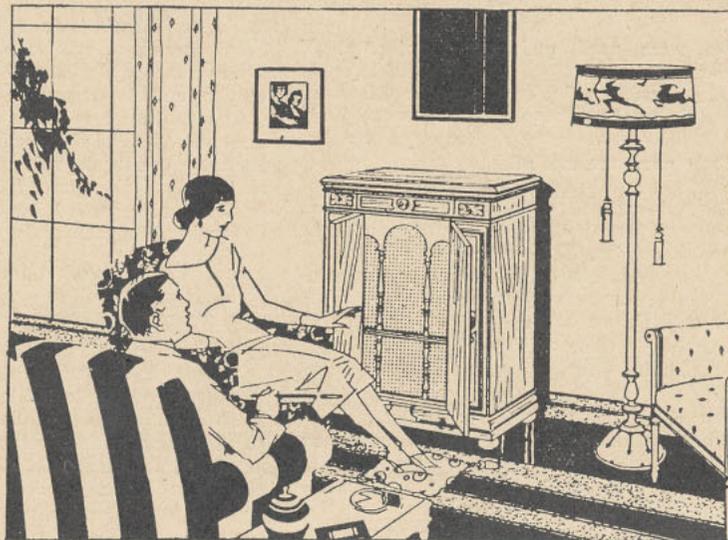
El origen de los cosméticos se remonta no sólo a la época de Atenas o de Roma sino que viene de todas partes y se ha implantado por

*Etiquetas*  
para  
LICORES CONSERVAS VINO CIGARROS  
CHOCOLATE  
**UNIVERSO**  
SANTIAGO - VALPARAISO - CONCEPCION

# Como instrumento musical es inimitable Como compañero del hogar es irremplazable

**C**UANDO en la dulce tibieza del hogar el espíritu busca, después de la labor del día, un deleite reparador, la Nueva Victrola Ortofónica está lista para alegrar a todos con su música exquisita y variada.

Y entonces, con el realismo sorprendente de su reproducción, este extraordinario instrumento hará oír a las cerebriidades del arte, en sus más diversos estilos, en igual forma que si ellas estuvieran actuando en persona frente al oyente.



La Nueva **Victrola**  
Ortofónica



DISTRIBUIDORES VICTOR EXCLUSIVOS:

**CURPHEY Y JOFRE LTDA.**

Valparaíso: Blanco, 637 — Santiago: Ahumada, 200  
Con más de 70 Agencias en el país.

doquiera. El día en que la mujer comprendió que, joven, debía agradar y, vieja, debía tratar de no desagradar, nació la Cosmética en todos los países y cada pueblo adaptarla a las necesidades de su clima, a las exigencias de su temperatura y a las fantasías de su carácter.

Es curioso ver en el Louvre la infinidad de útiles de que se servían los egipcios para su toilette. Los preceptos de la Cosmética, grabados en tablas de mármol o de bronce, se colocaban en los templos de Apolo, de Venus y de Esculapio. Todos los escritores antiguos, poetas e historiadores han cantado los milagrosos efectos de las recetas inscritos en el templo de Delfos.

Entre las numerosas fórmulas que nos han quedado, las de Ovidio aconsejan sobre todo el uso de la cebada, los huevos, las cebollas, la miel, el hinojo la rosa, etc., etc.

Los árabes, al conquistar España, introdujeron el uso de la Cosmética, que ya las damas romanas habían perfeccionado. Muchos siglos después, en la época del Renacimiento, gracias a las fórmulas suministradas por Paracelso, Diana de Poitiers conservó todos sus encantos hasta una edad en que ya mucho tiempo atrás se ha renunciado a ser agradable.

En boga en Francia bajo Francisco I, descuidada después bajo Enrique IV, la Cosmética reapareció bajo Luis XIV y triunfó en la Regencia. ¿Quién no se acuerda de la belleza legendaria y casi secular de Ninon de Lenclós?

En fin, en la época del Directorio y del Imperio el arte de componerse y el de los afeites no conoció límites.

Los cosméticos del Oriente han perdido su monopolio. En nuestros días los naranjos de Gresse, las rosas de Provens, las violetas de Niza, los lirios de Florencia y de Limagne nos bastan y sobran y si todavía la Arabia nos manda sus mirras y resinas y la India el sándalo y el benjuí, todo eso llega en estado de materia prima y nuestras fórmulas los transforman en productos de belleza. Ya podemos por tanto, consolarnos de que se hayan olvidado o perdido los procedimientos usados por el antiguo Egipto.

El descubrimiento de América enriqueció la Cosmética con nuevos elementos. Los bálsamos de Liquidambar y del Perú son muy estimados; la quina y el guayacán nos dan sus principios

tónicos y Méjico nos provee de vainilla y mantequilla de cacao.

Cada una de estas materias primas tiene propiedades particulares cuya acción en el organismo es reconocida por la ciencia. El arte de la Cosmética consiste en combinarlas en fórmulas que aseguren, aumenten o modifiquen sus efectos.

Una ligera explicación sobre algunas de estas sustancias hará comprender cuan eficaces pueden ser los cosméticos cuando su elección y empleo es sabiamente dirigido.

El benjuí, que tiene un perfume agradable, estimula y abriganta la piel al mismo tiempo que la vigoriza. Se extrae del estoraque, árbol que crece en Java y en Siám. El bálsamo de Judea proviene del amyris, arbusto cultivado en Judea y en Egipto. Es particularmente estimado por los turcos.

El limón tiene propiedades astringentes, los principios del naranjo, de la bergamota, sobre todo, sirven para fortificar los órganos.

El romero no es menos útil que la quina y la rathania cuyas virtudes tónicas y astringentes son universalmente conocidas.

La lavandasa, espliegos o alhucema ocupa un lugar aparte; la tintura de espliego es reputada como muy enérgica.

Sería superfluo enumerar aquí todas las cualidades de la rosa, la verbena, el lirio, etc., cuyas esencias o jugos se usan tan a menudo en la Cosmética.

Es bueno recordar que los cosméticos comprenden:

- 1.º Las pomadas, las cremas y las pastas.
  - 2.º Las aguas, las leches y los vinagres.
- La mayor parte de las pomadas, cremas o pastas tienen por base las sustancias grasas y por esa causa deben fabricarse en pequeñas cantidades y renovarse a menudo.

Las aguas siempre tienen por base el alcohol y contienen en disolución las diversas esencias de las flores y de las plantas.

Las tinturas cuya mezcla con el agua forman un precipitado, toman el nombre de leches.

En cuanto a los vinagres de toilette dan fuerza a los tejidos, pero se debe hacer un uso moderado de ellos a causa de sus efectos irritantes.

Una sola cosa puede turbar a una mujer cuidadora de su belleza y es la elección juiciosa de los productos que debe emplear para evitar

que los remedios sean peor que la enfermedad.

¿Cuánta razón tenía Tertuliano cuando fulminaba a las matronas que enrojecían sus labios, blanqueaban su piel y se pintaban los ojos? Si se reflexionara en la composición de estos cosméticos, se comprendería la importancia de tales protestas que pueden todavía hoy ser muy justificadas, pero que no serán escuchadas de seguro.

El deseo de realzar los encantos o de disminuir la fealdad, ha llegado a veces a tales extremos que se ha recurrido a los charlatanes. Un gran número de formularios de drogas ineficaces cuando no dañinas, han hecho creer por un momento que el arte de conservar la belleza, (no tenía nada de científico). Hoy día nadie ignora que la belleza no podrá existir sin la salud.

Si ésta se altera a un mismo tiempo se marchitará aquélla y todos los artificios de la toilette serán ineficaces para borrar las huellas de un mal que no se ha sabido ni querido evitar.

Los sabios que se han dedicado al estudio de los cuidados estéticos han supeditado ante todo la cuestión de la belleza a la de la salud.

Al mismo tiempo que ponemos en guardia a la mujer contra los cosméticos tan alabados o recomendados por la reclame nos esforzaremos con todo empeño para ayudarla a realizar esta elección y nos valdremos para el caso sencillamente de una exposición clara de los medios a que debe recurrir, de los consejos que ha de poner en práctica y de las prácticas que la prudencia nos aconseja rehuir.

La mujer que desdeña estos cuidados estéticos, no será hermosa jamás, aun cuando la naturaleza se haya mostrado con ella sumamente pródiga para concederle sus favores.

Al mismo tiempo que se secunda la manifestación de la propia belleza, conviene también ir corrigiendo los defectos.

Y este objetivo lo alcanzará la mujer no sólo por medio del uso prudente de los cosméticos, sino también y muy especialmente mediante las prácticas de la higiene.

La Cosmética conserva la energía de los tejidos, da a la piel la suavidad del terciopelo y da brillo al rostro, pero en cambio la higiene mantiene el buen estado de la salud, condición indispensable para la conservación de la belleza.



MR.



La desagradable náusea durante viajes por mar es un sufrimiento innecesario. Mothersill's por más de 25 años ha evitado y detenido los vacilamientos, dolores de cabeza, desarreglos del estómago y desmayos causados por los viajes por mar, tren, automóvil y aéreos. Mothersill's contiene, Azúcar de Leche, Cafeína, Acido Esteárico y Clorbutol.

DAUBE Y CIA., Agentes Exclusivos, Valparaíso, Santiago, Concepción y Antofagasta

(Continuación de la pág. 9)  
**EL PRIMER VESTIDO DE BAILE**

nil. Varias hileras de recogidos en la cintura, le dan al vestido una amplitud muy graciosa, y la parte de abajo es cortada en festón. El escote, que no es muy acentuado adelante lo es un poco más en la espalda; para una figurita menuda, el escote redondo es más sentador.

En la cintura, un gran ramo, o bien una flor enorme puesta sobre la cadera. También se lleva ahí mismo un gran lazo de cinta de terciopelo de un lindo tono que contraste con el del vestido. La echarpe de tul del mismo color del vestido es indispensable, porque acompaña y envuelve vaporosamente.

Las zapatillitas, de cuero plateado o dorado,

según sea el color del vestido, son las que más se llevan. Se les pone, a veces, una hebilla de strass, lo que indudablemente las mejora.

Las medias serán de seda rosa pálido, aun con vestido blanco.

Como alhajas, un collarcito de perlas alrededor del cuello es de una discreción encantadora. En un saquito o cartera minúscula pondrá la linda debutante su fino pañuelo de narices, la caja con polvos, el lápiz para los labios, etc., etc.

Se adopta a veces para el primer baile un vestido de estilo, con ancha falda de vuelos, degradados, de tul y corpiño drapeado. Inspirándose en modas pasadas, estos vestidos son sumamente graciosos para las jovencitas de siluetas delgadas y con cuello alto y esbelto. ¿Qué anacronismo más encantador ofrece esta aparición cuando baila el charleston!

(Continuación de la pág. 10)  
**UN CRIMINAL DE CINCO AÑOS**

hizo conducir, bajo buena y segura guardia, a la cárcel, aun cuando ellos pertenecían el uno y el otro a honorables familias. Huérfano de padre, Babaud había sido recogido por su abuelo paterno, hombre de confianza, desde hacía veinticinco años, del castillo de Warsy. Roussele era hijo de un consejero municipal.

Y la justicia siguió su curso inexorable. El 21 de junio, conforme al informe de M. Blériot, fueron enviados al procurador general de la Corte de Amiens. El procurador del rey había hecho requisiciones en este sentido. Sin embargo, tuvo como un remordimiento, pues agregó al respaldo una nota. "Dudo, escribía, de creer

# SAPOLIO

MARCA DE FABRICA REGISTRADA

**LIMPIA  
FRIEGA  
PULE**

Para limpiar  
estregar y pulir

**UTENSILIOS  
DE ALUMINIO**

use Sapolio... Limpia completamente la cuchillería y artefactos de cocina.

No deja polvo ni olor desagradable

Unicos fabricantes:

ENOCH MORGAN'S SONS CO.

NUEVA YORK

E. U. A.

**EXIJA  
EL GENUINO**

BANDA AZUL  
ENVOLTURA PLATEADA.



**ALIMENTO MEYER  
ES EL MEJOR**

GRAN SURTIDO EN ARTICULOS

PARA REGALOS

FABRICA de ESPEJOS, MARCOS,

Vitraux, Loza, Porcelanas, Cristalería, Servicios de Mesa, etc., etc.

VIDRIERIA ITALIANA

DELL'ORTO y Cia. Ltda.

ESTADO, N.º 149. Casilla 358

SANTIAGO



en la mala intención cuando se trata de culpables tan jóvenes. Sin duda, si hubiese de guiarse por las palabras de Rousselle a Babaud: "No será nada; tu casa no arderá", la prueba existiría de la maldad más profunda. ¿Pero se puede atribuir una importancia absoluta a las palabras de un niño de cinco años? Yo no lo creo."

Sin embargo, queriendo tener en cuenta el considerable daño causado a los pobres cultivadores, concluía:

"Sería de desear que el tribunal pudiese conocer semejante asunto como simple delito de incendio por imprudencia, pues la vista de niños tan débiles, sentados sobre los bancos de la Corte de asises podría, tal vez, dar lugar a alguna reflexión enojosa."

Vana sugestión, inútil demanda. El 24 de junio, cinco graves magistrados de la Corte real enviaban los dos muchachitos de Warsy delante de los asises del Somme, bajo la acusación de incendio voluntario.

El informe contenía, sobre cada uno de los criminales una nota manuscrita. Podía ahí leerse que el menor, Rousselle, no sabía leer ni escribir, que no había sido antes condenado, que no ejercía ninguna profesión y que era... soltero.

Antes que la Corte de asises tuviese sesión el procurador general de Amiens pidió a su substituto de Montdidier los datos complementarios. Quería saber cómo había podido germinar en el cerebro de los pequeños malhechores el maquiavelico pensamiento de poner fuego a las casas, y el procurador del rey, volviendo de sus ideas de indulgencia, desde el momento en que éstas no habían sido tomadas en cuenta, respondió de la manera siguiente:

"Me parece que estos niños antes del acontecimiento, se daban perfecta cuenta de las consecuencias de un incendio. Si ellos no habían visto, deben haber oído hablar, pues si los siniestros son raros en Warsy, no pasa lo mismo en las comunas vecinas, Haugest-en-Santerres y Arvillers, donde desde siete meses se han declarado nueve incendios. El pensamiento de poner fuego ha podido venirles de que las casas construidas en tierra y con techos de

paja serían reemplazadas por otras más bellas".

En fin, llegó el día de la audiencia. Durante el interrogatorio, al cual procedió el consejero Noizet, presidente de la Corte, Babaud y Rousselle dormían a parejas.

El primer abogado general, Damay, pidió al jurado que respondieran que los acusados habían obrado con discernimiento y no ocultó sus intenciones de requerir en seguida a la Corte un encarcelamiento severo, diez años por lo menos. Maître-Girardin, por Babaud, maître Thuillier, por Rousselle, suplicaron al jurado que decidiera que tan pequeños incendiarios no eran culpables.

Tal fué en efecto, el veredicto, y el presidente Noizet dió pronto a Dománico Alfonso Raimundo Rousselle, de edad de cinco años y provisto de la talla gigantesca — el dato se encuentra consignado en la orden de toma de cuerpos — de un metro y dos centímetros.

Así terminó, conforme al sentido común, el proceso criminal seguido a Dománico Alfonso Raimundo Rousselle, de edad de cinco años y provisto de la talla gigantesca — el dato se encuentra consignado en la orden de toma de cuerpos — de un metro y dos centímetros.

P. BOUCHARDON

(Continuación de la pág. 11)  
LOS BAILES MODERNOS

El "black bottom" cuando lo bailan delante de nosotros los negros y negras, nos da la idea exacta de las danzas que ejecutaban los antropófagos alrededor del fuego en que se asaba al temerario cazador.

Indudablemente que la literatura realista de Carlos Luis Phillipp, Charles Henry Hirsch y Francis Lareo, es la que ha hecho admitir como bailes de salón a los que bailan los indígenas en medio de sus tribus.

Los extremos se tocan.

L. P.

CONFIDENCIAL

El suave aroma de un manojo de claveles, arreglados primorosamente en un florero de cristal, perfumaba el saloncito poéticamente iluminado por la luna.

Sentada, junto al balcón, Eliana, a pesar de sus 37 años, se veía muy hermosa; la deliciosa melodía que tocaba su linda sobrina Gabriela parecía hacerla evocar tiempos mejores, brillaba como las estrellas, que esa noche tachonaban el cielo.

La claridad de la luna hacía resaltar la blancura de su tez, que contrastaba admirablemente con los negros y brillantes cabellos que siempre le habían merecido elogios.

La música cesó y los ojos de Eliana estaban siempre fijos en un punto lejano.

Gaby, extrañada que su tía no elogiara su melodía predilecta, acercóse dulcemente a ella, y después de estampar un ruidoso beso sobre sus mejillas, le dijo mimosa:

—¿En qué piensas, linda tía?

Eliana volvióse serena hacia su sobrina y le respondió: ¡en nada!

—Bah, tía, a mí no me engañas; tú piensas en un joven muy buenmozo que se llama Luis, y no me digas que no, porque tus ojos me están diciendo claramente que acerté.

—¿Qué insoportable estás hoy, Gaby mía; ¿es que también vas a reírte de tu solterona tía?

—No me ofendas, tú sabes cómo te quiero, jamás me burlaré de ti; pero aunque tú dices que la gente no se equivoca al decir que tú conoces el amor, yo digo no y no. Yo sé que el cariño que llena tu corazón, no todo es para regalarlo Gaby, como dices; hay allí un lugarcito reservado a otra persona, y esa persona es el simpático Luis.

—Basta, chiquilla mía, supongamos que hubieras adivinado que pienso en él; pero, ¿cómo sabes que se llama Luis y que es buenmozo?

—Ayer fuí a buscarte a tu pieza, y en vez de encontrar a mi linda tía, hallé el retrato de un joven, cuya dedicatoria decía: "Luis Valdés a su adorada Eliana". Yo sé que tú perdonarás mi indiscreción, ¿y sabes? quiero que

me cuentas la historia de tu amor, debe ser muy linda.

—No, Gaby, es una historia muy triste. De mi amor sólo queda un recuerdo doloroso; pero como a ti nada puedo negarte...

—¿Qué buentita eres, ya te escucho.  
—“Cuando yo cumplí 18 años, mis padres ofrecieron un baile para presentarme en sociedad. El recuerdo de aquella noche de felicidad, aún vive en mi corazón. Entre los muchos jóvenes que allí conocí, el único que cautivó mi atención fué Luis...”

—¡Claro, pues, tía, si es tan dije!  
—Cuando bailaba con él, encontraba más cadenciosa la música; era el amor que entraba por primera vez a mi corazón.

Nos seguimos viendo con frecuencia y llegamos a querernos mucho; y una mañana, esplendorosa, mientras el sol radiante esparcía a raudales su luz, nos juramos eterna fidelidad. La noche de ese mismo día se concertó nuestro matrimonio.

Al día siguiente invité a casa a mis amigas para participarles mi felicidad, entre ellas estaba Tulilla, y recuerdo perfectamente cómo palideció al saber que Luis era mi novio.

Yo estaba feliz, nada me hacía sospechar que la desgracia revoloteaba en torno mío.

Pasaron varios días sin que Luis viniera a verme: por fin, una tarde, nebulosa, llegó un empleado con una esquila para mí. Con qué emoción la abrí; yo pensaba que amoroso me pediría perdón por su alejamiento; pero grande fué mi decepción cuando la hebe leído. En ella me decía, que entre él y yo todo había terminado; que él jamás había pensado casarse con una coqueta, y en fin, que avisara a papá que esa noche iría a dar explicaciones sobre la ruptura de nuestro compromiso.

El efecto que me produjo la lectura de esa carta fué terrible, nubláronse mis ojos y perdí el conocimiento.

Al día siguiente supe por una empleada, que papá había impedido entrar a Luis, y en casa jamás se volvió a hablar de mi frustrado enlace.

Una tarde, mientras tocaba mi melodía favorita, para disipar la pena, llegó un mensajero

ro con un recado de Tulilla, donde me pedía fuera inmediatamente a su casa. Maquinalmente me arreglé y salí. Cuando llegué a casa de mi amiga la encontré pálida, casi sin vida.

Con grandes esfuerzos logró hablar, y su primera palabra fué: ¡Perdón! Yo le prodigaba mil cariños y la escuchaba sin comprender, pero ella prosiguió: “Eliana, soy indigna de tu afecto, he sido muy mala, perdóname. Yo amaba a Luis con locura cuando supe que era tu novio, creí morir de pena, y me propuse robarle ese cariño que legítimamente te pertenecía. Esa misma tarde que tú me confiaste la noticia de tu próximo enlace, estuve con Luis, y le dije que eras una mala mujer; que te casarías con él sólo por conveniencia, pues yo sabía que amabas a otro”.

Luis no quería creer, pero yo le aseguraba decir la verdad, hasta que lo convencí. Ya ves qué mala soy, por un egoísmo labré tu desgracia, la de Luis, y también la mía... Dios me ha castigado, mi vida se extingue, sólo tu perdón me hará morir tranquila... Eliana, perdónalo a él también, es bueno, y ama sólo a ti, él ya me perdonó... ahora quiero que tus labios pronuncien esa divina palabra para morir feliz...”

No pudo hablar más, el llanto la ahogada. Yo, enternecida, la acariciaba sin acordarme de lo mucho que sufrí por su culpa.

Ante mi sincero perdón, ella pareció dichosa, y más tranquila prosiguió: ya ves en el estado en que me encuentras, el doctor dice que aún puede vivir mucho tiempo, pero yo sé que no es así. En vano traté de convencerla que el doctor tenía razón; me retiré prometiéndole volver a día siguiente.

Al anocheer me avisaron por teléfono que Tulilla había muerto. Esta noticia me apenó mucho, y ante la imagen de María reiteré mi perdón.

—¿Y qué fué de Luis!...

—Volvió a mí, arrepentido; pero no lo escuché. ¡Oh!, Gaby mía, es muy doloroso saber que nos juzguen malas!... Las dudas de él me hirieron muy hondo, no lo pude perdonar!...

Ambas enmudecieron. La luz de la luna pareció más suave, y en el coquetón saloncito

perfumado, flotaron duras, extrañas, las últimas palabras de Eliana: no lo pudo perdonar!...

SHILARK.

EL SUBTERFUGIO

Una lluvia fina y molesta, como un sutil polvillo de agua, caía incesantemente sobre la ciudad desierta. Algún soñoliento noctámbulo, con sus pesados e inciertos pasos de ebrio de champagne, se dirigía hacia su morada, mientras en los “Tabarin” y en los “Tea Room” del bello e inmenso París, las últimas notas de un tango lento e insidioso se dejaban oír.

En el barrio más siniestro de París, un café “abierto día y noche”, derramaba su pálida luz a través de los vidrios bermejos sobre la acera de la mísera calle. En el interior un caballero vestido con elegancia audaz y disonante con el miserable ambiente, se preparaba a beber el último vasito de un líquido negruzco.

—Señor: es tarde y vamos a cerrar.

—¿Qué horas son?

—Las cuatro...

Mario Spadaeci, conocido como un acaudalado señor provinciano, venido a la capital para divertirse, sin amistades, sin relaciones, pasaba sus horas en los cafés de último orden, con la esperanza de encontrar en los bajos fondos de la ciudad el argumento de una novela característica, de nuevo tipo, especialísima y muy original que quizá consiguiera circundar su nombre, poco conocido, con la aureola de la gloria literaria.

Y aquella noche...

Aquella noche, Mario, expulsado por el mozo, salió a la calle desierta y sin apresurarse, sin haber notado quizá la molesta lluvia, abstraído en los pensamientos que le sugerían hazañas futuras de gran novelista, se alejó, hundiéndose en la niebla que envolvía a la ciudad en un manto de misterio.

Caminaba lentamente, con el temor de tropezar con algún imprevisto obstáculo que lo hiciera caer, mientras algunos puntos luminosos trataban infructuosamente de disipar la nie-

AUTOPIANO “MELODIGRAND”

Y LAS MARAVILLAS DE LAS MAQUINAS PARLANTES MELODIFON SUPERFONICO

GARANTIZAMOS NUESTROS AFAMADOS AUTO-PIANOS EQUIPADOS CON LOS MARAVILLOSOS MECANISMOS NEUMATICOS STANDARD-PLAYER-ACTION

AUTO-PIANOS AUTOMATICOS. PIANOS ELECTRICOS. AUTO-PIANOS COMBINACION ELECTRICO PEDALES.—La más práctica y útil inversión, para enlucir su hogar, es la adquisición de este valioso AUTO-PIANO, último modelo. Lo ofrecemos al público en muy moderados abonos mensuales, que lo harán rápidamente propietario de una MELODIGRAND flamante, sin uso alguno y elegida a su entera satisfacción.

ARMONIA - CALIDAD - GARANTIA  
Rollos de música para pianos, importados, marca G. R. S., las últimas novedades de New York y Buenos Aires

Obsequiamos 30 rollos de esta marca, a elección, por cada Auto-Piano

Damos toda clase de facilidades para su adquisición; siendo nuestros Auto-Pianos fabricados por nosotros mismos, podemos darlos con amplias garantías de su calidad al público y ofrecerlos como lo mejor que se importa al país, dando al mismo tiempo las mayores facilidades para adquirir estos perfectos y útiles instrumentos. El Auto-Piano va de la fábrica a su casa. Visite nuestros salones de venta y exposición en ALAMEDA, 1334, y compare calidad y precio.

Vendedores Exclusivos de las siguientes obras: “El Tesoro de la Juventud” — “La Mejor Música del Mundo” — “Biblioteca Internacional del Violinista” — “Enciclopedia Química” — “Enciclopedia Mecánica” — “Enciclopedia Electricidad” — “Enciclopedia Comercial” — “Diccionario Enciclopédico Columbus” — “Guía Práctica del Automovilista” — “Biblioteca del Contador” — “Tratado de Obstetricia” — “Diccionario de Medicina” — “Mi Médico” — “Don Quijote”, etc., etc.



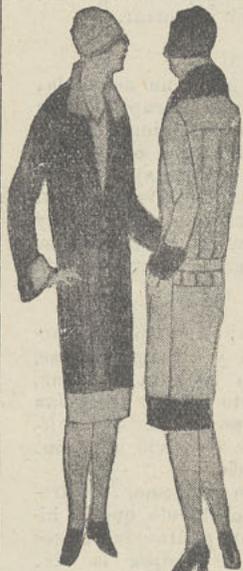
SI NO PUEDE VISITARNOS PERSONALMENTE EN ALAMEDA 1334, PIDA PROSPECTOS Y DETALLES, Y A VUELTA DE CORREO LOS RECIBIRA.

THE UNIVERSITY SOCIETY INC.

CASILLA 3157 — SANTIAGO, AVENIDA DE LAS DELICIAS 1334 — TELEF. AUTO. 3255.

# SASTRERIA Jerónimo Carcía

SAN DIEGO, 311. — TELEFONO 2371 AUTO.  
SANTIAGO



SE RECIBEN HECHURAS  
PARA SEÑORAS

BATAS Y VESTIDOS; TRAJE  
SASTRE CON FORRO DE PON-  
GEE, SEDA, Y ABRIGOS EN TO-  
DOS LOS ESTILOS, ETC., ETC.

## TRATAMIENTOS ELECTRICOS para limpiar el Cutis



Ahora el mundo femenino tiene toda facilidad para hacer un nuevo cutis con masaje, baño de vapor y luz artificial eléctrica. El vapor abre los poros de la piel, y los rayos de luz azul eléctrica estimulan la circulación quitando la grasa de la cara, manchas, palidez, barros, pecas, contra la pesadez que forma las arrugas. Es el único tratamiento eficaz para librar al cutis de toda impureza.

Estos cuidados de belleza son aplicados por especialistas, según indicaciones dadas por médicos dermatólogos.

SE ATIENDE A SEÑORAS Y  
CABALLEROS

# Delicias 24

bla que se espesaba cada vez más sobre la ciudad.

Había apenas cruzado la plaza de la Catedral, cuando oyó de improviso una imploración de auxilio: un grito de loca desesperación.

Tendió la oreja: el grito ya se había vuelto la débil voz de una persona agonizante.

Mario, deseoso de vivir una aventura inesperada, corrió hacia el sitio de donde provenía el pedido de socorro.

A su aparición, algunos hombres huyeron dejando en el suelo un voluminoso envoltorio. Mario se acercó prudentemente y... ¡oh Dios! ¡No era un envoltorio, sino una mujer atada y amordazada.

La mordaza y las ligaduras fueron prontamente desatadas. Y la mujer pudo ponerse de pie.

—Señora, soy un caballero...

—Gracias, señor...

—¿Qué le ha sucedido?

—He sido despojada de todo lo que llevaba conmigo... No soy francesa, sino una escritora italiana en viaje de instrucción... No conozco París... Me he perdido en este dedalo de callejuelas, mientras vagaba atraída por la nefasta belleza de estos bajos fondos... Y cuando estaba buscando el buen camino para volver a mi albergue... he sido asaltada...

Mario observó la figura esbelta y elegante de la hermosa italiana, ataviada, más que vestida, con un elegante traje y quedó fascinado por el encanto de aquella rubia que le recordaba un rostro amado en sus años juveniles. El respirar anhelante de la asustada escritora que, atemorizada todavía, mantenía una mano temblorosa sobre los ojos húmedos de llanto, excitaba su fantasía...

—Venga, señora; la conduciré a su hotel. Conozco París.

Un automóvil avanzaba hacia Mario y éste, haciéndose iluminar con la luz de los focos, le indicó que se detuviera.

El automóvil paró cerca de ellos; subieron y dieron una dirección.

El vehículo partió velozmente mientras la escritora continuaba llorando, con la cara cubierta por el pañuelo. El la miraba, fascinado por su hermosura.

—¡Señora! Soy rico y joven todavía. Le ofrezco todo en cambio de su amor. ¿Quiere? Le ha-

ría rica, envidiada, la reina de este inmenso París. ¿Quiere?...

La escritora no respondió; pero no lloraba más... y le abandonó su mano...

Entonces él se volvió audaz; y seguro de haberla conquistado, trató de abrazarla. Pero en ese instante el vehículo se detuvo. La portezuela se abrió y Mario hizo ademán de bajar, pero se retrajo súbitamente: en la portezuela, estaban dos vigilantes, con una enigmática sonrisa en los labios. Al mismo tiempo la escritora le apuntaba con un revólver; miró en torno y reconoció perfectamente el edificio.

En la oficina del jefe de policía. La escritora estrecha familiarmente la mano al comisario.

### ASONANCIAS

Habla, que vuestra voz es una música que me transporta en éxtasis al cielo; vuelca el ánfora roja de tus labios en el azul filigrana de mis sueños.

Ríe, que vuestra risa cristalina me recuerda las horas de mi infancia y hace estallar en explosión de aromas el rosal peregrino de mis ansias.

Canta, que es vuestro canto el paliativo más eficaz para el dolor de mi alma; mi arteria rota es surtidor de sangre y es tu canto un cauterio que restaña.

Llora, porque la lágrima es la lava que arroja el corazón cuando se inflama y sale por el cráter de tus ojos transformada en la linfa clara y santa.

Seré lo que tú quieras, perfume, ave o luz. Otoño ó Primavera; sólo porque me des lo que a Jesús le dió María Magdalena.

La esencia de su alma, que su alma era una flor inmaculada y bella.

JUAN ROJAS ROZAS.

Mario, sujeto de los brazos por los dos vigilantes, es obligado a sentarse.

Presentación:

La escritora: María Benoit, célebre señorita "detective".

Mario Spadacci: Aldín Guichedier, famoso ladrón internacional.

ENRIQUE BENEDETTO

### POEMAS...

Brisilla del amanecer, que vienes alocada y juegas incansable sobre la mañana, ¿qué vienes a cantarme al oído?...

Hoy que quiero escucharte, pasas de largo y sólo se oye tu fina carcajada, que apaga el rumor de los árboles que te mecen.

Brisilla del amanecer, se piadosa. Necesito tu canto para que aliente mi espíritu dormido y acaricie la inmovilidad de mis manos blancas.

¿Cuántas veces borraste con tu aliento una lágrima triste!

¿Cuántas veces hiciste callar al silencio, para que no viniera a hablarme de las cosas que no deben recordarse!

¡Brisilla del amanecer! estoy limpia de inquietud para empaparme de tu caricia transparente...!

Sonrisa del sol, que envía el alba, desde mi huerto palpo tu prodigio de oro.

Oro pálido cual cabellos de infante, oro recién nacido que en vez de llorar, sonrío.

Así te contemplo, emocionada, tras el cristal sin sombras de mi alma y tu luz va borrando el hielo de la soledad.

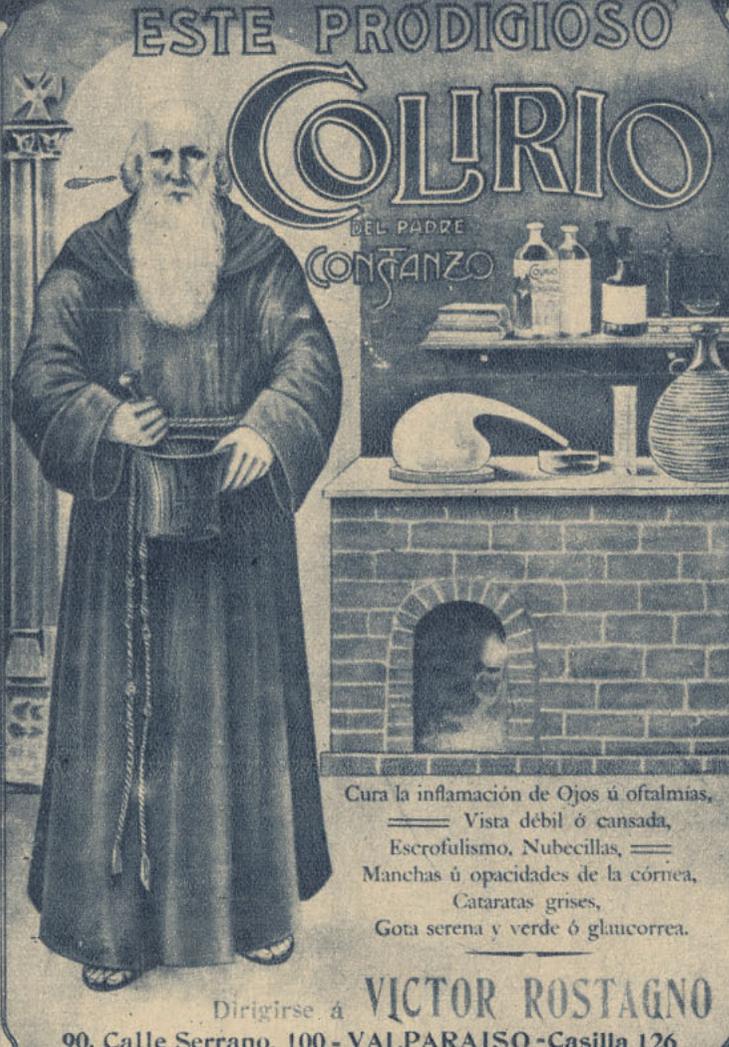
Qué inútil son las voces altas y las palabras todas que dan al aire su latido loco, cuando, callandito, viene una sola voz a despertar lo que dormita...

Qué inútil es toda la vanidad del mundo que busca joyas para engalanarse, o adulos que mienten, cuando no hay mejor tesoro que la limpieza de corazón que hace ver sin inquietud los juegos del sol, que es oro de ley que se da mansamente, aunque no pueda egerse con las manos...

Serenidad del corazón, sonrisa del espíritu, dulce cual la sonrisa del rey-niño en la mañana...

ALMA REBELDE.

ESTE PRODIGIOSO  
**COLIRIO**  
DEL PADRE  
CONFANZO



Cura la inflamación de Ojos ú oftalmías,  
Vista débil ó cansada,  
Escrofulismo. Nubecillas,  
Manchas ú opacidades de la córnea,  
Cataratas grises,  
Gota serena y verde ó glaucorrea.

Dirigirse á **VICTOR ROSTAGNO**  
90, Calle Serrano, 100 - VALPARAISO - Casilla 126  
ÚNICO AGENTE EN CHILE



**El Jabón de Reuter**

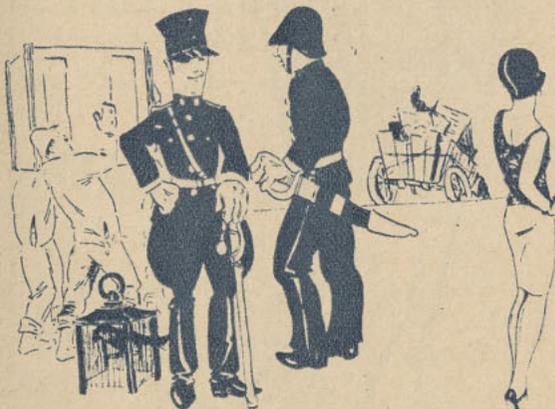
es el artículo más eficaz que se conoce  
para sanar, proteger y embellecer el cutis.

Quando se usa en el tocador y el baño, con  
la debida frecuencia, el cutis se conserva  
con la frescura y lozanía de una rosa:  
Suave, terso, perfumado, y con ese ligero  
tinte sonrosado que tanto agrada, y que es  
indicio de su perfecta salud

Na. Cl. 1,5%, Zn. S O 4. 0,4% Na 2 B 4 C-7, 1%, Lic. brea F. N. 0,5%,  
Est. Aloe sec., e. v. e. s.

Agentes generales, DAUBE Y CIA., Valparaíso

EL SUCESO INCOMPREENSIBLE



Al recibir la terrible noticia de que el piso habitado por los honorables señores de Regúlez habíase cometido un robo, pegué un bote tan formidable que di con la cabeza en el techo de mi despacho. Cuando hube caído, pregunté a mi criada:

—¿Y a sido importante el robo?

—Sí, señorito, — me respondió — los ladrones han dejado el cuarto vacío, se han llevado hasta el loro.

Aquello me interesó vivamente; no en vano he tenido siempre grandes aficiones detectivescas. Así pues, me dirigí en el acto al piso de los señores de Regúlez, los cuales me recibieron haciéndose cruces de lo ocurrido.

—¿Ha sido un robo audaz—comenzó diciéndome la esposa del inquilino.— Después de comer salimos a paseo, y ahora al volver hallamos la puerta abierta y el cuarto completamente vacío. Los ladrones se han llevado todo: las camas, las mesas, las sillas, el perchero, la lámpara, los baúles, el aparato de galena y hasta el hongo, de color café de mi marido.

—¡Este es un robo asombroso, colosal! — grité sinceramente entusiasmado. — De todas formas, no puede quedar sin descubrir. Los ladro-

nes habrán tardado mucho tiempo en sacar los muebles. Por consiguiente alguien los habrá visto. Yo creo que es conveniente avisar a la portera.

Mientras bajaban a rogarla que subiera al piso, yo traté de hacer algunas interesantes investigaciones. Y aplicando a diversos lugares mi monóculo, dije solemnemente:

—Buscaremos las huellas dactilares.

—Es inútil, — replicó la señora de Regúlez, — se las habrán llevado también.

Una vez presente la portera en el lugar del suceso pasé a interrogarla con gran autoridad.

—¿Usted sabe qué gentes han estado aquí?

—¡Anda!... ¡Pues claro que lo sé! — respondió con la mayor naturalidad.

—¿Eh?

—Sí, señor. ¡Lo vió todo el mundo!... Fíjese que tardaron dos horas y pico en llevarse todo...

Confieso que estas palabras de la portera me asombraron.

—Haga el favor de contar lo que sepa — rogué.

—Pues nada — explicó — a las cuatro vinieron y me preguntaron por los señores. Yo les dije que habían salido, y ellos, después de cerciorarse de que yo no tenía la llave del cuarto, añadieron: “Bueno pues, forzaremos la puerta”. “Hagan ustedes lo que gusten”, habló yo. Seguidamente subieron al piso, y entre todos — me parece que eran cinco — sacaron los muebles y las ropas.

—¡Qué extraño es todo esto! — murmuré yo al escuchar el relato de la portera.

Esta prosiguió:

—Les advierto que todos los vecinos estaban en los balcones contemplando cómo cargaban los muebles en un carro. Lo que yo más sentí que se llevaran fué el loro.

El pobrecito iba diciendo a gritos:

—“¡Ladrones, ladrones, ladrones!...” Los vecinos se reían mucho. En fin, cuando terminaron de llevarse todo, los muchachos se des-

pidieron muy amables, diciéndome: “Arriba sólo dejamos el brasero; no tiene ningún valor”.

Aquello era verdaderamente incomprensible. Pensando en tales absurdos, caí en la sospecha de que los señores de Regúlez me estaban gastando una broma. Les miré, se hallaban muy sofocados. ¡Pardiez!... ¿Qué trataban de ocultarme?

De pronto la portera les dijo:

—Yo creo que a ustedes no les ha debido sorprender. ¿No fueron tres los avisos que recibieron del Juzgado?... ¡Pues el embargo tenía que llegar!

L. M

¿BLASFEMIA?

Voy recogiendo tu desprecio infinito, hartando mi alma con él. Fué un día cariño... ¿No recuerdas? — Quizás, tal vez...

Así como de tu cariño, tengo sed de tus desprecios. Tú, me supiste un día, cuando nos mirábamos en silencio

y tratábamos confiados en comprendernos. ¡Ayer! Lo pasado, la esencia, el amor. ¡Oh! No queda nada. Me odiaste sin motivo, una tarde, y desde entonces,

¿por qué dejaste de quererme?

¿Esperar? No podría decir si mi alma se enterneciera hasta ese punto.

Yo no espero nada; recogeré calladamente tu cariño hecho desprecio, así como cuando juntos

tratábamos de comprendernos. Puede ser que el mañana me sepa a piadoso.

¿Perdón? Si me lo pides, todo el que pueda darte [es tuyo.

Tú, bien sabes, del todo no soy capaz de odiarte porque mi cariño aún es mucho.

¿Mañana? Sueño... Quiero vivir y sueño... Mientras me verás recoger sumiso nuestro cariño hecho desprecio...

G. SALVE VERA

Traiguén, 1927.

## PUNTUALIDAD

Al cumplir los veinte años Patrio Escudero había recibido más de una docena de proposiciones para trabajar en su pueblo; pero él rechazó todas y aceptó, por más segura y lucrativa, la que el señor Tirado, amigo de su papá le ofreció en sus oficinas de Méjico.

La buena fortuna de Patrio coincidió con el nacimiento del nuevo año, por lo cual juró solemnemente llevar a la práctica ese viejo refrán que dice: "Año nuevo, Vida Nueva", y enmendarse para siempre de la horrible falta que constituía su desesperación y sin la cual hubiera podido pasar por modelo de jóvenes mejicanos.

En efecto, el gran defecto de Patrio consistía en la falta de puntualidad. Y maldecía el joven por décima quinta vez mientras se rasuraba de prisa y corriendo para no llegar tarde a la oficina del señor Tirado, donde tenía que entrevistarse por primera vez con el buen amigo de su papá.

En efecto, a la primera entrevista llegó con atraso; menos mal que el cariño que su nuevo jefe profesaba al padre de Escudero le libró del disgusto.

La mañana del primer día que ingresó en el trabajo, se detuvo excesivamente saboreando el chocolate y llegó cinco minutos más tarde de la hora de entrada. El señor Tirado frunció el entrecejo, pero no hizo una sola observación.

A medida que los días pasaban, mayor era la lucha que Patrio sostenía con su defecto. Pero era inútil: todas las mañanas llegaba tarde a la oficina.

Y cada mañana el ceño del jefe se alargaba de un modo inverosímil.

La tempestad estalló al fin el día 17 de enero. Cuando el hambriento y barbudo Patrio trepó al segundo piso de la oficina con cerca de dos horas de atraso, el señor Tirado no pudo contener su enojo y lo acogió con feroz expresión.

—Si mañana — rugió — no está usted aquí a las nueve en punto, ya puede regresar usted a su tierra y decirle a su papá que no he podido hacer carrera de usted.

Patrio estuvo preocupado todo el día tentado por las espantosas visiones de un retorno ignominioso a la mansión paterna y cuando después de su trabajo regresó a la casa de asistencia de la "Calle de Luis Moya" en que se hospedaba, estuvo durante varias horas paseándose por su habitación, reforzándose en la resolución de ser puntual. ¡Había que hacer un esfuerzo y lo haría! Y cansado de pensar se metió en la cama.

Un rayo de sol tibio se deslizó por su rostro, haciéndole entreabrir los párpados. Danzaba la luz alegremente sobre las ropas de la cama.

Saltó del lecho, consultó el reloj y se dispuso a vestirse animado por la idea de que aún le quedaba una hora para llegar a la oficina.

Rasuróse, desayunó rápidamente y corrió como un loco hacia el trabajo consultando todos los relojes que encontraba en el trayecto lleno júbilo al mismo tiempo que maravillado de su puntualidad.

Cuando loco de alegría penetró en el despacho del señor Tirado, éste se levantó de su asiento, le miró de arriba abajo, tosió y le tendió un sobre que contenía dinero.

—¿Qué es esto, señor Tirado? — preguntó el joven atemorizado.

—Su sueldo — contestó secamente el jefe. Y agregó haciendo una mueca de desprecio absoluto:

—Es usted incorregible. Puede usted regresar a su pueblo. Además le advierto que no me hace falta, que no quiero saber dónde estuvo usted ayer durante todo el día, ya que ni en la mañana, ni en la tarde vino usted por aquí.

—Señor Tirado, no comprendo...

—No se haga usted de nuevas. Ayer no vino usted en todo el día.

—¡Yo creo que voy a volverme loco!

Distraídamente Patrio miró el calendario que adornaba el escritorio del señor Tirado. Se frotó los ojos, volvió a mirar con aire de duda, pero al fin lo comprendió todo.

—¡Una desgracia! ¡Un horror! ¡Algo desesperante era lo que había sucedido! Aquel día no era el día 18 sino el 19!

MARK TWAIN

## CANTARES

Me miraste sin pensar que me llenabas de abrojos, pues siempre he de recordar que para otro son tus ojos.

Caballito volador de mi loca fantasía, teme al viento de mi amor que pretende ser tu guía.

Mi corazón es un yunque y tu querer el martillo; machaca en él cuanto quieras que así te sacas más brillo.

No te importe que te digan que somos polos opuestos, la electricidad da chispa con polos como los nuestros.

Eres Venus, por hermosa y Diana, por atrayente, Circe, por engañosa y Juno, por compaciente.

Mi corazón es un roble en espera de tu amor; dime si el árbol te queda o he de darle a un leñador.

Lo que quiero no me dan y lo que me dan no quiero; voy a pedir a San Juan que me bautice de nuevo.

No me extraña oír que dicen que picas alto en tu amor; como no, si sé que tu hombre es piloto aviador.

Te di un día mis quereres y desde entonces, entiendo que vivir siempre sin ellos es morir antes de tiempo.

Verte y no amarte es delito no mirarte es un castigo, más yo prefiero olvidarte por lo que hiciste conmigo.

He madrugado por verte a la blanca luz del alba y embriagarme con todo el perfume de tu alma.

Al pasar por donde moras siento más fuerte un latido; dime si es porque me adoras o porque no me has querido.

Un almanaque es mi vida con un suspiro en cada hoja que arrancas tú cada día, y ya no hay quien la recoja.

En el cuenco de mi mano hay marcada una señal, que es de un amor imborrable pues la forma tu inicial.

Granadina, por tu tierra al dejarla, un Rey lloró; granadina, por tu cara al no verla, lloro yo.

Muchos te cantan amores de mil formas repetidos; yo te cantaré, Dolores, dolores de mis latidos.

LUIS RAMIREZ CARULLA

# LA CASA NIRVANA

avisa a su distinguida clientela que recibió tres nuevos modelos de fajas elásticas Nirvana, rectas y con subida de estómago.

Estos nuevos modelos están haciendo furor en París, por ser el último dictado de la Moda.

Faja elástica Nirvana subida de estómago, modelo nuevo en rica calidad de hilo mercerizado, muy durable, a

\$ 150.-



Faja elástica Nirvana calidad y modelo igual a la anterior, recta arriba, a

\$ 140.-



Faja elástica Nirvana en seda, calidad muy suave, modelo nuevo, a

\$ 140.-



Pedidos de provincias atiéndense contra reembolso enviando medidas de cintura y caderas. Además cambiase en caso de no quedar bien, sin nuevo recargo de franqueo.



## Ahumada Num. 322

entre Huérfanos y Plaza de Armas.  
Teléfono 4486.



Cuidado con las imitaciones. Esta Casa no tiene sucursal.



# ADELGAZAR ES REJUVENECER. EL "BAÑO VERGEL"

que se vende en la Botica de Petrizzio, hace perder uno o dos kilos por semana, aumentando la salud y dando al cutis la suavidad del terciopelo. El baño predilecto de las estrellas americanas del cinematógrafo.

## A NECDOTAS AVENTURAS REALES

Según cuenta un periódico francés, un caballero dinamarqués, el conde Diertich, llegó hace pocos meses a Marienbad y se hospedó en el Hotel de Francia.

El dueño del hotel, dinamarqués también, notó que su paisano, al hablar en su propia lengua, le imprimía un sensible acento extranjero, y extrañándose esto en una persona de tantas campanillas como un conde, no pudo menos de hacérselo notar, agregando:

—Si vistiera usted uniforme de militar, diría-se que es el mismísimo Rey Jorge de Grecia.

—No es extraño.

—¿Acaso es usted pariente del rey Jorge?

—No; pero nos corre la misma sangre.

—¿Cómo así? Tenga la bondad de explicarme, señor conde.

—Pues... yo soy el rey Jorge...

Era, en efecto, el soberano de Grecia, que, como de costumbre, viajaba de incógnito.

## MONAGUILLO IMPROVISADO

En el año 1888, cuando se celebraba en Roma el jubileo Sacerdotal de León XIII, junto a un altar de San Pedro hallábanse casualmente dos sacerdotes: uno era canónigo de la Basílica; Obispo de una diócesis de Italia el otro, quien había ido aquellos días a Roma para asistir a las fiestas jubilares.

El canónigo romano estaba revestido con los ornamentos sacerdotales esperando a alguien para empezar el santo sacrificio de la misa; se le veía inquieto; miraba a todas partes para ver si divisaba al monaguillo que había de ayudarlo. Mas éste no llegaba. El Obispo, que estaba en oración allí muy cerca, notó el apuro en que se hallaba el canónigo, y levantándose se acercó a él con gran discreción y le dice con suma sencillez:

—¿Queréis, monseñor, que os ayude?

El canónigo, todo turbado, le contesta:

—Jamás lo consentiré, ilustrísimo señor. Es-

te puesto tan humilde no es para vos.

—Sin embargo, os ayudaré; creo que he de acertar.

—No dudo que sabréis ayudarme, ilustrísimo señor; en cambio, yo sentiría grandísima confusión.

—No, no lo puedo consentir.

—¡Animo, amigo mío, y empezad ahora mismo la misa!

Y diciendo esto, el Obispo se puso de rodillas al pie del altar, y el canónigo no tuvo otro remedio que empezar la misa. No hay que decir que el Celebrante, asistido del nuevo Ministro, sintió en toda ella una emoción profundísima, al ver la sencillez y la humildad no menos profunda de su acólito.

El oficiante era monseñor Radini, canónigo de San Pedro, y el improvisado monaguillo era el ilustrísimo señor Obispo de Mantua, más tarde Pío X.

## UN CONDE DEMOCRATA

Entre las muchas anécdotas que se cuentan del difunto conde Gleiken, primo carnal de la Reina Victoria, figura la siguiente, que bien vale la pena de referirse:

El conde Gleicken fué toda su vida bastante excéntrico y llevó la democracia hasta el extremo de renunciar al título de príncipe, para no tener que preceder a su esposa en las ceremonias oficiales.

Siendo guardiamarina en un buque de la escuadra británica, llegó el barco a una colonia inglesa, de la cual era jefe cierto coronel, hoy general muy nombrado. Inmediatamente se ancló la nave, el coronel fué a bordo, deseoso de saludar y ofrecer sus respetos al primo de la reina; pero antes de pasar al camarote del príncipe, le pareció oportuno preguntar al comandante:

—¿Cómo deberé dirigirme al príncipe? ¿Le llamaré alteza o alteza serenísima?

—Lámele usted como quiera — respondió el comandante, — nosotros a bordo siempre le llamamos "salchicha", porque es gordo y alemán.

## PROSITA

...Y cuántas tardes a la vera del camino entonaba ya la cántiga perfumada de mis días sencillos.

Manos negras quisieron enturbiar el remanso cristalino de mis días, —días claros como el alma de una virgen soñadora—.

Alguien quiso secar mi copa, envenenar mi pan, sembrar guijarros en mi senda...

Con saña salvaje arrojaron piedras inquisitorias al rosal inmaculado de mi amor—aquel ro-

sal perenne que en cuidarlo empalideció mi rostro, sangraron mis dedos—.

Manos limpias, manos albas sacaron uno a uno los guijarros punzadores que la malevolencia humana lanzara sobre la senda plana de mi vivir sonriente.

Hubo una alma fragante que trocó la cocarda de Odio en flor, roja de amor, en azucena de Paz...

Una alma que con su luz—gracia plena—me iluminó la senda—dejó de temblar mi corazón—cantó su ritornello el optimismo.

Mis manos olorosas se tienden albas para aprisionar el lirio de las tuyas. ¡Manos nazarenas que curaron mi herida!

Fithá Bracamonte.

refinamiento que abunda en la Moda actual. ¿Qué de lindos collares de piedras preciosamente imitadas reemplazan al banal collar de perlas que tanto usamos! Muchas damas de reconocida elegancia y buen gusto llevan, en la hora actual, todas las fantasías de piedras imaginables y la gracia, y también para estar a la última Moda en cuanto a joyas. La manera de llevarlas es a veces mucho más importante que la joya misma.

Los paletos de lluvia se llevan de colores, que no guardan armonía con la tristeza del tiempo. El paraguas tiene que ser del mismo color.

¿Con qué pieles adornarán ustedes sus abrigos?

Los abrigos, presentan este invierno una oposición de piel clara sobre tela oscura, lo que es de un lindo efecto, sentador y confortable a la vez.

Un abrigo para caminar a pie o para deportes, en diagonal marrón, habana o azul marino se verán muy elegantes adornados con "mouflon" o "mongolia", pieles que habían sido dejadas a un lado y que ahora nos vuelven desencrespadas y teñidas de beige o de gris. El terciopelo de lana azul de rey o de palo de rosa piden a grito que se les adorne con "lynck", zorro de toclos "claros", "kolinsky", "visón", "astrakán gris", "cabra de la china", castor; mientras que las imitaciones de petit-gris y de armiño les dan un aspecto muy elegante a los abrigos de teatro y baile.

Las pieles se usan cada día más; pero ya no son las clásicas de Siberia las únicas admitidas en los abrigos de las damas distinguidas, que antes habrían preferido morir de frío antes que usar pieles que no fueran finas. Hoy todo se ha democratizado, así como se llevan piedras falsas en profusión, así también se llevan pieles de conejo, de gato, de ratón, etc.,

perfectamente bien curtidas y con un brillo extraordinario cual si fueran de las más finas. A éstas se las bautiza con nombres especiales que atraen y no hay quien no las lleve con placer en los cuellos de sus vestidos de invierno y hasta las usan en pretenciosos abrigos enteros de piel que imitan la martha, chinchilla y otras pieles tan caras y lujosas como éstas.

Una Moda que perdura es la que tiene el cuerpo de terciopelo, con la parte de abajo, el gran cuello y las bocamangas de nutria, castor y aún astrakán. Para utilizar un largo abrigo de piel ya muy usado, esta combinación es la más elegante y la menos cara.

El vestido ideal para el footing matinal es sin duda, el de dos piezas para las niñas jóvenes. Las que no lo son mucho y les gusta caminar no les sientan nada éstos de aspecto deportivo. Para ellas es preferible el traje sastrero clásico de buen paño y de un corte irreprochable, al que se le puede dar un aspecto femenino adornándolo con un lindo zorro, guantes, calzado y medias impecables, y agregue usted a esto un sombrero monísimo y los collares y flores de moda, y sin duda, que más de un galán de su época se quedará exultando al verla pasar y dirá con razón: "eran mucho mejor las niñas de mi tiempo!" Para vestirse con propiedad hay que adoptar lo que más conviene, aunque no sea imitando al pie de la letra lo que ordena la Moda, rejuvenece y da ese aspecto personal tan necesario a la señora que no quiere ser demasiado vieja antes de tiempo. Hay que saber usar las Modas y no dejarse llevar por ellas.

(Continuación de la pág. 40)  
EL CORAZON DE PLATA

Ella se rió con risa forzada.

—¡Ah! mi corazón... ¿qué corazón? Un corazón de gaviota.

—No, dijo Juan, completamente engañado, un corazón de plata que él llevaba a su cuello.

Escarbando en su portamonedas, tomó el objeto y lo lanzó sobre la mesa.

—¡Ten ese corazón!

Honorina se precipitó sobre él, lanzando un grito casi inhumano.

Juan Benjou, perplejo, trastornado, no sabía qué pensar. La "Gaviota" ahora lo miraba con una mirada extraordinariamente lúcida, que escudriñaba hasta el fondo del alma.

—Dime, Juan, ¿de dónde has tomado este corazón?

A su vez, él trató de reír.

—¡Qué broma! Me lo dió Nicolás.

—¡Tú mientes! Lo has tomado en la barca, en la neblina...

El se alzó de hombros.

—¿Qué puede importarte eso?

—Te digo que lo has tomado en la barbería de Nicolás. ¡Confiesa, pues! ¡Confiesa!...

Ella se le aproximaba quemándole con su aliento ardiente y jadeante.

El trató de negar. Honorina repetía:

—¡Confiesa! Tú lo has muerto, di. ¿Tú lo has muerto?

Vencido, él exclamó: ¡Y bien, sí! Lo he muerto, porque te amaba como te amo aún hasta perder la razón; porque no quería saberte de otro que yo...

## LOS BUENOS PRODUCTOS

se imitan siempre, pero no se deje engañar si usted tiene el pelo o la barba canosos; emplee únicamente para teñirlos la

## TINTURA FRANCOIS INSTANTANEA

M. B.

la única que ha dado espléndidos resultados desde veinte años que se prepara.

Su cabello recobrará en algunos minutos el color natural de la juventud, sea en negro, castaño oscuro, castaño y castaño claro.

Exigir la legítima, que lleva en cada caja el retrato del inventor.

Se vende en todas las farmacias.

Honorina tomó entonces dulcemente sobre la mesa el cuchillo de marinero que le había dado Nicolás.

Ella lo había dejado ahí previendo la confesión de Juan.

Desde el comienzo de la conversación, estaba ahí abierto... Entonces, con un brusco esfuerzo, hundió su cuchillo en el pecho de Juan...

El jurado absolvió a la bella Honorina.

## LA LLAPA

En un barrio apartado de la ciudad, un chino tenía un despacho, y era el único vecino que a muchas cuadras a la redonda poseía reloj, de modo que constantemente iban a preguntarle la hora.

Un día, cierta lavandera manda a su hija a preguntarle la hora al chino.

—Díe mi mamá qué hora es, don Antonio...

—La tlé.

Siguiendo la costumbre de cada vez que iba al despacho, la chiquitina agregó:

—¿No me da llapa?

—La tlé cinco, respondió el chino.



CUTIS ATERCIOPELADO TENDRA SIEMPRE CON EL USO DE LA CREMA DE SIBERIA



### Pildoritas Reuter

Esta joven, que padecía con mucha frecuencia de mortificantes dolores de cabeza, causados por los desarreglos del hígado y del estómago, vió en sus sueños a varios espíritus que le rendían homenaje a las Pildoritas Reuter.

Resolvió tomarlas, con maravillosos resultados, pues en corto tiempo recuperó tanto las fuerzas como la salud

COMO ANTES  
1 A 2 PILDORAS  
AL ACOSTARSE.  
COMO PURGANTE  
4 A 8 PILDORAS

Componentes de estas pildoritas: Aloe, nuez vómica, belladonna, ipecacuana.  
Agentes generales, DAUBE Y CIA., Valparaíso



# TINTORERIA "AU CHIC" Ahumada 7

Y "LE GRAND CHIC" de Viña del Mar, son la misma casa

UNICAMENTE "AU CHIC" Y NADIE MAS PUEDE CAMBIAR A USTED 10 COLORES A SU TRAJE. TOTAL: TIENE USTED DIEZ TRAJES EN UNO.

## "LA CREACION DE LA MUJER"

(A mi dulce prima Elianita)

Hubo un hermoso día en que Dios miró este mundo, fijó su dulce mirada

## LA CONQUISTA DE LA BELLEZA



BETTY BRONSON, famosa estrella de la Paramount.

### Renovación del cutis por absorción.

Si su cutis está desfigurado por manchas, palidez, barrillos, pecas, etc., de nada sirve que use usted pinturas, cremas u otros ingredientes. Tales imperfecciones no desaparecerán y con el uso de materias nocivas sólo conseguirá desfigurarse un poco más. Lo mejor es quitar el cutis mismo con todos sus defectos y para ello basta comprar cera pura mercolizada que se extiende por el rostro todas las noches lo mismo que si fuera cold cream, quitándola por la mañana con un poco de agua caliente. La cera mercolizada absorbe el velo mortecino en pequeñas partículas, de manera que nadie puede notar que está Vd. arreglándose la cara, a no ser por el resultado que es realmente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis lozano y hermoso.

### ¿Por qué hay mujeres que aparentan ser viejas?

GENERALMENTE, por sus mejillas descoloridas, la belleza es muy fugitiva, pero una mujer inteligente sabrá retenerla, contrarrestando los efectos de los años. Si sus mejillas palidecen, ella renovará su colorido, no cou rouge, que es ordinario y se nota, sino que con un discreto toque de rubínel en polvo, que da un suave color exactamente igual al rosado natural. El rubínel se obtiene en cualquier farmacia o perfumería. Toda mujer sabia conoce también el encanto de unos brazos hermosos y de unas manos delicadas, y sabe asimismo que para tener y conservar dichos dones no son necesarios esos costosos "alimentos de cutis", sino tan sólo el uso de la cera pura mercolizada.

y vió al hombre que admiraba la belleza del Universo...

...estaba sólo...

Dios preguntóse a Sí Mismo: ¿por qué no darle al hombre una dulce compañía

que entibiara su soledad? Dicho esto, el Sublime obró, y de entre las espumas

y de la dulce nitidez del Cielo azul, formó... lo que eres tú... mujer...

I

De entre las espumas del mar en un alegre ademán naciste, cual capullo en flor de una rosa que aparece de la tierra a la faz, cantando su belleza sin par...

II

Del caer de las cristalinas y azules aguas, tu voz cual eso celeste y grandioso de la vara mágica del ángel tu melodía grandiosa formó...

Pasaron los años... Los siglos... Y en las aguas mirarás tu dulce rostro hermoso...

AZON ELETITO.

\*\*\*

¡ SILENCIO !

¿Habéis reflexionado que son nuestras carecadas, nuestros llantos?

¿Ni siquiera habéis pensado en eso?

Sin embargo, te habrá causado miedo cuando has oído el rugido de algún animal colérico; comprendes que esos sentimientos que guardas en tu alma, te los ha dado la Madre Naturaleza.

¡Aprended a amar a la Naturaleza, y ella, como Madre, nos sabrá también amar!...

HERIDO AL VUELO.

Parral, 1928.

(Continuación de la pág. 6)  
EPISODIOS DE LAS ANTIGUAS LUCHAS

—¿Eres tú? ¿Qué te pasa? — le dijo friamente.

—Le refirió el capitán su falsa relación, temblando de frío y con sus ropas destilando agua.

Le miraba el otro socarrón, irónico, mientras que ráfagas de compasión y enojo se cruzaban por su fisonomía.

—¿Es cierto lo que dices?

El joven se irguió altivo; luego como avergonzado, dijo:

—¿Lo duda usted?

—No lo dudo, sólo que no lo creo, — díjole mirándole friamente.

—No lo creo, porque sé lo que pasa. Eres muy joven para mí, capitán! Te he visto dudar de mí; todo en tí me lo decía. Además, yo también he sido tentado, pero desprecié la indignidad de aquel hombre. Tengo más años y más experiencia que tú!... Ven conmigo a cambiarte esas ropas, mientras Juana te preparará la cazuela. Partiremos juntos y al amanecer estarás en Nacimiento, que no debiste abandonar...

La luz se hizo rápida en el cerebro del joven militar que, avergonzado no sabía qué responder a las bondadosas frases del guerrillero tan temido, tan valiente, tan audaz y resuelto y tan generoso ahora con él.

Un momento después se detuvo y con la cabeza inclinada, respondió:

—No merezco su hospitalidad. Gracias, mi comandante. Ahora mismo me voy. He sido un canalla, ¡perdóneme usted!...

—¿Qué nueva locura quieres hacer? El enemigo, siempre cauteloso y en acecho, te tomaría y... te fusilaría.

—¿Qué más da? — murmuró. — Lo que sufro en este momento es nada en comparación de la muerte que diariamente me amenaza.

Le tomó la mano Salvo y sin más manifestaciones sellaron una amistad que duró hasta la muerte.

GA VERRA

## Paludismo y Otras Fiebres



Después de un ataque de paludismo ó fiebres perniciosas, economizará usted tiempo en restaurar el vigor perdido tomando el JARABE DE "FELLOWS". Le devolverá á su organismo esas sales minerales perdidas durante la crisis del ataque.

# "JARABE DE M. R. FELLOWS"

A BASE, Hierro, Quinina, Estricnina, Hipofosfito de Manganeso, Potasa, Sosa y Cal.

—Sin querer discutir los méritos de mi hermana—dijo Platón, siempre solícito en los momentos de peligro—, creo que la temperatura tiene también alguna parte en la brillantez del espectáculo. ¿Qué tiempo hizo en la última fiesta?

—Ni un soplo de aire, mi querido conde, y solamente veinticuatro grados.

—¿Reaumur?—preguntó Murief.

—Reaumur, sí, señor. Yo no sé por qué, el caso fué que apenas tuvimos señoras. Puede decirse que resultó una fiesta lúgubre.

—Verdaderamente—añadió Pedro muy serio—. No sé por qué sería.

Dosia, que se había desatado los patines para sentarse, tiróle bruscamente de la manga, se levantó y se fué. Muy asombrado por aquel teje-maneje, siguióla Pedro y la encontró en un rincón de la galería, donde estaba riendo hasta saltárseles las lágrimas.

—¿Por qué—le dijo ella entre dos careajadas—me has hecho reír de esta manera? La princesa dirá que sigo tan inconveniente como de costumbre, y no tengo yo la culpa.

—Es que me divierte ese pobre hombre con su fiesta lúgubre.

—Bueno, ponme mis patines. Tengo miedo de volver allá y echarme a reír en sus mismas barbas.

Pedro se arrodilló delante de su prima y le apretó las correas en un momento; arreglóse las suyas después y se lanzaron los dos al hielo cogidos de la mano.

—¿Dónde estás, Dosia?—preguntó la princesa en aquel punto.

—Patina con el señor Murief—respondió el amable ayudante—. Están encantadores—añadió ajustándose los quevedos—. Parece que han nacido el uno para el otro. ¿No habrá moros en la costa?

Platón, súbitamente pálido, mordióse los labios para contener una respuesta demasiado fuerte. La princesa, que conocía a la perfección la esfera en que vivía, guardándose de negar de una manera positiva; las negaciones enérgicas no sirven más que para transformar la simple suposición en convicción firmísima.

—No lo creo—dijo—; por lo menos, nadie ha pensado en ella, que yo sepa...

El ayudante se levantó para irse a otra parte con sus insulsas galanterías, y despidiéndose de la princesa, alejóse dejando tras de sí la herida emponzoñada de una duda cruel.

¿Cuántas veces habíase dicho Platón, que aquella pareja debía de amarse—quizá sin saberlo—y cuántas otras pensó que ese amor sería una dicha, porque con él podría repararse la locura de Dosia! Pero la idea de aquella reparación le ponía taciturno, se volvía cruel consigo mismo e intolerante con los demás... ¿Acaso era justo que perturbas en su existencia las fantasías de aquella chiquilla?

Mientras se hacía tan tristes reflexiones, los dos primos pasaban y repasaban delante de él, como dos pájaros que vuelan juntos.

—Platón, estoy cansada—dijo la princesa, que comprendió lo que sucedía y deseaba poner término a la situación.

El conde se levantó sin decir palabra y avisó al cochero; luego volvió a reunirse con su hermana.

—¿Dosia!—murmuró dulcemente Sofía, inclinándose sobre la balaustrada en el momento en que los dos primos pasaban bajo ella.

La joven levantó hacia la princesa su rostro encendido por el frío, el ejercicio y el alborozo. ¡Qué hermosa y viva imagen de la alegría indiferente! ¡Y cómo sufría Platón al lado de ella!

—Estoy cansada. ¿Quieres que nos retiremos?

Sin replicar palabra, sentóse Dosia en el banco de madera puesto a lo largo de la galería y tendió a Pedro sus piecitos para que le quitase los patines.

—Gracias—dijo cuando el oficial acabó—. ¡Magnífica velada! ¡Podéis creer que me he divertido a mi gusto!

Sofía y su hermano se unieron a ellos y Dosia advirtió la expresión seria de sus miradas.

—¿Estáis enfermo?—preguntó con aquel interés espontáneo que la hacía tan simpática.

—¿Qué importa!—murmuró Platón—. ¡Mientras vos os hayáis divertido!...

—Como no hemos hecho ejercicio—añadió la princesa con dulzura—, sentimos más la crudeza de la noche.

—Perdonadme—murmuró Dosia con vehemencia—. Soy una egoísta...

Las grandes duquesas se retiraban y la muchedumbre las acompañó con antorchas hasta los carruajes. Nuestros amigos tuvieron que esperar varios minutos. El resbaladero, casi desierto, parecía más sombrío al contrastar con

## DOSIA

P o r

### HENRY GREVILLE

O B R A   L A U R E A D A

P O R   L A

### ACADEMIA FRANCESA

(Continuación)

las luces de bengala que flameaban en aquel momento sobre el muelle. Dosia dedicó un melancólico recuerdo a su alegría, interrumpida tan bruscamente.

—Ninguna dicha es duradera—decíase—. ¿En qué consistirá que no hago daño a nadie y que



Y se lanzaron los dos al hielo cogidos de la mano.

sin embargo todo el mundo se disgusta conmigo?

Llegó a casa de la princesa sin romper el silencio.

Por la mañana excusóse de su atolondramiento, de su falta de atención con los que tan buenos eran para ella... Y se acusó nuevamente de egoísmo con lágrimas ardorosas.

La princesa la consoló como pudo y aprovechó la ocasión para dirigirle un blando sermón.

—Debes ser más reservada con tu primo, porque todo el mundo no está obligado a saber que sois camaradas de la infancia, y ayer me preguntaron si erais novios...

El rostro de Dosia se cubrió de púrpura y una expresión de cólera cruzó por él.

—¿Novia de él, yo que le detesto, que no le puedo resistir! ¡Cuidado que hay que ser tonto para suponer semejante cosa!

—Tampoco está todo el mundo obligado a saber que os detestais—continuó la princesa conteniendo una sonrisa—. Además, vuestro mutuo rencor no se concilia con que patinéis juntos.

—¡Oh, amiga mía!...—murmuró Dosia confusa.

—No le odies tanto, hija mía, concúctete con él como con los demás. Esto bastará.

—Me será muy difícil—dijo la joven suspirando—. Y... el conde Platón ¿no está enfadado conmigo?

La princesa se turbó a su vez y echóse a buscar una respuesta.

—El no puede nunca enfadarse contigo... Pero está un poquito serio...

—Ya no lo haré más—sollozó Dosia como un niño castigado—. Yo no lo haré más, nunca... ¡Decidle que no se enfade!...

Informado de esta ingenuidad adorable, no tuvo valor el conde Platón para sostener su enfado, y unas cuantas palabras afectuosas devolvieron aquel mismo día la sonrisa a los labios de Dosia y la alegría maliciosa a sus ojos agraciados.

## XIX

El invierno avanzaba; la serie de matrimonios que sigue siempre a las fiestas de Navidad se había cerrado; la Cuaresma estaba próxima y Dosia, ya más discreta, habíase vestido de largo.

Este acontecimiento, esperado antes por ella como el más importante de su vida, la encontró indiferente. Más de diez veces, haciendo un suave remolino sobre la alfombra, volvióse para contemplar los pliegues de su falda negra, pero ninguna de ellas sintió aquel triunfo vanidoso que esperaba durante tanto tiempo. El primer vestido largo de Dosia resultó un desencanto. Otros pensamientos la preocupaban.

—Es la misma, pero resultaba más divertida antes—suspiró un día Murief, sentado cerca de la princesa en un silloncito tan bajo, que el puño del sable le llegaba a la barba.

—¡Oh, aquel era el tiempo feliz! ¿verdad?—le dijo la princesa en tono burlón.

Y a pesar de las negativas apasionadas del oficial, continuó Sofía con cierta insistencia en el acento de su voz.

—¿Os duele no haberos casado?

—¡Oh, princesa! exclamó Murief, con un tono de reproche más serio de lo que, al parecer, la cosa merecía.

Sofía no cedió.

—Todavía, quizás estaríais a tiempo...—añadió, sin mirar al teniente.

Pedro Murief guardó silencio: jugaba con los cordones del sable, y la bellotita de oro labrado batía con desiguales golpes el metal de la vaina.

El silencio se prolongaba. Sofía, poniéndose de repente nerviosa, arrugó ligeramente el periódico que estaba encima de la mesa.

—¿No decís nada?—preguntó viendo que Murief continuaba mudo.

—Yo creía—dijo éste en voz baja—que le estaba reservada a Dosia el burlarse cruelmente de los pobres mortales.

Y tosió inútilmente para aclarar la voz. La princesa bajó la cabeza y Pedro continuó con la misma voz enronquecida:

—No sé por qué me habláis así sin haber dado lugar a ello. Me parece que no he podido hacer creer a nadie que amo a Dosia.

—En eso tenéis razón—dijo la princesa rompiendo a reír. Pero esta risa, nerviosa y forzada, extinguióse pronto. Pedro estaba serio y la bellota de oro seguía tintineando sobre la vaina de acero.

—No me casaré—continuó él—, porque considero un matrimonio sin amor como la falta más grande que pueda cometer un hombre consigo mismo...

—Sois muy severo—intentó decir la princesa.—La más grave y la más necia, puesto que el castigo le sigue inmediatamente detrás, sin ninguna apelación.

—Sin embargo—murmuró Sofía enrojeciendo ¿no pretenderéis vivir siempre al abrigo seguro de las asechanzas del dios vendado?

Pedro se levantó.

—La mujer a quien yo amo—dijo con voz firme—es de aquellas con quienes no puedo pensar en casarme; por lo tanto, su imagen me preservará siempre de un error o de una falta. Prefiero vivir solo a profanar el corazón que le entregué sin reservas... y sin esperanza.

Inclinóse profundamente ante la sorprendida Sofía, sonaron sus espuelas sobre el pavimento y dió un paso hacia la puerta.

La princesa vaciló, pero irguióse en seguida con un ademán regio y tendió la mano al oficial.

—Quien así piensa—dijo después—, puede equivocarse acerca de la grandeza y de la eternidad del sentimiento que lo domina...

Pedro hizo un movimiento. Sofía continuó sin turbarse:

—Pero si no se equivoca, si verdaderamente ha entregado su alma sin reservas ni esperanza, no habrá mujer en el mundo que no deba sentirse orgullosa y reconocida a tan hermosa devoción.

Murief le escuchaba estupefacto, deslumbrado...

—Sois muy joven para hablar de eternidad—siguió ella con una leve sonrisa que iluminó su rostro serio como un rayo de sol—, pero si las vicisitudes de la vida no os hacen cambiar, si sois realmente lo que parecéis ser, podéis aspirar a todas las mujeres.

Retiró su mano de entre de las de Murief, le hizo una inclinación de cabeza y entró en sus habitaciones.

Pedro se encontró en la calle sin saber cómo había salido de la casa, y echó a andar sin querer comprender, ni atreverse a creer en aquel recuerdo luminoso.

—Es imposible—se decía—. Esa mujer no tiene nada de coqueta y sin embargo... Pero entonces, ¿es que me permitiría?...

Al día siguiente por la noche corrió Murief a casa de Sofía. ¿Podría hablarle a solas? ¿Obtendría una respuesta más clara, una respuesta más positiva?...

¡Oh dolor de los dolores! Encontró alrededor de la princesa una concurrencia alegre y variadísima.

Al entrar en la antesala se encontró a Platón que venía a su encuentro.

—¿Qué quiere decir este jaleo? — preguntó Murief con visible disgusto.

—Es el cumpleaños de tu prima—respondió Platón—. Creí que venías a cumplimentarla.

—¡No, por cierto!—exclamó Pedro—. Ni pensaba en ello... No era eso a lo que venía.

—¿A qué, pues?—preguntó Platón con un aire risueño que hizo enrojecer al teniente.

—Venía... Venía a hacer una visita. ¿Vais a bailar?

—Si no te disgusta, sí.

—Entonces corro a buscar un ramo... No debo presentarme con las manos vacías.

La fina cabecita de Dosia apareció entre las dos hojas de la puerta y sus ojos brillantes de malicia se fijaron en el rostro contrariado de Murief, que cogía en aquel momento su capa.

—Mi primo se ha olvidado de mi cumpleaños, exclamó—, y va a comprarme bombones. Traedme, sobre todo, marrons glacés, que me gustan mucho.

Y desapareció con deliciosa risita. Platón sonreía.

—Ya estás advertido—le dijo.

—¿Con que marrons glacés? Este demonio de muchacha lo hace adrede. ¡Cualquiera los encuentra a las nueve de la noche! Los encargaré, pero no me los harán antes de tres horas.

Y desapareció el desgraciado. Al cabo de veinte minutos entraba en el salón triunfalmente, con un paquete de los consabidos marrons y un enorme ramo de flores, destinado a conseguir su perdón por tan inconcebible negligencia.

—Muchas gracias, primo—dijo Dosia recibiendo su paquete con adorable distinción—. Me confundís... Bien es verdad que todo el mundo me mimaba aquí... Dienen que eso me vuelve mejor. Todo lo contrario que a otras personas, ¿eh, primo?

Pedro, sorprendido de aquella dulzura, no sabía qué responder.

—¿Conque me habías olvidado?—añadió la muy burlona—. Tenéis la cabeza... y el espíritu distraído. Sí, hombre, sí... Hace tiempo que advierto en vos cierta preocupación.

—Lo habíais notado, ¿verdad?—murmuró Pedro, que de buena gana la hubiera mecido polvo.

—Sí, pero me he guardado para mí la observación; podéis estar tranquilo. Además, he prometido a mi querida Sofía que no os haré rabiar nunca.

—No sé cómo corresponder a tanta generosidad—dijo Pedro inclinándose.

—¡Oh!—dijo la maliciosa Dosia bajando la cabeza—. No lo hago por vos. Sofía no me ha dicho nada, pero noto que cuando os molesto, se disgusta.

Pedro recibió en plena cara la mirada burlona, triunfal y amistosa a la vez de los ojos de Dosia, aquellos ojos únicos que decían cien cosas a un tiempo; pero no tuvo tiempo de agradecerse, porque ya estaba lejos de él.

A medianoche dispuso la princesa que se sirviera la cena; era la primera vez que se bailaba en su casa y probablemente la última, según decía ella sonriendo; pero Dosia merecía una pequeña distracción, en gracia a sus diez y ocho años.

—Sí, señoras y señores—decía Dosia sentada a la cabecera de la mesa—, tengo diez y ocho años. Parece poca cosa, convengo en ello, pero he llegado a esta ciudad con tal sabiduría, que la princesa Koutsky tiene pensado colocarme bajo un fanal, en un cuadro dorado y en el centro del salón, como modelo permanente destinado a demostrar a las niñas incorregibles que no se debe desesperar de nada. He acabado por ser una persona seria y acabo de adoptar la resolución de dedicarme desde ahora al bien...

Un aplauso discreto de buena sociedad acogió este primer párrafo del discurso, y Dosia

volvió para mirar de reojo a su primo, que la contemplaba entusiasmado.

—Al bien general—siguió diciendo—y al particular cuando se presente la ocasión. [Hasta aquí fui mariposa; desde hoy seré gusano de seda, siempre al revés del uso corriente. No debo cambiar mi natural. Briado por mi metamorfosis.

En medio de las consiguientes protestas, voces y carcajadas, levantó Dosia su copa de cristal rosado y bebió algunas gotas de champagne. Luego se volvió hacia Platón y su rostro tomó una expresión de cortedad, casi de timidez. Con una mirada pareció preguntarle si se había excedido. El conde la tranquilizó con una sonrisa y la adorable Dosia recobró su risueño porte, fué al salón y comenzó a bailar.

Murief obtuvo un rigodón con la princesa, pero ¿cómo hablar en aquel dédalo de faldas y lazos! Además, la cuestión no era de las que se pueden tratar de prisa y corriendo. Contentóse, pues, con admirar el talle esbelto y elegante y la noble fisonomía de la que quizás sería su esposa... Ante esta idea, latióle el corazón con fuerza y costóle un poco de trabajo proseguir con ella los lugares comunes de un discreto rigodón... Pero la mano de la princesa, al posarse en la suya, no le produjo el menor estremecimiento. Era que su alegría y sus ternuras estaban por encima de las emociones terrestres.

XX

Una tarde presentóse Platón inquieto y cabizbajo en casa de su hermana y le rogó que pasase con él a su gabinete de trabajo, habitación seria y sombría donde Dosia no penetraba nunca.

—¿Qué tienes?—preguntó Sofía recelosa— ¿Ocurre alguna desgracia?

—Nada que nos concierna directamente—respondió Surof—, pero si la noticia es cierta, deberá dar por resultado que cambiemos nuestras costumbres...

¡Ah!—murmuró Sofía respirando con más libertad.

—Al decir nuestras costumbres, sé que hay algunas, en que juega el corazón, que son difíciles de romper. Pero voy al grano. Según un rumor que esta mañana ha llegado a mis oídos. Murief jugó hace días con un personaje poco escrupuloso en cierta casa... en una mala casa y perdió bajo su palabra una suma enorme.

Sofía palideció y se sentó en un sillón cercano. Luego se pasó el pañuelo por los labios, cruzó las manos sobre las rodillas y pareció reaflexionar.

Platón, que no esperaba producir tanta emoción, mostróse sorprendido y se acercó a su hermana cogiéndole una mano. Iba a formular una pregunta que la delicadeza había contenido hasta entonces en su boca, cuando ella se le adelantó.

¡Le amo!—exclamó sencillamente levantando sus honrados ojos hasta el rostro perplejo de su hermano.

—Perdóname, Sofía—respondió el capitán conmovido por aquella frase pronunciada en ocasión tan difícil—. Debí haberme reservado la noticia y adquirir informes...

—¿Quién te lo ha dicho?

—El coronel... Si la cosa ofreciera duda, no me la hubiera confiado. Ello es que esta mañana envié a buscar y me rogó, en calidad de amigo de Murief, que hiciera todo lo posible por evitar el escándalo. La suma es tan grande que no podrá pagarla en seguida, y por otra parte, el ganancioso trata de ganar tiempo... Como comprenderás, no podemos tolerar en el regimiento que una deuda contraída bajo palabra de honor tropiece con dificultades. Sin sus inmejorales antecedentes, Murief habría sido ya expulsado del cuerpo.

—¿Cuándo ocurrió eso?—preguntó la princesa como si soñase.

—Hacia cuatro o cinco días... Creo que fué el miércoles.

—El miércoles pasó la noche aquí... Como no fuera al salir, de madrugada... Debe de haber algún error. ¡Es imposible!

—También yo empecé a decir lo mismo, pero cuando vi el reconocimiento de la deuda firmado por su mano...

Sofía dejó caer la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos, con la expresión angustiada de quien quiere huir de un ensueño doloroso.

—¿Cuánto?—preguntó después de una pausa.

—Cuarenta y dos mil rublos en plata.

La princesa levantóse y empezó a pasear a lo largo de la estancia. A las dos o tres vueltas, cogióse al brazo de su hermano y los dos empezaron a dar vueltas buscando ideas que no hallaban. De pronto Sofía se detuvo.

—¿Ves tú? No puedo creer en esa historia.

Pedro no es jugador y no creo que hubiese jugado lo que no hubiese podido pagar; él no es hipócrita, y ayer y anteaer tenía el semblante tranquilo de todos los días.

—Ayer estaba preocupado.

—Es verdad, pero su preocupación no era la de un hombre que ha perdido la cuarta parte de su fortuna y debe realizarla en el término de veinticuatro horas. Dile que venga. Quiero hablarle.

—¿Qué vas a decirle?

—Quiero saber primero la verdad, haré lo que pueda o lo que deba.

Platón miró a su hermana con aire de duda. —Algunas veces me has llamado Sabiduría, contestó la princesa con trizte sonrisa—. Fía en mí una vez más. No haré más que lo que debo.

Platón abrazó a su hermana y salió.

No pudo hallar a Murief en seguida. Según su asistente, estaba paseándose desde la mañana del día anterior. Buscándole por los alrededores, encontróle en la gran Morskaia, cabalgando al trote largo de su mejor caballo.

Pedro se detuvo y se apeó.

—Mi hermana quiere verte—dijo Platón sin saludarle.

Murief se turbó y palideció visiblemente.

—¿Para qué?

—Lo ignoro. Ve a escape. Cuando hayas concluido con ella, entra en mi casa. Tengo que hablarte en nombre del coronel...

Pedro hizo un asfuerzo y se irguió. Su rostro revelaba una resolución inquebrantable.

—Me alegro—dijo—, porque también deseaba hablar contigo.

—Cuando dejes a Sofía, ve a buscarme. Te espero en casa.

—Corriente—dijo Pedro—. Hasta luego.

Llévose la mano derecha al casco y partió. Platón le vió alejarse, encogióse de hombros y entró en su casa, donde se puso a leer un periódico.

Murief subió sin tomar aliento la escalera de la princesa. Era de los que abordan francamente las situaciones peligrosas.

Poco después de anunciarse, le introdujeron en el gabinete de trabajo, donde nunca había entrado. El día declinaba y una sola lámpara iluminaba la vasta habitación, alfombrada de un verde obscuro, casi negro al resplandor de la luz. La palidez de la princesa le conmovió dolorosamente. No había sospechado que estuviese informada de aquel lance, pero ya no tenía tiempo de retroceder.

—Sentaos, señor Murief—dijo la princesa sin tenderle la mano.

Pedro obedeció.

—Iré derecha al asunto. Se me acaba de decir que habéis perdido en el juego una suma considerable.

Murief hizo un gesto de aquiescencia.

—Y que no podéis pagar...

—Permitidme, princesa... Espero encontrar de hoy a mañana los fondos necesarios—contestó Pedro con voz perfectamente tranquila.

—¿Estáis seguro?

—Jamás se está seguro de nada—repuso el oficial mirando a la alfombra.

—¿Sabéis que seréis expulsado si no pagáis?

—Es probable—dijo Murief con una tranquilidad que chocó a la princesa.

—Esa perspectiva parece que no tiene para vos nada de desagradable—añadió en tono severo.

Pedro hizo un gesto tan vago, que lo mismo podía significar "no temáis" que "me río de esos castigos".

Sofía le miró con atención.

—Señor Murief—le dijo dulcemente tras una pausa—, me habéis causado un disgusto muy hondo.

Pedro inclinóse ante ella con piadoso respeto y besó un pliego de su vestido.

—¿Temía de vos tan alta idea!—siguió diciendo Sofía.

—¿Os excitaba tan por encima de la estimación corriente!... ¡Y vos, nuestro amigo, os comprometéis en una aventura vulgar! Se os ha visto en cierta casa...

No se atrevió a buscar el epíteto. Además, tampoco hubiera tenido tiempo, porque Murief se puso en pie de un salto.

—¿Quién ha dicho eso, miente!—exclamó.

Sofía respiró fatigosamente y se dejó caer en el sillón más blanca que su cuello de batista. Había perdido el conocimiento.

Pedro le cogió las manos y trató de calentarlas con sus labios, sin que se le ocurriese llamar pidiendo socorro. Una tercera persona hubiera profanado la santidad de aquella escena íntima. Al cabo de cinco minutos la princesa volvió en sí.

—Han mentido—repitió Murief cuando vió abrir los ojos a Sofía—. No he cometido nunca la vileza de frecuentar semejante sociedad... después de lo que ya os he dicho... de lo que sabéis tan bien como yo. ¡No, no he dado a nadie el derecho de calificarme de embustero o de hipócrita!

Sofía hizo un gesto con la mano derecha que Pedro oprimió entre las suyas.

—¿No habéis jugado?—le dijo con avidez, inclinándose hacia el oficial.

Murief se pasó la mano por la frente.  
—No me interrogéis—contestó con acento de desesperado—. Creedme bajo mi palabra de honor. No puedo responderos.

—Quiero que me contestéis—insistió Sofía con suplicante voz—. ¿Habéis jugado?

Pedro se cubrió el rostro con ambas manos para impedir que sus miradas contestasen por él; pero ella se las separó de los ojos y le obligó a mirarla.

—No fuistes vos quien jugasteis, ¿verdad? exclamó transportada, iluminada por súbita claridad—. ¿Fué otro? Contestad. ¿No fuisteis vos?

Pedro no pudo fingir más.  
—No—dijo como a pesar suyo—; no he sido yo.

—¿Ah! — exclamó Sofía convencida y tendiéndole las dos manos.— ¡Estaba segura de ello!

Durante un momento se olvidaron de todo lo que les rodeaba; juntas las manos, fijos en uno los ojos del otro, vivieron así el más hermoso minuto de su existencia.

—Contádmelo todo—dijo Sofía sentándose en el sofá y haciendo un sitio cerca de ella para su amigo.

—No puedo — respondió éste en tono suplicante—. Perdonañme, pero he prometido no decir palabra...

—¿A mí tampoco?... A mí, no habréis prometido no decírmelo... ¡Os juro que no se lo diré a nadie!

—¿Ni a Platón?  
—¡Oh! ¡Platón es como si fuera yo misma!  
—Lo he prometido—insistió el teniente.

—Sea—respondió Sofía—. No se lo diré; pero mi hermano es inteligente, y si lo adivina, no podréis decir que la culpa es mía...

—Anteayer por la noche—comenzó Pedro—volvía de vuestra casa, cuando me anunciaron a un oficial nuevo en el regimiento. Tiene poco más de diez y siete años y acababa de llegar de provincias. San Petersburgo le trastornó la cabeza, cosa no sorprendente. El miércoles estubo en esa casa de que habéis hablado y jugó hasta perder lo que no podía pagar en diez años. Me interesé por él. Es muy joven, y cuando no se tiene familia que le tire a uno de la rienda, se cometen muchas tonterías a su edad. Me enseñó una carta y rogóme que la hiciera llegar a manos de su madre. No tiene más familia que ella. Este favor en hora semejante me pareció sospechoso. Acababa de oír en el regimiento que un oficial—no se decía quién—había perdido una cantidad absurda... Le interrogué y la pobre criatura rompió a llorar... En suma, viéndose absolutamente imposibilitado de pagar su deuda, había decidido saltarse la tapa de los sesos. No se le ocurrió otra salida. ¡Bonito carácter!... Decid, princesa, ¿ves que tenéis tan buen sentido, ¿qué habrías hecho en mi lugar?

—Continuad—dijo Sofía sonriendo.

—Primeramente le demostré todo lo insano de de su conducta y me anunció su propósito de castigarla por el medio más radical, el que os he dicho. Le hablé entonces de su madre: había tocado la cuerda sensible. Es hijo único, adorado y mimado, juzgado... Su madre posee una renta de siete mil rublos; le envía seis mil y vive con el resto. ¡Estas madres deberían ir a presidio, para impedirles malcriar a sus hijos!... ¿Os reís? Pues yo no puedo bromear, y no obstante mi deplorable elocuencia, creo que el cielo me inspiró... Le propuse que firmara unos pagarés, pero es menor de edad, el muy tonto, y se los habían rechazado. Ya, antes de venir a mí, había ido a ver a un usurero, que le despidió con cajas destempladas... Entonces...

—¿Entonces firmasteis vos? — preguntó la princesa con los ojos llenos de lágrimas de felicidad.

—¡Pshé!—contestó Murief, tratando de excusarse.— Preciso era... Yo soy mayor de edad y...

—¿Y si no encontráis el dinero necesario... para mañana, según me habéis dicho?

—Sí, para mañana... Pues, si no lo encuentro, no sé lo que ocurrirá... Lo más horrible

sería que expulsasen a mi pobre amigo. Ha tomado gusto a la vida y no creo que se agujeree ya el cerebro. En fin, le daré lo que he podido reunir, y el acreedor se resignará con mi firma a largo plazo para cobrar el resto.

—¿Cuánto habéis reunido?

—Veinte mil rublos, y no sin grandes fatigas.

—Pues a buscar lo que falta—dijo la princesa levantándose—y buena suerte.

—¿Me despedís?—preguntó Murief tristemente y sin el menor deseo de marcharse.

—¿No sabéis que os espera mi hermano para sermonearos?

—¿Es verdad, se me había olvidado!—exclamó Pedro buscando su caso que tenía en la mano—Corro a buscarle. ¡Si supierais, princesa, qué fácil es soportar el peso de una falta que no se ha cometido!... Os juro que no se siente más ligero el cornetilla de mi regimiento.

Su franca sonrisa reflejóse en el rostro de la princesa.

—¿De modo—dijo él tomándole una mano—que no me guardáis rencor por haberos hecho sufrir?

—No—dijo ella mirándole cara a cara—. Ya habéis hecho vuestras pruebas, señor Murief. Ya habéis probado que sois un hombre. Podéis intentar todo, esperarlo todo.

—¿Todo? — preguntó Pedro reteniendo entre las suyas aquella mano blanca.

—¡Todo!—repitió la princesa con el rostro encendido de rubor.

—Pues bien, cuando salga de este embrollo, os pediré alguna cosa.

—Pedidla en seguida. Preferiré concedérsela ahora, cuando no estáis todavía justificado a los ojos del mundo.

Pedro la atrajo dulcemente hacia sí y murmuró a su oído algunas palabras en voz tan queda, que nadie ha sabido nunca cuáles fueron.

—¡Sí!—dijo la princesa firmemente y con orgullo.

El oficial la estrechó contra su pecho y dirigióse a casa de Platón, para recibir por poderes la reprimenda del coronel.

## XXI

Murief apareció ante su amigo con la cabeza alta y la mirada vencedora de un hombre completamente feliz. La fisonomía de Surof volvió a la realidad.

Cruzadas las piernas y el rostro severo, Platón representaba dignamente a la justicia en aquel momento.

—¡Sé que has jugado!—dijo con aire grave.

Pedro bajó la cabeza, haciendo un gesto afirmativo. Mentir no es cosa fácil para los que no lo tienen por costumbre.

—¿Y que has perdido!

Esta repetición exacta del interrogatorio que acababa de sufrir, produjo en Murief un violento ataque de risa, que reprimió al punto. Reiteró su afirmativo movimiento de cabeza.

—¿Y que no puedes pagar la deuda!—continuó Surof inmovible.

—Este último extremo no ha sido demostrado todavía—repuso Pedro con aire de buen humor—, y trataré de hacer honor a mi firma. ¿Puedes prestarme unos cuantos miles de rublos? Platón se levantó aturdido.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! Te los devolveré, puedes estar tranquilo; pero si no me los das, haz cuenta de que no he dicho nada.

—¿Cómo! — gritó Platón escandalizado—. ¿Conque frecuentas garitos imposibles, donde comprometes nuestro uniforme; juegas y pierdes en una noche una cantidad... ridícula... y quieres que yo te ayude a salir del atranco?... ¡Parece mentira! ¡tú amigo, nuestro amigo, a quien yo he introducido en mi familia y a quien traté como a un... como a mi...!

—Como a un hermano—añadió Murief viendo que no terminaba—. ¡Y yo te correspondo!

Absolutamente estupefacto ante aquella sangre fría, Platón tomó el partido de montar en cólera...

—Te aconsejo que no te burlés!

Pedro guardó silencio.

—Y para colmar la medida—añadió el capitán volviendo a coger el ilo de su catilinaria—, después de una aventura como esa, tienes valor de pedirme que te preste el dinero que has perdido tan indignamente!

—¿Qué quieres!—contestó Murief con el tono de un filósofo convencido—. ¡No es a mis enemigos, si los tuviera — que, a Dios gracias, creo que no los tengo,—a quienes iré a pedirles dinero prestado!

Brillaba en los ojos de Pedro un fulgor de tan franca alegría, tan poco arrepentimiento

revelaba su rostro, a pesar de todos los esfuerzos que hacía para aparecer contrito, que el buen Surof estalló en amargos reproches.

El coronel, el honor del regimiento, la dimisión obligatoria, el destierro voluntario a una provincia para reparar aquel escándalo, la necesidad de pagar a toda costa, todo esto se desbordó de los labios del conde en una oleada de elocuencia y cayó como una dacha implacable sobre la cabeza de Murief, que escuchaba sin conmoverse, con ademán atento y bajando la cabeza en las frases patéticas.

Cuando Surof se detuvo para tomar aliento —acaso también porque no encontraba más cosas que decir—, levantóse Murief con el rostro radiante de hermosos sentimientos.

—Eres el único amigo que tengo en el mundo—exclamó—. Me has hablado como mi propia conciencia y te lo agradeceré toda mi vida.

—Entonces ¿qué decides?—preguntó Platón, calmado por aquella expasión amistosa.

—Iré a buscar dinero por todas partes donde pueda encontrarlo, ya que tú no quieres prestarme nada—respondió el delincuente con aire risueño.

La mano que Platón le tenía ya generosamente, cayó helada sobre sus rodillas. ¡Aquel era el resultado de la catilinaria!

Pedro se ajustaba los tirantes del sable.

—¿Qué debo decir al coronel?—preguntó Surof en tono glacial.

—Lo que tú gustes, querido; todo lo que se te ocurra. Nañana será este un asunto terminado.

Platón permaneció silencioso.

—¿Qué dice mi hermana?—preguntó después de una larga pausa—. ¿Qué le parece esta originalísima manera tuya de tomar las cosas?

Pedro, ya en la antesala, colocábase la capa sobre los hombros.

—¡Ah, amigo mío! — exclamó de repente—. ¡Soy el más feliz de los hombres! ¡Permíteme que te abrace!

Y dando un vehemente achuchón al asombrado Surof, desapareció acompañado de un gran ruido de sable y espuelas sobre la escalera de mármol.

Platón volvió a su gabinete muy perplejo, y al cabo de cinco minutos de meditación, decidióse a visitar a la princesa.

Recibióle ésta en el salón, con el rostro encendido y los ojos impregnados de una alegría sin nubes. Parecía la imagen de la felicidad. Sentada al piano, tocaba Dostoi un galop de Offenbach.

—¿Qué alborozo! — exclamó Platón, que se quedó petrificado en el centro de la sala.

—Es el ambiente de la casa, señor conde — contestó Dostoi sin interrumpir la tocata.— ¡Aquí siempre estamos alegres, alegrísimos!

El piano dominó su voz y sus risas. Platón fué a sentarse cerca de su hermana, pero lo más lejos posible del temible instrumento.

—¿Has visto a Murief?—preguntó a la princesa.

—Sí, amigo mío.

—¿Y qué hay de cierto en...?

Sofía miró a su hermano con una expresión de triunfo y orgullo.

—¡Nada!—le contestó.

—¿Cómo, nada?

—Bueno, sí, algo hay... ¿Puedes prestarme algunos miles de rublos?

Platón dió un salto y empezó a pasearse a lo largo del salón.

—Eso es una apuesta?—exclamó de pronto.

En este momento dejaba Dostoi el piano, y al volverse Surof, la encontró cara a cara. El aspecto burlón y satisfecho de la joven acabó de hacerle perder la cabeza.

—Queréis hacerme el favor de decirme—preguntó en tono muy poco amistoso — quién es la víctima de esta broma? Si soy yo, la encuentro un poco pesada.

—¿Quién se burla de vos, caballero? — repuso Dostoi abriendo de par en par sus grandes ojos y torciendo un poquito la cabeza, como tenía por costumbre hacer cuando se trataba de averiguar alguna cosa.

—¡Vos!—gritó Surof exasperadísimo.

La princesa cogióle por un brazo.

—¡Platón—dijole.—Murief es un héroe!

—¿Por haber llevado una vida de polichinelita, verdad?

—¿Es un héroe—repitió la princesa sin dejarse desconcertar.



JABON  
LA FLORIDA

PARA LA TOILETTE  
◆ ◆ ◆ Y EL BAÑO

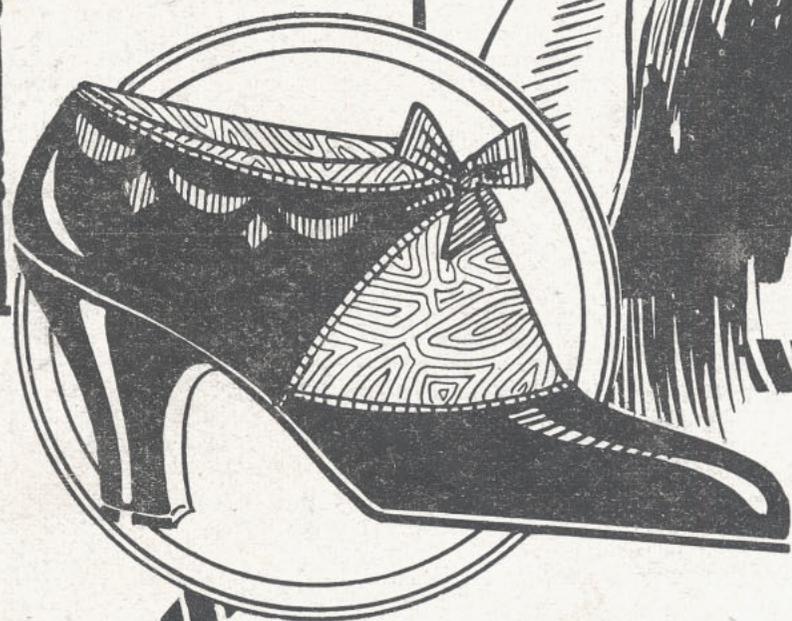
# Admiración!!!

LOS MODELOS

“FLEUR”

SON DISTINGUIDOS Y  
ELEGANTES

Tenemos en exposición  
las últimas creaciones.



CUANDO UD. NECESITE CALZADO FINO, ELIJA UN “FLEUR”  
EN NUESTRO ESTABLECIMIENTO.

LOS CLIENTES DE PROVINCIAS QUE NO HAYAN RECIBIDO  
NUESTROS CATALOGOS “S-1 Y S-2”, PUEDEN PEDIRLOS A

Casilla 2970

“**Casa Samsó**”  
CASILLA 2970 AHUMADA 201